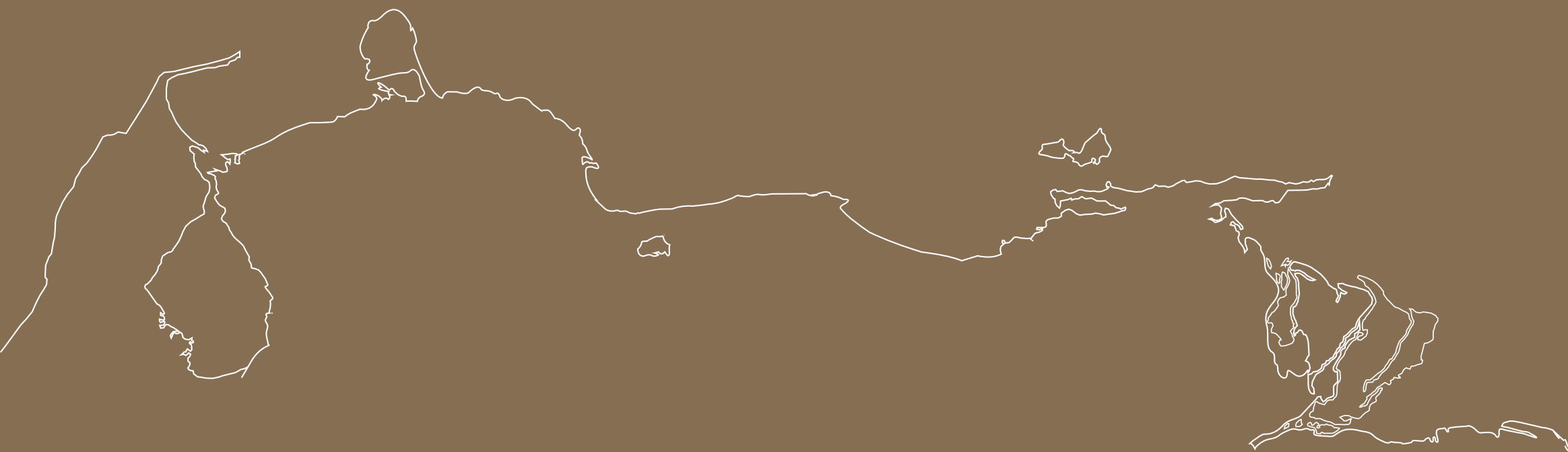


del **AGRARISMO**
HISTORICO

J.J. ROJAS LÓPEZ

a los **DESAFIOS** *del* **DESARROLLO**
TERRITORIAL
en **VENEZUELA**



XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX



TÍTULO

**DEL AGRARISMO HISTÓRICO A LOS DESAFÍOS
DEL DESARROLLO TERRITORIAL EN VENEZUELA**

© J. J. ROJAS LÓPEZ, 2016
jrojaslopez34@gmail.com

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal If-0742016-9001458
ISBN 978-980-12-8775-9
DOI: <https://doi.org/10.53766/LIBULA/Agrarismo.2016>
Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley.
No puede ser reproducida, ni registrada o transmitida
por cualquier medio de recuperación de información
sin el permiso previo, por escrito, del autor o de los editores.

DISEÑO GRÁFICO
REINALDO SÁNCHEZ GUILLÉN / reijosheg@yahoo.com

Mérida, Venezuela

A LA MEMORIA DE
ORLANDO LUIS VENTURINI VILLARROEL
Profesor Honorario de la Universidad de Los Andes

ESCUELA DE GEOGRAFÍA
FACULTAD DE CIENCIAS FORESTALES Y AMBIENTALES
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

LAS PUBLICACIONES ACREDITADAS POR EL CDCHTA-ULA
SON SOMETIDAS A UN RIGUROSO PROCESO DE ARBITRAJE
POR CALIFICADOS EXPERTOS EN EL ÁREA.
ESTE LIBRO FUE EVALUADO, SIENDO SU CÓDIGO PL-FO-05-15-09
CORRESPONDIENTE AL PROGRAMA DE PUBLICACIONES
DEL CDCHTA DEL AÑO 2015.



ÍNDICE

1.1. Heterogeneidad de los territorios	20		
1.2. Los sistemas agrarios históricos	21		
1.3. Emergencia de nuevas ruralidades	24		
1.4. Modelos endógenos de desarrollo	25		
2.1. Patrones territoriales indígenas	30		
— Tierras orinoquenses	32		
— Tierras altas andinas	34		
— Llanos altos occidentales	36		
2.2. Intensidad de uso de los suelos	37		
		3.1. El proceso de implantación agraria	42
		3.2. Concentración de factores productivos	43
		3.3. La imagen trizonal de HUMBOLDT	46
		4.1. La diferenciación geográfica regional	50
		— Haciendas y plantaciones del centro norte	50
		— Haciendas y hatos del llano alto occidental	56
		— Labranza hortelana alto-andina	58
		— Hatos llaneros centro-occidentales	60
		— Núcleo agro-artesanal del Turbio	62
		— Complejo agro-costero nororiental	64
		— Hatos misionales del noreste de Guayana	65
		4.2. Sinopsis de los sistemas agrarios	68
		5.1. Una interrumpida recuperación	72
		5.2. El reimpulso agro-exportador	75
		5.3. Territorialidad de los sistemas agrarios	81
		— Reforzamiento hacendal del centro norte	83
		— Desarrollo cafetalero familiar de los Andes	84
		— Diversificación productiva del nororiente	88
		— Haciendas-trapiche e ingenios del Turbio-Yaracuy	89
		— Ganadería de ceba de los llanos altos centrales	90
		— Estancamiento ganadero de los llanos bajos	91
		— Regresión de los llanos altos occidentales	93
		5.4. Síntesis de cambios y permanencias	94
		6.1. El corto tiempo de la transición	98
		6.2. Aceleración de los cambios	99
		6.3. Territorios emergentes de frontera	108
		— Llanos altos occidentales	108
		— Sur del lago de Maracaibo	111
		6.4. Asentamientos de reforma agraria	113
		6.5. Áreas de desarrollo rural integrado	114
		6.6. Los avances agro-empresariales	115
		7.1. Las dos caras del «Milagro Agrícola»	120
		7.2. Avatares de la década neoliberal	121
		7.3. El fallido mercado de tierras	123
		8.1. Urbanización e integración del territorio	126
		8.2. El mosaico de sistemas agrícolas	126
		— Sistemas agrícolas modernos	130
		— Sistemas tradicionales modificados	132
		— Sistemas históricos persistentes	133
		8.3. Los sistemas agrícolas potenciales	134
		9.1. Cadenas agroalimentarias	138
		9.2. Ruralidades no agrícolas	140
		9.3. Sistemas agroecológicos	141
		9.4. El desarrollo territorial rural	142
		10.1. Incertidumbre de los modelos centralizados	151
		— Ensayos colectivos inconclusos o precarios	151
		— ¿Zonas especiales de desarrollo sustentable?	154
		10.2. Experiencias territoriales exitosas	155
		— Un sistema agroalimentario localizado	156
		— Una cooperativa de producción agrícola orgánica	157
		— Una asociación de emprendedores rurales	158
		10.3. Desafíos del desarrollo territorial rural	159

EL MEDIO RURAL, PESE A SU ACTUAL DEBILIDAD DEMOGRÁFICA, ha recobrado inusitado interés tanto en los ámbitos académicos como en las políticas públicas y privadas de desarrollo. Ello no solo por la necesidad de procurar mayor cantidad y calidad de alimentos, sino también de valorar los servicios ambientales, reducir las desigualdades sociales, incorporar la creciente ruralidad no agrícola, atender los patrimonios culturales, la organización territorial y la conservación del ambiente.

En el orden territorial la agricultura siempre ha sido un factor prominente, sobre todo por las tramas espaciales de producción, poblamiento y circulación. Si bien los patrones tradicionales son de relativa “larga duración”, no son estáticos u homogéneos, pues constituyen mosaicos dinámicos de temporalidades desiguales, una mezcla de herencias e innovaciones. Ello obliga a reconocer tanto su dilatado pasado como las emergentes ruralidades de cada momento histórico.

Este libro sintetiza la evolución geo-histórica de los sistemas agrarios regionales de Venezuela, sus transformaciones durante el rápido tránsito a la sociedad urbana-petrolera y la consecuente emergencia de nuevas ruralidades. Los argumentos y evidencias de ese recorrido demuestran, por una parte, la reiterada heterogeneidad agraria y rural de la nación y, por otra, las debilidades y fortalezas de recientes modelos territoriales de desarrollo rural. En virtud de ello, presuntos sistemas homogéneos forman parte de mitos del pasado, al igual que la ansiada búsqueda de equilibrios se inscribe en utopías territoriales.

El autor es geógrafo venezolano por la Universidad de Los Andes, master en geografía rural (Michigan State University) y diversos estudios agrarios y ambientales en el país y el exterior. Actualmente profesor titular jubilado de la Escuela de Geografía, miembro acreditado del sistema nacional de investigación (ONTIC-PEII) y docente de posgrado en Ordenación del Territorio y Desarrollo Rural Integrado en la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

DE UN LIBRO RICO EN HISTORIA, PERO PLENO DE GEOGRAFÍA

Presentar al lector los resultados de cualquier proceso sistematizado de pensamiento sobre la realidad es siempre una tarea delicada; es necesario un gran esfuerzo para no difuminar la realidad que nutre al autor, con la interpretación que de ésta tiene quien suscribe estas líneas.

La construcción de los territorios es tarea de los hombres; si no fuese así sólo estaríamos ante una realidad que muestra las bases materiales sobre las que los grupos humanos desarrollan la vida. Difícil, pero extremadamente creadora, ha resultado en la historia de la ciencia geográfica deslindar entre esas dos posturas: observar las acciones de los hombres «separadas» de su entorno biofísico o, por el contrario, aproximarse a ellas desde una perspectiva diluyente de la vida social y la materialidad en la que ésta se desarrolla.

Entre las infinitas actividades que ha desarrollado el ser humano a través de los tiempos, la agricultura ha sido y es una de las más trascendentes, pues su acción se sustenta en el reino de la necesidad, pero también en el de la libertad. Es a través del paisaje y sus sucesivas transformaciones, visibles al observador o no, que se aprecia, en particular para el caso que nos ocupa —la actividad agrícola—, cómo se resuelve esa contradicción entre la necesidad y la libertad. Este proceso histórico tiene en la diferenciación geográfica (diversidad), bien sea buscando regularidades, bien determinando las formas de combinación y de modificación que adquieren esas regularidades en un lugar, su pivote. Por ello, la geografía, al decir de CAMILLE VALLAUX, no se satisface con la descripción: la geografía explica.

JOSÉ JESÚS ROJAS LÓPEZ, geógrafo e investigador incansable del mundo primigenio de la necesidad, pero también de la libertad, se ha dedicado con absoluto esmero, seriedad y pasión, propio de los que aman lo que hacen, a estudiar el ámbito del quehacer humano en esa tenaz búsqueda por sustentar su permanencia en tanto que ser vivo sobre la faz de la tierra y, por tanto, transformador y creador permanente de nuevas realidades. Allí se encuentra la esencia del colega y amigo ROJAS LÓPEZ en su afán por ir más allá

de la mera descripción de la construcción de la realidad de lo rural en Venezuela.

De larga y dilatada trayectoria en este campo particular de investigación de la geografía, ROJAS LÓPEZ logra hilvanar la historia de la Venezuela profunda, ese mundo de relaciones entre el constructor de su historia y el territorio, partiendo de una base conceptual sólida en la que destaca la noción de heterogeneidad, pues cuando afirma que todo *espacio geográfico es siempre un mosaico de temporalidades desiguales*, tiene en el movimiento histórico un elemento fundamental de explicación; de allí que, para comprender y explicar la realidad rural de la Venezuela contemporánea, considere imprescindible otear el pasado. Este ir y venir entre pasado y presente, le permite al autor «observar» lo rural y sus necesarias articulaciones con el «resto» del territorio venezolano, pero también vislumbrar lo que vendrá.

Siguiendo este hilo conductor, tenemos hoy el gusto de presentar el libro *Del agrarismo histórico a los desafíos del desarrollo territorial en Venezuela* del colega JOSÉ JESÚS ROJAS LÓPEZ. En esta oportunidad, despliega toda su sapiencia con relación a este tema, tan caro para él desde sus tiempos de estudiante. Es meridiana la manera como trabaja la relación entre la construcción del territorio de la Venezuela rural y la geografía y sus aportes conceptuales para interpretar esa relación.

Desde esta perspectiva, y de entrada, le da al lector la base conceptual que le facilita el abordaje teórico y metodológico de su ensayo sobre el mundo de lo rural en Venezuela. Así, se pasea por conceptos tales como territorio, espacio geográfico, siste-

mas agrarios, nuevas ruralidades que, en sus palabras, le *«ayudan a comprender los cambios geográficos desde el agrarismo a lo rural-territorial como procesos discontinuos y substantivos de la historia nacional»*. De allí que se entienda que desarrolle temas como heterogeneidad del territorio, sistemas agrarios históricos, nuevas ruralidades, modelos endógenos.

Es importante destacar la forma como trata el tema, dentro de la perspectiva teórica asumida, de lo que denomina los «primeros agricultores de Venezuela». En este punto destaca de manera explícita que *«los europeos no arribaron a un espacio silvestre, sino valorado material y simbólicamente: un dilatado pasado, muy anterior a 1498»*. Esta manera de mirar nuestro pasado prehispánico es absolutamente novedosa, pues rompe con una vieja idea de que los pocos habitantes que poblaban a la Venezuela de ese tiempo, se reducían a grupos trashumantes, a excepción de aquellos que hacían vida en la cordillera de los Andes. Logra demostrar que, aun cuando los grupos nómadas practicaban la caza, pesca y recolección, la agricultura fue la que *«posibilitó formas más acabadas de organización social, económica y territorial, en particular en los ambientes serranos y piedemontinos de occidente»*.

Más adelante nos deleita con su descripción de cómo con el arribo de los europeos a fines del siglo xv, se habla de *«un nuevo mundo»* para los que llegan, *«pero muy antiguo para los visitados»*. Allí se detiene para discutir cómo se da el proceso de des-territorialización de los sistemas ancestrales. Destaca varios momentos: concentración socioproductiva; encomiendas y misiones; la interpretación humboldtiana, a fines del

siglo xviii, de las variaciones de intensidad de uso de la tierra por densidad de trabajo y producción.

Cuando aborda la diversidad de los sistemas agrarios coloniales, destaca, de manera especial, la diferenciación geográfica regional. Se pasea por haciendas y plantaciones, hatos, labranzas, núcleos y complejos agro-artesanales, para finalmente, mostrarnos la importancia, poco resaltada, de la labor de las misiones en el desarrollo de la actividad agrícola como base de la colonización al sur del Orinoco. Con esta descripción, destaca como la diversidad agraria fue mucho más amplia e interconectada que lo dicho muchas veces de que el territorio venezolano de la época, era seccionado en pedazos en los que predominaban haciendas centrales, hatos llaneros y conucos amazónicos.

Luego, ya en el siglo xix, se centra en detallar lo que significó el proceso independentista al frenar la expansión que vivía la agricultura de la Venezuela del siglo xviii. Superado el conflicto con España y luego de varias décadas de luchas intestinas, que sumieron en un profundo estancamiento al territorio de la Venezuela profunda, resalta la influencia del denominado período guzmancista (fines del siglo xix), en el que el proyecto de modernidad fue el que facilitó el reimpulso de la economía agro-exportadora, destacando *«...la desigual dinámica de la trama productiva, demográfica y comercial, desde la importante concentración del centro norte costero, hasta la involución territorial de los llanos altos occidentales»*.

La llegada del petróleo a la vida social de Venezuela marca un nuevo rumbo

en el desarrollo territorial de Venezuela. En este proceso, cambia profundamente el paisaje hasta ahora dominado por el mundo de la ruralidad y se comienzan a perfilar nuevos objetos que dicen con relación al nuevo rumbo que toma el país: transformarnos en petroleros y urbanos, pero manteniéndonos también rurales. La trama que desarrolla el autor es extraordinaria, pues logra mostrar en detalle el solapamiento de dos temporalidades y su correlato territorial, pero que de manera progresiva marchan a un solo compás: la construcción de un país moderno, petrolero y fundamentalmente urbano. La diversidad del paisaje, antes dominada por lo rural, ahora se le suman múltiples objetos que dicen de este nuevo momento histórico marcado por la modernidad, y porque no decirlo, también por la postmodernidad.

ROJAS LÓPEZ alcanza con este trabajo una madurez intelectual que le permite hilvanar de una manera limpia y sin contradicciones en la narrativa, la historia de la formación del territorio nacional, visto desde la Venezuela profunda, lo que facilita una comprensión del cómo y por qué somos quienes somos hoy en día. La lectura de este ensayo nos faculta a afirmar que es una referencia obligada para quienes el mundo de lo rural forma parte de su quehacer cotidiano. ↵

Delfina Trinca Figuera
Instituto de Geografía y Conservación
de Recursos Naturales.
Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales.
Universidad de Los Andes.
Mérida-Venezuela.



«La base misma de la geografía es que el mundo está siempre redistribuyéndose, regeograficándose. En cada momento la unidad del mundo produce la diversidad de los lugares... Pensamos que la simultaneidad de las diversas temporalidades sobre un trazo de la corteza terrestre constituye el dominio propiamente dicho de la Geografía... el tiempo como sucesión es abstracto y el tiempo como simultaneidad es el tiempo concreto, ya que es el tiempo de todos.»

—MILTON SANTOS, 2000: 133.

Históricamente la actual Venezuela se erigió sobre bases agrarias regionalmente diferenciadas. Las primeras agriculturas de los grupos indígenas sustentaron densidades demográficas relativamente altas en valles montanos y piedemontes centro-occidentales. Así lo evidencian estudios antropológicos y arqueológicos de núcleos agrarios andinos, larense-falconianos y llanero-occidentales. A partir de mediados del siglo XVI, las imposiciones hispánicas —encomiendas, mercedes de tierras, pueblos de indios, resguardos, misiones— comenzaron el proceso de desarticulación de los sistemas ancestrales.

Los nuevos patrones de organización territorial respondían a necesidades domésticas, pero sobre todo a las crecientes demandas euro-americanas de productos y materias primas. El desarrollo de estas obligaciones requirió la incorporación de esclavos negros, fuerza de trabajo fundamental de la economía agro-exportadora. De modo que a la llegada del siglo XVIII ya se encontraban estructuradas las haciendas diversificadas y plantaciones del centro norte costero, hatos extensivos llaneros y guayaneses, pequeñas y medianas economías nororientales y centro-occidentales e incluso agriculturas locales en diversas regiones del país.

En el proceso de territorialización colonial, los tres componentes étnicos y el medio geográfico intervinieron de distintas maneras en el forjamiento de un singular sincretismo, prolongado hasta nuestros días. En esa trayectoria el papel de la geografía es poco reconocido, quizá debido a la denigrada tesis del determinismo ambiental o lento desarrollo de los estudios geohistóricos. Sin embargo, al correr del tiempo, se enraizaron imágenes y experiencias territoriales, actualmente rescatadas en vigorosas geografías e historias locales y regionales (MUÑOZ y BRACHO, 2009).



«...el término «plantación» se generalizó con rapidez, aplicándose tanto a las unidades productivas de artículos tropicales que utilizaban esclavos cuanto a las plantaciones bananeras de nuestro siglo... Pero es un hecho que «plantación», y sobre todo «plantación esclavista», sugiere una forma de organización de la producción bien definida, más homogénea sin duda que la de la «hacienda» extremadamente heterogénea en el tiempo y el espacio.»

—CIRO F. S. CARDOSO
y HÉCTOR PÉREZ BRIGNOLI, *Ti*, 1979: 193.

La disolución del nexo con la Metrópolis y las guerras internas redujeron el comercio externo durante la mayor parte del siglo XIX, sin que las estructuras agrarias lati-minufundistas sufrieran mayores variaciones. Hacia el último cuarto del siglo el país experimentó una nueva recuperación agro-exportadora inscrita en la expansión imperialista europea. El centro norte, la región andina y el nororiente conocieron una dinámica comercial, vinculada a pequeñas y medianas explotaciones agrícolas, mientras los hatos de ceiba dinamizaban los llanos altos centrales.

A mediados de la segunda década del siglo XX la irrupción petrolera cambió las bases históricas del modelo de acumulación y, en consecuencia, los diversos sistemas agrarios en las distintas regiones, comenzaron a perder significación en la evolución económica del país. Entre 1921 y 1940, las exportaciones del crudo subieron casi 11 veces frente a las agropecuarias que cayeron casi 20 veces. Después de la II Guerra Mundial el factor petrolero propició la articulación orgánica de la República al sistema capitalista mundial, acelerando los cambios estructurales del país. La nueva renta impulsó una precipitada modificación de las viejas coordenadas territoriales, económicas, demográficas y culturales y en un tiempo relativamente corto la sociedad venezolana inició el tránsito de su condición agraria a una urbano-petrolera.

El mundo agrario sobrellevó, desde entonces, un doble proceso de transformación. Primero, la difuminación o modificación de los sistemas productivos históricos. Segundo, la emergencia de nuevas agriculturas, amparadas por el recién instaurado

modelo de sustitución de importaciones, en el que modernización tecnológica, organización agro-empresarial y reforma agraria jugaron un papel estelar. La tradicional visión agraria, por tanto, no compaginaba del todo con la configuración petro-rentista de la sociedad nacional. La habitual identidad entre actividades agrícolas, agrarias y rurales se resquebrajaba a medida que se extendían los cambios globales y nacionales. Hoy, son múltiples y diversas las funciones agrícolas y rurales no agrícolas que componen el espumoso concepto de la ruralidad venezolana.

Las estructuras territoriales tradicionales si bien son relativamente perdurables o de «larga duración», no son homogéneas o estáticas, en virtud de que todo espacio geográfico es siempre un mosaico de temporalidades desiguales. En nuestro caso, una mezcla de herencias e innovaciones, formas productivas de diferentes momentos evolutivos, de creciente dominancia agro-empresarial en tiempos recientes. Por consiguiente, en el estudio de los nuevos actores y funciones rurales no se puede ignorar el pasado, porque la agricultura es una actividad representativa de la historia cultural-territorial del país. De ahí la importancia del enfoque geohistórico, mediante el cual se aplican conceptos y métodos del análisis geográfico a los procesos de construcción de los territorios a largo plazo.

Los estudios sobre la historia y economía agrarias de Venezuela constituyen valiosas fuentes para abordar el presente trabajo. Sin embargo la perspectiva geográfica-regional, al igual que las ruralidades emergentes o, en todo caso, la actual geografía rural en un país de rápida urbanización,

han merecido menos atención. Por ello, surgió un primer interés por sistematizar la evolución regional de los sistemas agrarios, identificar sus transformaciones durante el tránsito de la Venezuela agraria a la Venezuela petrolera y, finalmente, examinar las nuevas ruralidades y los modelos de desarrollo endógeno de las últimas décadas.

Evadimos cortes históricos fijos y cerrados y optamos por escenarios territoriales de tiempos acumulados, es decir, donde los tejidos de agricultura, poblamiento e intercambio interno y externo, hubiesen generado sistemas agrarios relativamente organizados en determinadas épocas. El «escenario base» lo situamos en la territorialidad agraria de finales del siglo xv, la que existía al momento de la irrupción europea. La consolidación territorial hispana de la segunda mitad del siglo xviii, constituye el segundo escenario. El tercero comprende el auge agro-exportador del último cuarto del siglo xix hasta la tercera década del siglo xx. Finalmente, un cuarto escenario, desde mediados del siglo xx, signado por la aceleración petrolera de los cambios territoriales, particularmente despoblamiento rural, urbanización, infraestructura vial y nuevos sistemas productivos.

Esos escenarios —neo-indio, colonial consolidado, republicano agro-exportador, moderno reciente— son desiguales en duración, por cuanto los cambios sociales ocurren con mayor celeridad que las transformaciones territoriales. No obstante, los característicos entramados regionales permiten reconocer una cambiante heterogeneidad, de indudable valor en los recientes modelos de desarrollo rural: es el segundo interés del estudio. Mas cuando algunos autores presumen la existencia un sistema regional «*equilibrado*» en algún momento al decir de CARRERA DAMAS (1980), «...*imágenes ilusorias de equilibrio perfecto entre campo y ciudad, lo cual hipotéticamente restablecería un orden social y territorial transitoriamente extraviado*» (FOSSI, 1995: 493). Un dilema entre mitos del pasado y utopías del futuro (ROJAS LÓPEZ y PULIDO, 2013).

Las siguientes páginas pretenden, entonces, un propósito general o abarcante a partir de los dos objetivos presentados anteriormente: construir una síntesis geohistórica de la diversidad agraria venezolana y sus desafíos frente a las recientes propuestas de desarrollo territorial rural. Un intento que podría parecer paradójico, dada la vertiginosa desruralización de la sociedad y sus altos niveles de urbanización, según el discutible criterio de los censos oficiales (centros poblados mayores a 2.500 habitantes).

El mundo rural de hoy, sin embargo, pese a su debilidad demográfica ha sido redefinido en las políticas públicas, no solo por su capacidad de producir alimentos y materias primas, sino también por otras funciones asociadas a sus características geográficas y culturales, que le agregan valores tangibles e intangibles. En efecto, ordenación del territorio, conservación de la naturaleza, ecoturismo, turismo rural, servicios ambientales, segundas residencias, patrimonios y culturas tradicionales, gastronomía territorial y artesanía local, son nuevas funciones cada vez más consideradas en los programas regionales y locales de desarrollo rural sustentable y, por tanto, de la sociedad toda.

Finalmente, eludimos excesivas teorizaciones o simplificaciones acerca de lo agrario, rural o urbano, otorgándole mayor énfasis a los procesos regionales. El análisis de fuentes bibliográficas, cartográficas y estadísticas; re-lecturas de previas publicaciones del autor y diálogos con investigadores, especialmente de la Universidad de Los Andes, aportaron las bases estructurales del estudio. En especial agradecemos las observaciones y comentarios de NELLY VELÁZQUEZ DÍAZ, DELFINA TRINCA FIGHERA, MARIO VALERO MARTÍNEZ y FRANCISCO GONZÁLEZ CRUZ. El ambiente académico de la Escuela de Geografía, del Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales y el apoyo institucional-financiero del Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes de la Universidad de Los Andes, posibilitaron la serena culminación del proyecto FO-707-11-09-B. Las omisiones o carencias del texto son, en todo caso, de la plena responsabilidad del autor. ↵

1

CLAVES CONCEPTUALES BÁSICAS DEL ESTUDIO

Los disímiles conceptos sobre territorios, sistemas agrarios, nuevas ruralidades y modelos endógenos, obligan de entrada a precisar sus significados a los fines del presente trabajo, en tanto nos ayudan a comprender los cambios geográficos desde el agrarismo histórico a la visión territorial de la ruralidad como procesos discontinuos y substantivos de la historia nacional. Los dos primeros en estrecha relación con las improntas espaciales originadas por la trama agricultura-población-conexión, y los dos últimos de acuerdo con las funciones que los espacios rurales cumplen o están llamados a cumplir en la contemporaneidad. ↪



1.1. / HETEROGENEIDAD DE LOS TERRITORIOS

El espacio geográfico lo entendemos como una entidad en permanente construcción a distintos ritmos temporales mediante múltiples relacionamientos entre la sociedad y una naturaleza cada vez más humanizada. En ese acontecer se entrecruzan ecosistemas, culturas, poblamientos, producciones, flujos, sistemas técnicos y redes de interacción, que lo hacen complejo, dinámico y diverso. Uno de los propósitos de la geografía es, precisamente, diferenciar unidades espaciales organizadas a determinadas escalas —regiones, zonas, lugares, sistemas— con sus propias historias, relacionadas unas con otras, e inscritas en historias de mayor alcance temporal y espacial. Entre esas historias nos interesa particularizar la de dominio y apropiación, pues de allí surge la noción de territorio, no pocas veces asimilado solo a superficie terrestre.

El dominio político, el más citado en la literatura, es el que se ejerce según modalidades de poder, acceso o control y, por tanto, la territorialidad sería *«el intento de un individuo o grupo de afectar, influenciar y controlar personas, fenómenos y relaciones, a través de la delimitación y control sobre una determinada área geográfica»* (SACK, 1986: 6). Dicho de otro modo, ningún grupo o individuo puede encontrar un lugar relativamente seguro y permanente para su propia realización, sin que medie algún modo de control territorial.

Por otra parte, como producción material, la creación de territorio depende de la fuerza decisoria de cada grupo social para aprovechar el espacio según los sistemas téc-

nicos-económicos disponibles en cada época histórica. Así, las acciones de apropiación y transformación convierten porciones de espacio en *«territorios usados»*, según el lenguaje de SANTOS (2000), donde confluyen pasado y presente, pues en cada tiempo se generan distintas posibilidades de acción articuladas a las de cada momento actual. La territorialidad, entonces, se conforma a partir de un mosaico de usos cambiantes y heterogéneos.

La apropiación cultural, en cambio, valora las formas conscientes de identidad y pertenencia que dan contenido sensible al espacio, vale decir espacios vividos, llenos de *«topofilias»* en la terminología de TUAN (1977). La concepción abstracta de espacio se traduce en un mundo de lugares de vida y, en este caso, la territorialidad constituye un sistema de significados culturales o simbólicos de apego afectivo y ubicación espacial de individuos y grupos sociales: la realidad del territorio pasa al dominio de los intangibles de sus propios habitantes.

Las dos primeras son categorías analíticas de la geografía y la tercera una categoría *«emic»* de la antropología cultural, la cual también forma parte de la geografía cultural. Esas tres concepciones —poder político, dominio económico y simbolismo cultural— sitúan al territorio en posición central de las ciencias sociales, paradójicamente en tiempos de globalización. Si bien alguna de ellas puede dominar durante cierto período, los agentes que territorializan el espacio siempre crean combinaciones entre sociedad y naturaleza, materialidad y simbolismo, política

y economía, las cuales hacen de la heterogeneidad una propiedad inherente al territorio (ROJAS LÓPEZ y GÓMEZ ACOSTA, 2010).

Entendiendo que la generalidad del espacio y la especificidad de los territorios no los reduce a entidades fijas u objetos pasivos, en este trabajo subrayamos los usos materiales que conforman los territorios en el

doble sentido de permanencia y cambio: por una parte, estructuras sincrónicas, estables y organizadas en cierto momento y, por la otra, estructuras inacabadas o diacrónicas al mismo tiempo. Por eso, algunos usos perduran, otros desaparecen o se transforman y otros reaparecen como nuevos usos (SILVEIRA, 2008). ↩

1.2. / LOS SISTEMAS AGRARIOS HISTÓRICOS

La agricultura es una actividad territorial prominente en el espacio geográfico, tanto por la cantidad de tierra y fuerza de trabajo que emplea, como por los patrones espaciales que genera. Estos últimos resultan del juego de interacciones naturales y socioeconómicas en el curso histórico, pero no ocurren aleatoriamente en tiempo y espacio, sino organizados en sistemas o regiones. Usualmente ambos conceptos se emplean indistintamente porque están basados en la explotación agrícola como unidad básica de diferenciación.

Los sistemas agrícolas o sistemas de agricultura privilegian las interrelaciones ecológicas, productivas y tecno-económicas de un conjunto de explotaciones, algunas veces situándolas en su entorno sociocultural e institucional, por ejemplo los sistemas de horticultura o de cereales, (SPENCER y STEWART, 1973). Las regiones agrícolas convencionales o uniformes, son recortes territoriales según criterios predefinidos que le conceden cierto grado de homogeneidad espacial; relativa en todo caso, ya que depende de los objetos observados, escala geográfica y medios para «suavizar» la rugosidad o textu-

ra geográfica, por ejemplo egiones ganaderas o regiones cerealeras (ROJAS LÓPEZ, 1995).

El sistema agrario, por lo contrario, insiste en la aproximación territorial, pues procura dilucidar los modos de aprovechamiento de un medio *«...históricamente constituido y durable, un sistema de fuerzas productivas adaptado a las condiciones bioclimáticas de un espacio dado y respondiendo a las condiciones y necesidades sociales del momento»* (MAZOYER, citado en ARMAS, 1997: 95). Coloca en primer lugar *«...las particularidades que adquiere en un ámbito natural dado, el proceso de ocupación y transformación del territorio, en virtud de las modalidades que ha asumido históricamente la organización social de la producción y el intercambio»* (FONAIAP, 1988: 55).

Acá, y para nuestros objetivos, asumimos el sistema agrario desde un punto de vista histórico-regional: un patrón de uso de la tierra conformado por unidades productivas —elementos centrales— asentamientos humanos y rutas de circulación, cuya trayectoria en una misma localización regional le otorga unidad y coherencia en determina-

dos períodos. La identidad del sistema, es decir, el característico patrón de ocupación territorial, obedece a sus antecedentes y a la malla tejida por sus propios componentes, en comparación al grado de estructuración observado en otras regiones.

La predominancia de cierto tipo de unidades productivas (conucos, fincas familiares, medianas explotaciones, haciendas, hatos), en combinación con centros de poblamiento (aldeas, pueblos, villas, ciudades) y rutas de intercambio (trochas, ríos, caminos, carreteras) definen sistemas agrarios sin límites fijos u homogeneidad espacial, sinónimos de territorios históricos. De ahí que sean entidades flexibles, cuyo funcionamiento depende de sus especificidades regionales y articulaciones a la totalidad a la que pertenece.

Este concepto facilita aprehender la desigual dinámica geohistórica de los territorios agrarios. Por ejemplo, de los sistemas indígenas a las labranzas indo-hispanas de los valles altos andinos o la regresión territorial del llano alto occidental en el siglo XIX y su emergencia económica en la segunda mitad del siglo XX. Igualmente pone en cuestión

modelos agrarios simplificadores —hacienda central, hatos llaneros, conuco amazónico— o aquellos que solo privilegian flujos agro-exportadores, desestimando los complicados patrones internos (dendríticos, multietápicos, concentrados, dispersos y periféricos).

Los sistemas agrarios experimentan cambios graduales o abruptos, regresivos o progresivos, según la celeridad modernizadora o de las fuerzas productivas, pues están sujetos a fuerzas combinadas de desterritorialización y reterritorialización. Las primeras desestructuran o substituyen transitoria o definitivamente formas anteriores por vías de dominio, transacción acordada o desarrollo socioproductivo. Si bien no implican necesariamente extinción de sus anclajes culturales (recuerdos, memoria, nostalgia), involucran procesos de reterritorialización material que tienden a reconstruir las formas anteriores sobre antiguas bases, con fusiones de legados e innovaciones e incluso sobre nuevas bases socio-productivas. En otros casos ocurren formas implantadas, sin antecedentes históricos en los lugares de acogida, es decir, la historicidad propia de los sistemas agrarios es substituida por nuevos sistemas agrícolas. ↵



«La intensidad de los procesos de urbanización y el cumplimiento de las diversas funciones por parte de los espacios rurales varía en magnitud y adquiere manifestaciones particulares en los continentes, regiones, subregiones, países y territorios en los cuales se trata de observar las mutaciones experimentadas por el medio rural... Por este motivo, en el análisis del medio rural resulta ineludible tener presente su vasta heterogeneidad, evitando así las generalizaciones o el traslado mecánico de las interpretaciones sobre contextos desiguales...»

—J. MORA ALFARO, 2013: 15.

1.3. / EMERGENCIA DE NUEVAS RURALIDADES

Complejos agroindustriales, megalópolis y redes de transporte y comunicaciones introdujeron cambios espaciales que no solo cuestionaron las fronteras entre lo rural y lo urbano, sino también modelos de localización y uso del suelo en regiones desarrolladas. En las regiones menos transformadas la agricultura tradicional mantenía a duras apenas un tejido social dinámico; sin embargo, la sociedad urbana logró ampliar sus percepciones ambientales, culturales y socioeconómicas de ese mundo que, en consecuencia, reorientaba sus recursos hacia aquellos usos que agregaran nuevas oportunidades económicas y sociales a sus medios locales.

Esas transformaciones, en sí reajustes propios de sociedades industrializadas, dieron lugar a nuevas lecturas rurales: renacimiento, renovación, recomposición, reconfiguración. La multifuncionalidad condujo a re-discutir el criterio de la unicidad agrícola como definidor de ruralidad e incluso la validez de los modelos espaciales de la agricultura. La visión agraria de un escaso dinamismo entre naturaleza, agricultura campesina, baja densidad demográfica, débiles intercambios y cultura tradicional —denominado campo o campiña— comenzó a borrarse a medida que se descubrían las múltiples posibilidades de actividades e interacciones con el ámbito urbano.

Emergieron, así, nuevas ruralidades, en unos casos respondiendo a factores externos (agro-negocios, servicios y comercio especializados, turismo internacional...) y, en

otros, a revaloraciones locales de «viejas ruralidades» (ecoturismo, agro-ecología, patrimonios, identidad cultural, gastronomía...). Hoy la mezcla de nuevas y viejas ruralidades («sincretismos glo-cales»), dificulta definir a la ruralidad como categoría precisa y unívoca del análisis geográfico.

En América Latina el concepto de nueva ruralidad fue propuesto a principios de los años noventa del siglo pasado, simultáneamente a los de pluriactividad rural y multifuncionalidad territorial en Europa. El concepto recogía dos grandes procesos en curso: *a)* cambios en los usos, funciones e intercambios de las áreas rurales y, *b)* creciente desagrarización de la sociedad latinoamericana (LLAMBÍ y PÉREZ, 2007). Los primeros estudios atendieron a los impactos de la globalización en los espacios rurales, luego se ampliaron a las influencias de la urbanización, los transportes, patrones alimentarios, turismo y organizaciones socio-ambientales (BONNAL, *et. al*, 2003).

La globalización si bien brindaba oportunidades a lugares mejor posicionados, también excluía a los de menor acceso global. Por lo tanto, al mismo tiempo que la sociedad agraria evolucionaba a otra de perfil plural-moderno, las agriculturas tradicionales o históricas perdían definición territorial o permanecían estancadas. En tal sentido, las desigualdades en los espacios rurales se pensaron en términos de territorios competitivos, transicionales y marginados. CHIRIBOGA (2001), por ejemplo, señala que la nueva

ruralidad profundizó la diferenciación rural a través del desarrollo capitalista y los desanclajes creados por la globalización: zonas modernas, de emigración y depauperadas.

Paradójicamente la nueva ruralidad, entendida acá como las innovaciones originadas por cambios globales y procesos nacionales en territorios tradicionales, y la necesidad sentida de políticas públicas más eficientes, abrieron camino a otras estrategias diseñadas para mejorar las condiciones de vida de las regiones desfavorecidas o alejadas de centros dinámicos. Partiendo de la hipótesis de que todo territorio posee recursos potencialmente movilizables, la nueva ruralidad convirtió

lo rural en territorio local, esto es, unidad de gestión donde la acción pública y privada encontraba mejores respuestas que en los proyectos sectoriales.

La dinámica social-económica-institucional-ambiental implícita en la visión territorial de la ruralidad se concretó en los enfoques de desarrollo territorial rural, actualmente difundidos en países desarrollados y no desarrollados (SEPÚLVEDA, *et al*, 2005; MORA ALFARO, 2013). Sin duda, un reconocimiento al valor insustituible de los territorios en la planificación territorial y gestión ambiental, desarrollo económico y calidad de vida de los medios rurales. ↵

1.4. / MODELOS ENDÓGENOS DE DESARROLLO

Los actuales modelos de desarrollo rural, particularmente en Europa, insisten en capitales sociales, innovaciones y recursos locales para competir en mercados globales. El desarrollo endógeno, en particular, fue definido como una política de desarrollo local destinada a provocar respuestas de la sociedad civil a los retos planteados por la competencia en los mercados. El foco estratégico fue ubicado en los intereses comunes de un conjunto de actores territoriales que movilizaran sus activos locales o recursos potenciales, más allá de sus propios entornos geográficos (VÁZQUEZ BARQUERO, 2007)

Las posibilidades de éxito dependen, entonces, de sinergias entre innovaciones, organización flexible de pequeñas y medianas empresas, desarrollo urbano, densidad del tejido institucional y cooperación de actores

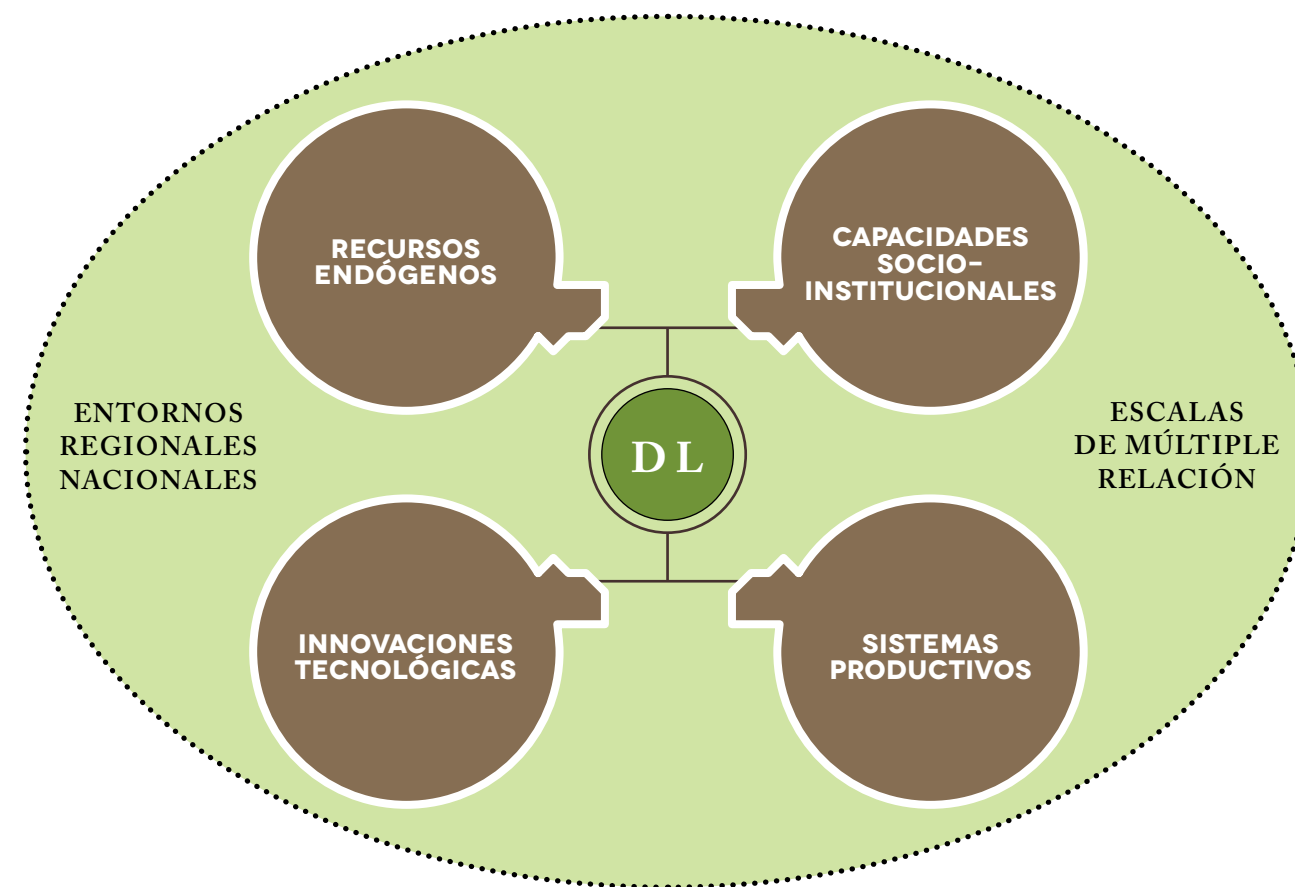
sociales, económicos e institucionales. En cierto modo, la discusión macro latinoamericana perseguía los mismos objetivos, en tanto defendía mecanismos internos que posibilitaran el dinamismo de industrias pilares para crear núcleos endógenos básicos, a fin de fortalecer la generación, acumulación y difusión de la productividad nacional (SUNKEL, 1991).

Otras interpretaciones menos competitivas y socialmente más cohesivas concibieron los modelos de desarrollo endógeno como alternativas a la economía global neoliberal. En palabras de KLEIN (2005), enraizados en una sociedad civil que, por compartir historia, cultura y territorio, pueda fundamentar su futuro en la valoración y uso de recursos locales. Ello puso en primer plano la capacidad de la sociedad local para

optar por estilos autónomos, apropiarse de una parte del excedente económico y reinvertirlo en el mismo lugar, generar sus propios impulsos de cambio tecnológico y rescatar identidades culturales y territoriales.

El desarrollo es entendido así como un proceso local, territorial y de abajo hacia arriba, que emerge en uno o varios lugares, no en todos, interactuando con decisiones de otros niveles espaciales: si se quiere una geografía de un desarrollo heterogéneo. «*Nada de ello es posible sin colocar el esfuerzo de desarrollo en su lugar y en manos de la gente... sin una adecuada y flexible combinación de descentralización y centralización*» (BOISIER, 2004: 39). Un concepto pleno de equidad y territorialidad, alejado de las debilidades teóricas de las tesis funcionalistas, marxistas y estructuralistas para los abordajes del desarrollo local [LAM. 1].

Hoy, a nuestro entender, el desarrollo rural en América Latina comparte el espacio de un cuadrado, cuyos vértices representan cuatro conceptos con más similitudes que diferencias: nueva ruralidad, territorio, endogeneidad y desarrollo local. Son comunes, así, los proyectos de «desarrollo rural endógeno», «desarrollo local integrado», «desarrollo rural sustentable», «territorios de nueva ruralidad» o «territorios con identidad cultural», enfoques neo-institucionales a escala humana, ante la fuerza globalizadora que arropa el continente. En cualquier caso, experiencias concretas confirman resultados satisfactorios y sostenibles cuando los actores sociales participan activamente en la concepción y desarrollo de los proyectos, a diferencia de las usuales formas asistencialistas, centralistas o vertical-burocráticas. ↪



[LAM. 1] EJES IMPULSORES DEL DESARROLLO LOCAL.

FUENTE: elaboración propia.



LOS PRIMEROS AGRICULTORES DE VENEZUELA

Las culturas incaicas o centro andinas diseñaron estrategias de vida adaptadas a específicos ecosistemas regionales y locales de costa seca, selva tropical y alta montaña. Los agricultores lograron control vertical de los ambientes ecológicos, pero su máxima evolución cultural fue el sistema *Aillu* de familias nucleares de alta montaña (MURRA, 1972). Igualmente, las culturas mayas mesoamericanas desarrollaron singulares creaciones tecno-culturales para manejo de aguas y tierras, como los extensos campos irrigados y las plataformas flotantes de cultivos anuales y altos rendimientos (*chinampas*) (PALERM y WOLF, 1972).

Al entender las diferencias con las altas culturas americanas, no todos los grupos de la Venezuela indígena pueden ser calificados de primitivos. A la llegada de los europeos, descendientes de nómadas del Paleoindio (15.000-5.000 a.C.), de los semisedentarios del Mesoindio (5.000-1.000 a.C.) y sedentarios del Neoindio (1.000-1.500 d.C.) poblaban las diferentes regiones. Los dos primeros subsistían con prácticas rudimentarias, pero la agricultura fue el principal medio de vida del Neoindio (STRAUSS, 1992). Los europeos, por tanto, no arribaron a un espacio silvestre, sino valorado material y simbólicamente: un dilatado pasado, muy anterior a 1498. ↪



2.1. / PATRONES TERRITORIALES INDÍGENAS

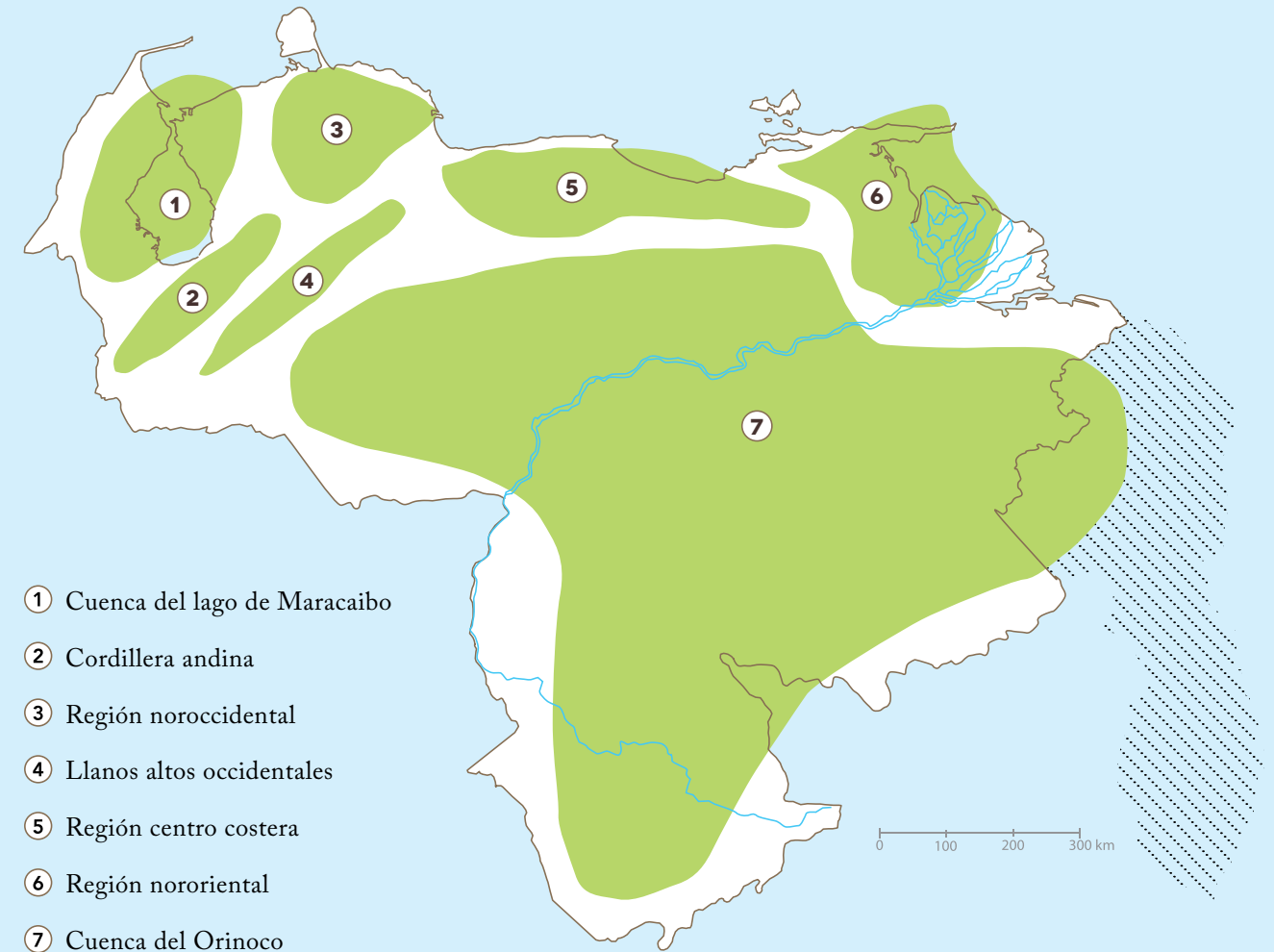
La diversidad de los primeros pobladores desconcertó a los cronistas, quienes afrontaron dificultades para agruparlos por afinidad lingüística, localización geográfica o estructura sociopolítica. Desde el punto de vista geohistórico, SANOJA y VARGAS (2007) reconocen siete regiones a finales del siglo xv: cuenca del lago de Maracaibo, cordillera andina, región noroeste, llanos altos occidentales, región centro-costera, región noreste y cuenca del Orinoco [LAM. 2]. En esas regiones los grupos nómadas practicaron caza, pesca y recolección de moluscos con instrumentos de piedra y madera. La agricultura, sin embargo, permitió formas más acabadas de organización social, económica y territorial, especialmente en los ambientes serranos y piemontinos de occidente.

El sistema de agricultura tropical o de tierras bajas —centrado en el cultivo de la yuca— estuvo bien representado en la Orinoquia y el suroeste del lago de Maracaibo. El conuco de bosque constituyó la típica forma productiva: una pequeña parcela cultivada con tecnologías adaptadas al ecosistema y las fases de trabajo: desmonte y quema, preparación del suelo, siembra, deshierbe,

cosecha, barbecho y nuevo desmonte en otro lugar. El conuco de vega y riberas, por lo contrario, fue más sedentario, favorecido por abonamientos de inundaciones periódicas.

El sistema teocrático —centrado en el cultivo de maíz— fue característico de las tierras altas andinas y del noroeste. Las comunidades desarrollaron sistemas agrarios sedentarios, cuya administración dependía de sacerdotes-curanderos en la región andina y sacerdotes-caciques en las serranías del noroeste, de ahí su carácter teocrático. De esta manera, la sedentarización fue base de las consolidaciones aldeanas y entramados territoriales de esas regiones.

Es fácil deducir la existencia de un conjunto social heterogéneo en la Venezuela ancestral, pues cada modo de vida reproducía formas particulares de organización de acuerdo con sus fuerzas productivas, estructura social y entorno ecológico. En este trabajo seleccionamos tres territorios como muestras representativas de las primeras agriculturas indígenas: tierras bajas del Orinoco, tierras altas andinas y tierras transicionales del llano alto occidental. ↩



[LAM. 2] REGIONES GEOHISTÓRICAS INDÍGENAS HASTA EL SIGLO XV.

FUENTE: SANOJA y VARGAS, 2007: 117.

— TIERRAS ORINOQUENSES

La compleja, amplia y aislada geografía física regional comprende sabanas y chaparrales adyacentes al río Orinoco y tierras deltaicas de su desembocadura, sabanas de altiplanicies, espesos bosques, sierras rocosas, tepuyes y una caudalosa red hidrográfica al sur del gran río. El clima estacional de sabana de la faja norte pasa transicionalmente a clima lluvioso de bosque y luego a clima tropical muy lluvioso de selva al extremo sur o Alto Orinoco, donde las precipitaciones alcanzan promedios anuales superiores a 2.500 mm.

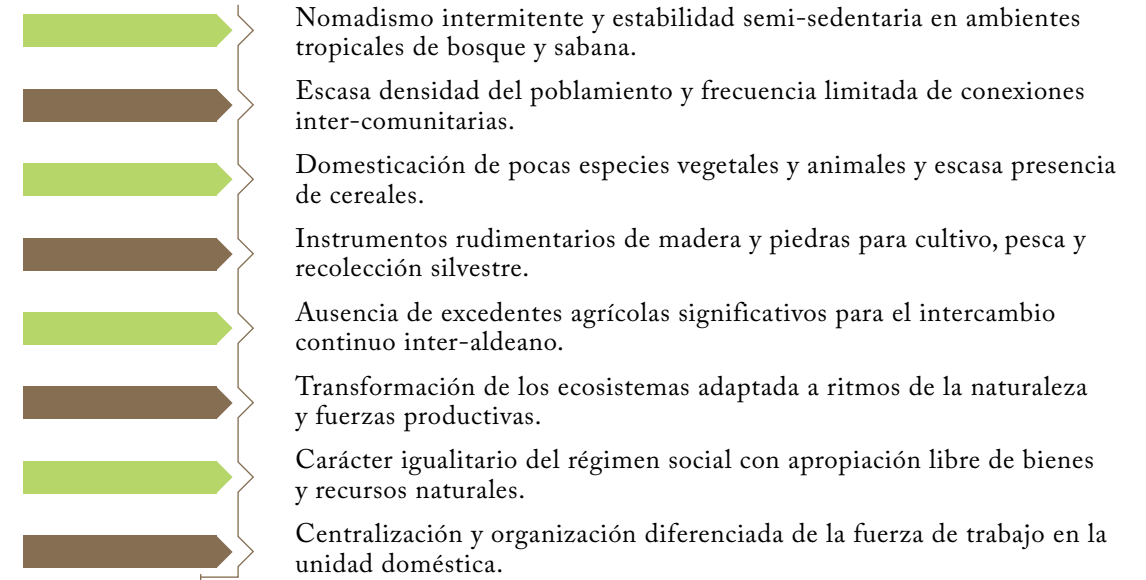
En esa región de enormes distancias y complicada accesibilidad moraban comunidades «nomádicas restringidas», «nomádicas de base central» y «semipermanentes sedentarias». Las primeras, núcleos de pocas familias, recorrían el territorio durante gran parte del año en actividades agrícolas incipientes, recolección de frutos, cacería y pesca fluvial. Las segundas se movilizaban durante la sequía y luego se radicaban en aldeas centrales multifamiliares en la temporada de lluvias. Las semisedentarias de selva practicaban el clásico sistema de «roza-tala-barbecho largo» basado en la yuca (conucos), además de la caza, pesca y artesanía utilitaria.

El sistema agrario tropical no favoreció el desarrollo de formas avanzadas de agricultura ya que no exigía: «...una inversión muy grande de horas de trabajo en la agricultura para obtener una producción suficiente, al tiempo que la dispersión de la actividad agrícola impedía la aparición de las motivaciones necesarias

para una mejor organización y concentración territorial de la población» (SANOJA y VARGAS, 1974: 211). Adicionalmente, condiciones de alta humedad y temperatura impedían la conservación de alimentos por largos períodos, a excepción del casabe (torta de harina de yuca), frutas y carnes secas.

Las formas de producción, poblamiento y movilidad espacial estructuraron un complejo agrario ajustado a las variaciones climáticas, nivel de agua de los ríos, complejidad eco-sistémica, duración del barbecho y acceso a los recursos de subsistencia. Lluvia y sequía —correlacionadas con sedentarismo y nomadismo— y los variables períodos de barbecho —reposición de nutrientes en ciclos de descanso del suelo— jugaron un papel central en la organización de un patrón agrario disperso, cuyas características más resaltantes se resumen en la [LAM. 3].

Estudios recientes confirman la existencia de un definido sistema regional de base inter-étnica en el Orinoco durante el siglo xv. En efecto, descubren la influencia de la diversidad cultural, étnica y ecológica en la formación de una red bien articulada de núcleos indígenas (comercio diversificado, servicios de rituales, alianzas matrimoniales...) relacionada, a su vez, con la rica biodiversidad (ecosistemas de sabanas, riberas inundables, bosque húmedo) y una economía comunitaria de reproducción simple (MORALES MÉNDEZ, 2007). ↵



[LAM. 3] CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL SISTEMA AGRARIO INDÍGENA DE TIERRAS BAJAS.
FUENTE: adaptado de SANOJA y VARGAS, 1974.

— TIERRAS ALTAS ANDINAS

La cordillera de Mérida, bloque montañoso de mayor elevación y envergadura del territorio nacional, está ubicada entre dos depresiones secas, la del Táchira al suroeste y la de Carora al noreste, y entre el lago de Maracaibo y los llanos occidentales. Sierras y ramales escarpados, valles profundos, lagunas de origen glaciario y terrazas escalonadas en amplios valles, caracterizan el relieve. Desde las planicies aluviales circundantes se asciende en corta distancia hasta la máxima altitud, 4.987 metros. Generalmente se diferencian cinco pisos altitudinales: tropical cálido (< 800 m), subtropical (800-1.600 m), templado (1.600-2.600 m), frío (2.600-3.100 m) y paramero (> 3.100 m).

Los indígenas ocuparon los diferentes pisos, pero los más adelantados habitaron

las tierras templadas y frías. Las temperaturas medias del ámbito templado varían entre 15 y 20 °C, las precipitaciones de 1.000 a 1.600 mm y la cobertura vegetal de bosques y selvas nubladas a matorrales. En las tierras frías las temperaturas son más bajas, de 9 a 12 °C y las precipitaciones inferiores a los 800-1.000 mm anuales; allí los bosques se degradan a matorrales, herbazales y coberturas arrosetadas a medida que aumenta la altitud, hasta culminar en páramos desérticos y cumbres rocosas.

Adaptaciones tecnológicas y productivas a los entornos ecológicos definieron dos patrones culturales: el andino y el sub-andino. El patrón andino, o de tierra fría, se sustentó en tubérculos (papa, oca, ulluco) y manejo de aguas y tierras (riego canalizado,

«Estos poyos, que en el Perú llamaron los españoles andenes, son el origen del nombre después corrompido de Andes, dado a toda la cordillera de América. Aún existen en jurisdicción de Mérida cerros labrados en tal forma. En un viaje que hicimos a Aricagua en 1894, admiramos estos restos monumentales de la civilización indígena, recorriendo a caballo varias gradas de un empinado cerro cortado en planos sucesivos hasta la cúspide, de tres o cuatro varas de ancho cada uno, que formaban en conjunto una vasta escalinata cubierta de pasto natural, que apenas dejaba entrever los cimientos de piedra, llamados catafós por los aborígenes.»

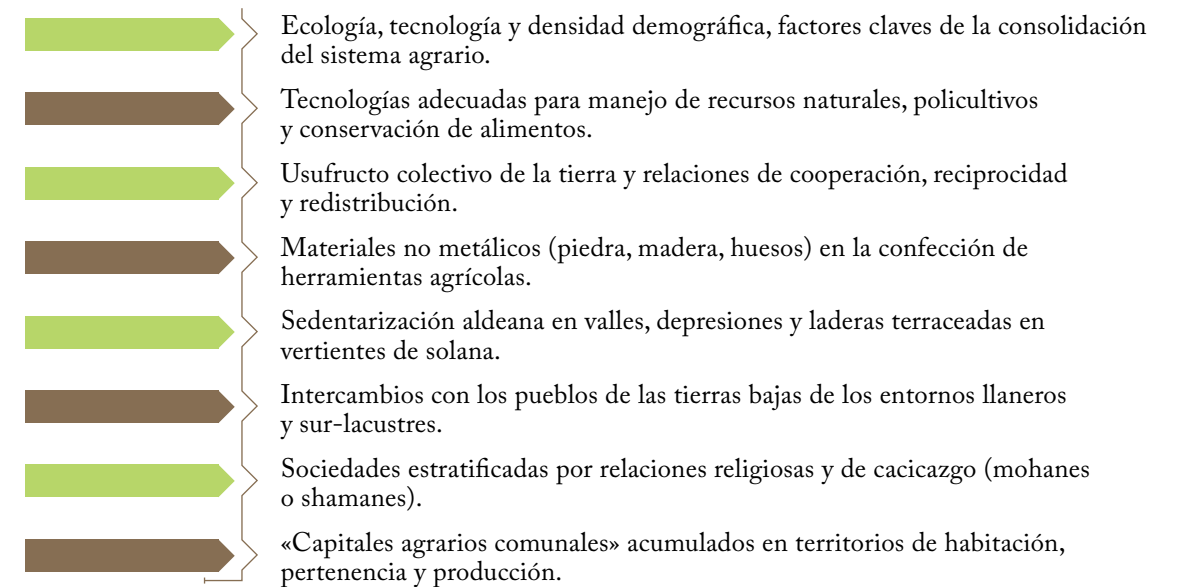
—TULIO FEBRES CORDERO, 2007: 35-36.

estanques, terrazas en laderas, silos, caminerías de piedra...), mientras el patrón sub-andino o de piso templado, fue el dominio de variedades de maíz y frutales con técnicas menos avanzadas, pero con alfarería más elaborada y una agricultura más diversificada (WAGNER, 1967).

Los numerosos valles constituyeron ambientes adecuados para pequeñas agriculturas y asentamientos sedentarios, además ofrecían una accesibilidad natural para el comercio inter y extra-aldeano. En la conformación del territorio fue decisiva la creación de aldeas, algunas hasta de 2.500 habitantes (CLARAC, 1982), y una red de senderos y trochas que comunicaba al eje central de la

cordillera con las aldeas del sur del lago de Maracaibo y llanos occidentales. FEBRES CORDERO (2007) indica el intercambio de algodón, papa y maíz de los indígenas andinos con la sal, las conchas y el pescado seco de los pueblos costeros y lacustres.

La organización y estabilidad de los sistemas agrarios requirió del poder central de jefes religiosos. De ahí la sacralidad histórica de pueblos andinos y sub-andinos como Escuque, Quíbor, Zamú, Mucuria, Chama, Mucuchíes, Timotes, Humocaró, Boconó, Cuicas y Esnujaque (CLARAC, *ob.cit.*). Las fuentes etnohistóricas permiten sintetizar a grandes rasgos la descripción del sistema agrario aldeano [LAM. 4]. ↩



[LAM. 4] RELACIONES AGRO-ECOLÓGICAS GENERALES DEL SISTEMA AGRARIO ANDINO.

FUENTE: elaboración propia a partir de WAGNER, 1967; SANOJA y VARGAS, 1974; CLARAC, 1982.

— LLANOS ALTOS OCCIDENTALES

Los llanos altos occidentales forman una faja irregular de aproximadamente 600 a 700 km de largo situada entre el contrafuerte andino (a los 300-400 metros) y los llanos bajos (120-130 metros). Está separada de los llanos altos centrales por el macizo de El Baúl y delimitada al suroeste algunas veces por el río Arauca y otras por el río Uribante. En esa transición geomorfológica, atravesada por los cursos fluviales paralelos que bajan de los Andes, se inter-penetran colinas, lomas y terrazas del piedemonte con acumulaciones recientes de la llanura no inundable (SCHUBERT y VIVAS, 1993).

El régimen de pluviosidad ocasiona un contraste entre la subregión húmeda del suroeste, aproximadamente 70 por ciento de la región, y la sub-húmeda del noreste, ambas separadas *grosso modo* por el río Santo Domingo. En el extremo suroeste las precipitaciones varían de 2.300 a 2.500 mm, características del bosque tropical húmedo, mientras que al noreste disminuyen a promedios de 1.300 a 1.500 mm, propias del bosque tropical seco, dotado a su vez de suelos con menores restricciones para las actividades agrícolas.

La transición llano-montaña y el régimen de lluvias determinaron la construcción de una compleja infraestructura indígena: campos agrícolas elevados o «camellones», calzadas o «*terraplenes*», canales de drenaje y montículos o «*cerritos*». Los «camellones» elevaron el nivel del suelo para facilitar el drenaje y practicar una agricultura intensiva. Las calzadas, franjas de tierra compacta, se prolongaban por varios kilómetros como rutas de comercio y transporte, y los montículos sirvieron de lugares de habitación o vigilancia defensiva (ZUCCHI y DENEVAN, 1979).

El sistema agrario fue modelado, de este modo, por complejas relaciones entre dinámicas geo-ecológicas y usos del suelo. Por una parte aldeas y sementeras, estructuras relativamente fijas y, por otra, calzadas, caminos, canales y ríos, líneas de flujos hacia y desde otras regiones. Los caminos de tierra comunicaban la región con la cordillera andina y los «caminos de agua» con los llanos bajos. Resumiendo, la organización aldeana demandó una red territorial estable, estructurada por los cultivos, el patrón de asentamiento y la organización comunitaria (SPENCER y REDMOND, 1992). ↩

2.2. / INTENSIDAD DE USO DE LOS SUELOS

La literatura histórica descubre una estrecha asociación entre agricultura, población, tecnología, ecología, y organización comunitaria en las sociedades indígenas americanas (CARDOSO y PÉREZ BRIGNOLI, TI, 1979). En realidad verdaderas síntesis geográficas explicativas de la intensidad de uso de los suelos. La [LAM. 5] simplifica tales relaciones en dos sistemas extremos, agricultura itinerante y agricultura irrigada, dada la variabilidad en tiempo y espacio de los sistemas intermedios.

En las sociedades tradicionales de larga sedentarización, BOSERUP (1967) expli-

ca la intensidad de uso del suelo por el cambio demográfico. En breve, la autora sostiene que el aumento de la densidad demográfica crea una presión sobre la oferta de alimentos, que provoca un uso continuo o más frecuente de la tierra, esto es, un cambio gradual hacia formas más intensivas de producción. La densidad de población, por tanto, determinaría la reducción del período de barbecho y simultáneamente un mejoramiento de las técnicas agrícolas aplicadas. En lugar de averiguar cómo los cambios agrícolas inciden en los demográficos, se postula una relación

FACTORES DE USO DEL SUELO	SISTEMA ITINERANTE	SISTEMA IRRIGADO
Densidad demográfica	Baja a muy baja	Alta a muy alta
Superficie agrícola	Alta exigencia	Baja exigencia
Nivel tecnológico	Rudimentario	Avanzado o novedoso
Organización política	Precaria o poco cohesionada	Necesariamente fuerte
Intercambio comercial	Débil o poco frecuente	Intenso o marcado
Producción agrícola	Embrionaria	Desarrollada

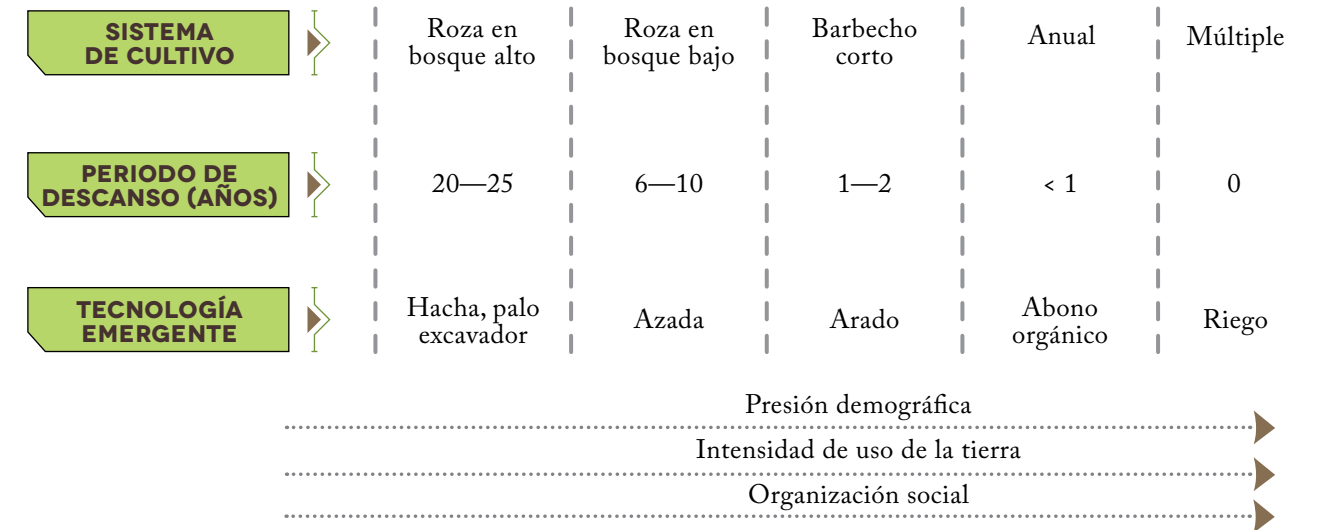
[LAM. 5] RELACIONES DE USO DEL SUELO EN AGRICULTURAS INDÍGENAS AMERICANAS.

FUENTE: elaboración propia a partir de PALERM y WOLF, 1972: 28.

inversa, es decir, cómo la población provoca cambios en la producción [LAM. 6]. La originalidad del modelo, sin embargo, no aclara su propia complejidad, pues el cambio agrario es una resultante multifactorial, siendo la densidad demográfica uno de sus principales factores.

Un modelo contrapuesto de raíz malthusiana, *La Tragedia de los Comunes*, expone que el carácter finito del recurso suelo, bajo condiciones de libre acceso y población creciente, lo somete a una progresiva degradación, puesto que cada productor optaría por maximizar el uso de las «tierras libres» a objeto de incrementar sus beneficios individuales, sin ninguna preocupación por la conservación del recurso. En síntesis, los bienes comunes, por ausencia de derechos de propiedad y normas exclusivas de uso, bajo presiones demográficas y demandas alimentarias crecientes, incitarían al uso indiscriminado y expoliador del suelo (HARDIN, 1968).

En el complicado desarrollo de esas relaciones, los modos de apropiación, reglas de acceso y arreglos comunitarios de las sociedades primigenias han sido bien establecidas en la documentación histórica, antropológica y arqueológica. En Venezuela, las terrazas agrícolas andinas, los campos elevados llaneros y las tierras irrigadas del noroeste, por ejemplo, atestiguan estructuras territoriales adecuadas al manejo sostenible de los recursos naturales. Ello corrobora que no son fáciles las interpretaciones ecológicas alineadas con la «tragedia de los comunes» en los territorios indígenas y comunitarios. ↩



[LAM. 6] ESQUEMA SIMPLIFICADO DE LA RELACIÓN PRESIÓN DEMOGRÁFICA/INTENSIDAD DE USO DE LA TIERRA EN SOCIEDADES TRADICIONALES ANTIGUAS.

FUENTE: ROJAS LÓPEZ, 1995: 70, basado en BOSERUP, 1967.

3

DESTERRITORIZACIÓN DE LOS SISTEMAS ANCESTRALES

El arribo europeo al nuevo continente a finales del siglo xv es un tema de controvertidas interpretaciones historiográficas (descubrimiento, encuentro, invasión), aunque la más frecuente parece ser la de una empresa comercial de la Corona española. En todo caso, un «nuevo mundo» para los recién llegados —diferente a lo conocido de Europa, Asia o África— pero muy antiguo para los «visitados» y objeto de narraciones algunas veces fantásticas por crónicas e historias de las Indias. El desigual sistema de fuerzas involucradas terminó por imponer la hegemonía castellana: idioma, instituciones, normas y configuraciones territoriales, en desmedro de los sistemas territoriales ancestrales. ↪



3.1. / EL PROCESO DE IMPLANTACIÓN AGRARIA

El descubrimiento de la riqueza perlífera en las islas de Margarita, Coche y Cubagua produjo numerosas «razzias» de indígenas en tierra firme para la extracción de perlas, además del primer poblamiento hispano en Cubagua, extinguido poco después con el agotamiento de los ostrales. En razón de las deudas contraídas por la Corona, la empresa alemana de los Welser, o Belzares, recibió en 1528 los derechos de conquista y explotación de gran parte de la actual Venezuela, un contrato duradero hasta 1546. Alemanes y españoles, empeñados en la búsqueda de piedras y metales preciosos, pudieron subsistir en tierras extrañas durante la primera mitad del siglo XVI con recursos alimentarios y no alimentarios arrebatados o aportados por los indígenas. Ello significó la explotación indiscriminada de nativos y recursos naturales (tortugas, perlas, fauna, productos silvícolas).

Ante la escasez de minerales valiosos el interés hispánico se desplazó hacia la agricultura comercial, por cuanto podían aprovechar la fuerza de trabajo y las nuevas tierras para satisfacer demandas internas y externas. En consecuencia, el Estado metropolitano introdujo diversas instituciones para regular y concentrar tierra y mano de obra, entre las que se cuentan encomiendas, mercedes de tierras, pueblos de indios y misiones religiosas. Agricultura indígena y agropecuaria mediterránea se mezclaron, una hibridación enriquecida con el forzado trasplante de esclavos africanos.

Estimando la población de mediados del siglo XVI *grosso modo* en 400.000 individuos, el aporte indígena fue sobre-mayoritario, alrededor del 95 por ciento, mientras el conjunto trasplantado de África sería de un cuatro por ciento y el europeo no pasaría del uno por ciento. La violencia de la conquista, junto al desarrollo de la hibridación, deterioró la base demográfica originaria del territorio. La fuerza del mestizaje a partir de esos tres troncos raciales, híbridos a su vez, impulsó la agricultura de los siglos XVII y XVIII.

La expansión agrícola fue de mayor alcance en las tierras costera-montañas y llaneras y menos en las húmedas boscosas, donde a la inaccesibilidad y belicosidad indígena, se agregaba la antigua percepción inhóspita y aterradora de la «zona tórrida». De este modo, la geografía fue también un factor central en la desigual implantación agraria del territorio. Primero islas y costas, después valles y montañas, luego los llanos y por último incursiones en Guayana, es decir de la costa a la selva. La fuerza de trabajo subordinada le confirió valor a la tierra y fundamento expansivo a la onda colonizadora, un lento proceso hasta finales del siglo XVII, sin mayores exigencias normativas, pues la aplicación de la mayoría de las Leyes de Indias se rigió por una especie de principio colonizador: «*se acata, pero no se cumple*».

Avanzado el siglo XVIII, ya era muy evidente que las instituciones agrarias no

solo satisfacían exigencias de control y civilización de los grupos sometidos, sino también las de aumentar la eficiencia del trabajo y la tierra para atender demandas de ultramar. Por ello son inseparables de la sinuosa trayectoria seguida por la desterritorialización indígena y la reterritorialización hispana durante los tres siglos coloniales. ↩

3.2. / CONCENTRACIÓN DE FACTORES PRODUCTIVOS

La colonización de tierras y almas está asociada a la concentración de los principales factores productivos de la época, tierra y trabajo. Las encomiendas fueron grupos de indígenas adjudicados a colonizadores con propósitos de evangelización, control y protección, por lo que les asistía el derecho de recibir de los encomendados una contraprestación en especie o trabajo, un cambio que alteraba marcadamente las relaciones de producción indígenas. Las mercedes o repartimientos de tierras debían procurarse por méritos de conquista o necesidades productivas, sin perjuicio de las tierras indígenas, declaradas inalienables (resguardos, sobre todo en los Andes).

Siendo jurídicamente instituciones distintas, pues las encomiendas eran tutelajes temporales (hasta de tres vidas) y las mercedes entrañaban derechos de propiedad, tierra y trabajo se incorporaron a la formación de la gran propiedad colonial, sin mayor apego normativo. Las primeras encomiendas se otorgaron en El Tocuyo (1545) y, a principios del siglo XVII, ya existían 311 concentraciones en la Gobernación de Venezuela,

la mayor proporción repartida en Trujillo, Caracas, Barquisimeto y El Tocuyo [LAM. 7]. Su mal proceder con los indígenas desacreditó la encomienda, la cual fue definitivamente abolida en 1718.

Al comienzo, las mercedes concedidas (fanegadas, caballerías, peonías) no excedían las 50 hectáreas en términos modernos, convertidas luego en latifundios a través de procedimientos de ocupación, composición, remate o despojo, especialmente en el centro norte y los llanos. La ociosidad de las tierras indígenas y el escaso rendimiento de su trabajo, por ejemplo, fueron suposiciones usuales de los colonos para justificar entregas adicionales o usurpaciones de recursos productivos (SAMUDIO, 1995, 2014). En cambio, la provincia de Mérida (gran parte de los Andes) se rigió por la política del Nuevo Reino de Granada, que prestaba especial atención a la pequeña propiedad y a las tierras de pueblos y resguardos de indios (VELÁZQUEZ, 1991).

El concepto de misión se entendió en América de varias maneras: grupos religiosos, residencia de indios y frailes, reducciones

JURISDICCIÓN	N° DE ENCOMIENDAS	N° DE INDÍGENAS
Caracas	50	2.600
San Sebastián de los Reyes	20	600
Uchire	06	100
Valencia	08	300
Barquisimeto	40	1.400
El Tocuyo	38	1.300
Carora	35	800
Coro	20	700
Guanaguanare	14	160
Trujillo	60	3.500
Nueva Zamora de Maracaibo	20	300
Total	311	11.760

[LAM. 7] ENCOMIENDAS EN LA GOBERNACIÓN DE VENEZUELA, 1607.

FUENTE: VILLANUEVA Y GIBAJA, citado por GARCÍA PONCE, 2010: 381.

o doctrinas. Corrientemente, sin embargo, significó la concentración de indígenas dispersos —sin convivencia con españoles, negros o mestizos— respetando sus tierras ancestrales y gobernados por autoridades indígenas y eclesiásticas. Los indígenas debían ser reunidos para comenzar su preparación en religión, lengua castellana, trabajo artesanal y subordinación al rey; después de 20 o 25 años pasaban a pueblos de doctrina con pago de tributos a las autoridades. En la misión «... *el poder del encomendero pierde toda validez, o donde el indio, si bien está lejos de ser un aldeano libre, tampoco es un esclavo*» (MIREs, 2006: 196).

Una vez eliminada la encomienda y atenuados los enfrentamientos con encomenderos, los misioneros prosiguieron sus dos grandes propósitos: uno civilizatorio, por medio de la fe católica, y otro geopo-

lítico, a través del dominio de espacios no plenamente incorporados por conquista. Las dimensiones de las tierras cedidas a misioneros —generalmente de baja accesibilidad o fertilidad y alejadas de villas españolas, pueblos de doctrina y emplazamientos negros— variaban según cuantía de población, uso de la tierra o carácter estratégico, de dos a seis leguas a la redonda, a partir del asentamiento o plaza central. La literatura misionera, bien comentada por historiadores y exploradores, lo ha sido menos en lo concerniente a la estructuración agraria [LAM. 8].

Los débiles controles externos viabilizaron originales regímenes misionales, que cumplieron un papel activo y esforzado en la reorganización territorial hasta principios del siglo XIX. Por ejemplo, la visión no latifundista de los misioneros que oficiaron en el nororiente promovió la agricultura parcelaria

y la producción artesanal de productos costeros y marinos en Caripe y Píritu respectivamente, mientras las misiones de Guayana, fraguaron un importante territorio ganadero.

La demanda metropolitana, de colonias americanas e islas antillanas y la fuerza de trabajo indígena, mestiza y negroide, impulsaron el desarrollo de haciendas, plantaciones, hatos, embarcaderos, caminos, pueblos y villas, aunque la mayoría de los asentamientos hispanos se fundaron en comunidades indígenas o muy cerca de ellas. Áreas productivas, ejes de comunicación y nodos de poblamiento, se superpusieron al territorio ancestral, medio de vida material y cultural de las poblaciones originarias (bien común, fuente de recursos y sacralidad).

El trabajo de esclavos y peones africanos pasó a ser la fuerza motriz de haciendas y plantaciones de cacao, algodón, tabaco, añil y caña de azúcar en la faja costera, aunque los fugitivos fundaron *cumbes*, *palen-*

ques y *rochelas* en lugares menos accesibles, posteriormente convertidos en centros poblados, nuevas formas de territorialización. Los avances del proceso colonizador ya advierten en la segunda mitad del siglo XVIII «... *la existencia de una entidad sociohistórica específica y permanente*» (CENDES, 1986: 74).

Las Providencias de la Corona a favor del cacao venezolano frente al de Guayaquil, la afirmación demográfica y económica de los centros poblados, la liberación del monopolio comercial de la Compañía Guipuzcoana y la creación de instituciones como la Intendencia de la Real Hacienda, el Real Consulado y la Capitanía General de Venezuela, entre otros factores, revelan la consolidación colonial. De hecho la Capitanía General de Venezuela (1777) le otorgó unidad político-administrativa a las provincias venezolanas, delineadas sobre los antiguos patrones territoriales de las culturas indígenas. ↩

ORDEN	FUNDADOS	HOY EXISTENTES	LOCALIZACIÓN REGIONAL
Agustinos	91	68	Andes, Zulia
Capuchinos	217	69	Valles de Caracas, Zulia, Guayana, Llanos, Orinoco
Dominicos	47	28	Andes, Barinas, Apure, Lara
Jesuitas	51	2	Apure, Meta, Orinoco
Franciscanos	118	75	Centro-norte, Nor-oriente, Centro-occidente, Guayana
Total	524	242	

[LAM. 8] NÚMERO DE PUEBLOS MISIONALES ENTRE LOS SIGLOS XVI Y XVIII.

FUENTE: CASTILLO, 2009: 274.

3.3. / LA IMAGEN TRIZONAL DE HUMBOLDT

Gran parte de esa Venezuela fue recorrida por ALEXANDER VON HUMBOLDT en los albores independentistas (1799-1800), experiencias relatadas en *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente* (1956), 13 tomos editados originalmente en francés entre 1816 y 1831. Precisamente las diferencias observadas en la concentración productiva de las regiones del territorio, una medida de las variaciones de intensidad de uso de la tierra por densidad de trabajo y producción, fueron las bases del perfil agrícola proyectado por el geógrafo a finales del siglo XVIII.

La descripción geográfica de HUMBOLDT difundió una imagen agraria de la Venezuela finicolonial según tres zonas de intensidad decreciente de uso de la tierra, del centro norte a la periferia sur. Haciendas y plantaciones de la faja montañosa central, o zona agrícola, hatos de las sabanas llaneras o zona de las dehesas y conucos indígenas del Orinoco o zona de los bosques, evocaban de ese modo la evolución cultural euro-céntrica (salvajismo, nomadismo y agricultura). Es necesario reseñar, aunque sea brevemente, el modelo trizonal, dada su imagen duradera en la geografía histórica de Venezuela (CHAVES, 1963, 1992). Decía HUMBOLDT:

Hállanse primero terrenos cultivados a lo largo del litoral y cerca de las cordilleras de montañas costaneras, luego sabanas o dehesas, y en fin, allende el Orinoco, una tercera zona, la de los bosques en la que se penetra sólo por medio de los ríos que lo atraviesan... las tres zonas en que acabamos de dividir al territorio de Venezuela son la imagen de tres estados de la sociedad humana, la vida del salvaje cazador en los bosques del Orinoco, la vida pastoral en las sabanas o llanos y la vida del agricultor en los altos valles y al pie de los montes costaneros (HUMBOLDT, 1956, T2: 235).

En la zona agrícola, la más vigorosa económica y demográficamente, valoró las plantaciones de «productos coloniales», por su desarrollo, las rentas aportadas a la Capitanía General e, incluso, la jerarquía social de los hacendados. Observó la relación plantación-conuco, pero desestimó el trabajo esclavo en las plantaciones (mano de obra, alimentos, fibras, madera y leña). Igualmente descuidó la importante economía aldeana de los Andes, no visitados por el geógrafo, aunque al otro extremo del arco costero-montañoso transitó el circuito Cumaná-Cumanacoa-Caripe-Cariaco-Cumaná, registrando conucos o huertos y sementeras de comunidades de las misiones religiosas nororientales.

La vida pastoril de los llanos la calificó de nómada o semisalvaje —precario cobijo de llaneros y trashumancia ganadera— un modo de vida adaptado a extensas sabanas con marcadas épocas de lluvia y sequía. Estimó un rebaño ligeramente superior al millón de cabezas en los llanos centrales y los llanos de Apure, preguntándose:

... si estos vastos territorios están destinados por la naturaleza a servir eternamente de pastos, o si la azada y el pico del labrador llegarán a cultivarlos algún día. Esta cuestión es tanto más importante, por cuanto que impide a la cultura agrícola de las costas de Venezuela extenderse hacia Guayana... (ob. cit., T5: 38).

Finalmente en Guayana recibió de los misioneros una valiosa información sobre rutas fluviales y terrestres y distribución de los pueblos indígenas. Allí describió conucos, aldeas, pequeños puertos fluviales, misiones cristianas —algunas consolidadas en Alto Orinoco y otras desoladas— y la ciudad-puerto de Angostura, capital de la Guayana española, de unos 6.000 habitantes. Sin embargo, insistió más en la condición palúdica e inhabitable de la región —*horrida sylvis, paludibus foeda*— por su ambiente húmedo y cálido, abundancia de plagas y guerras tribales.

El modelo trizonal lo hemos interpretado más como expresión de la macro-estructura natural del territorio (arco litoral-montañoso del norte, sabana-llanura intermedia y escudo geológico del sur) y menos como un modelo de ocupación agraria, dado el exiguo desarrollo de las fuerzas productivas y, por ende, la escasa superficie agropecuaria de las zonas. Entendemos también que las zonas naturales, especialmente las formas del relieve, facilitaban la diferenciación geográfica en extensos territorios, en virtud de su condición fija y permanente en tiempo y espacio (ROJAS LÓPEZ, 2007 A). ↵

4

DIVERSIDAD DE LOS SISTEMAS AGRARIOS COLONIALES

La caracterización general y estructura naturalista del modelo humboldtiano, limitaron la apreciación de importantes territorios regionales. Las zonas agrarias simplificaron, así, la diversidad agraria colonial; por ejemplo la ausencia de las agriculturas del alto-andino, valle del Turbio o misional de Guayana. Sin duda, ello no opaca la contribución de HUMBOLDT, el primer explorador que situó la realidad geográfica de América en el abanico del saber científico occidental, dado su prestigio académico, sin desmeritar los detallados aportes de los misioneros al conocimiento de los ambientes tropicales. ↪



4.1. / LA DIFERENCIACIÓN GEOGRÁFICA REGIONAL

Un acercamiento histórico-regional a la Venezuela de la segunda mitad del siglo XVIII nos permitió identificar siete sistemas agrarios estructurados, algunos mejor que otros, según la coherencia territorial de la trama producción-población-intercambio comercial: haciendas y plantaciones del centro norte, haciendas y hatos del llano alto occidental, labranza hortelana alto-andina, hatos llaneros centro-occidentales, núcleo agro-artesanal del Turbio, complejo agro-costero nororiental y hatos misionales del noreste de Guayana [LAM. 9]. ↩

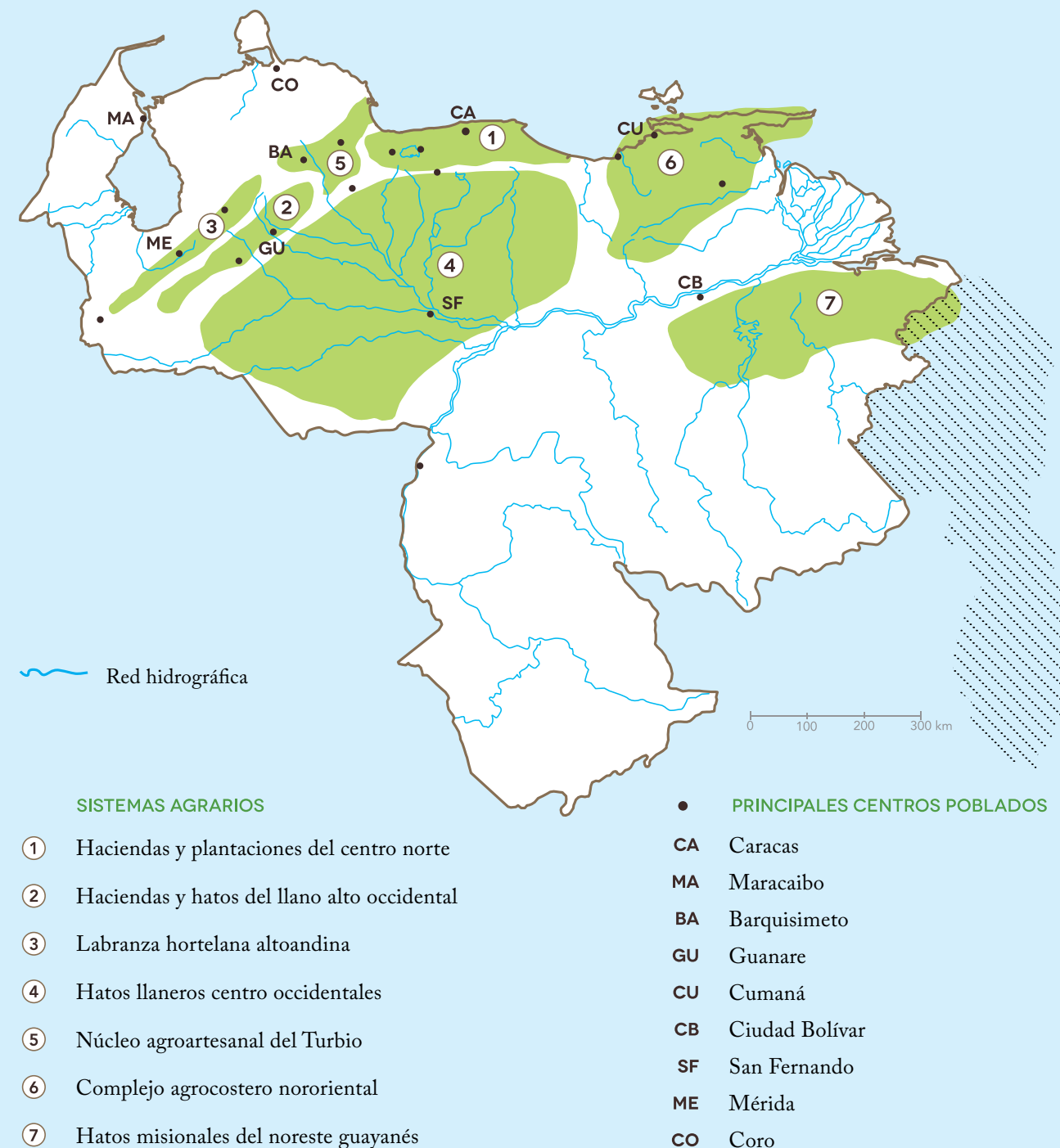
— HACIENDAS Y PLANTACIONES DEL CENTRO NORTE

El centro norte costero de Venezuela coincide *grosso modo* con el tramo central de la cordillera de La Costa, recorrido por dos sierras principales. La Sierra del Litoral, dispuesta paralelamente a la costa, presenta altitudes por debajo de los 3.000 metros y pendientes muy pronunciadas; está cortada por surcos orientados hacia el litoral, como el de Tacagua, que conecta el valle de Caracas con el puerto de La Guaira. La Sierra del Interior, menos elevada y abrupta, está separada de la anterior por tres amplias depresiones casi planas y suelos fértiles: la cuenca del Lago de Valencia, los valles del río Tuy y la planicie fluvio-marina de Barlovento. Los climas regionales varían según la heterogeneidad fisiográfica y circulación de los vientos, desde el semiárido del litoral,

pasando por el de sabana en las depresiones, hasta el tropical lluvioso de montaña.

Ambientes agro-ecológicos adecuados, serranías protectoras de ataques corsarios, accesibilidad natural, cercanía a los puertos (La Guaira y Puerto Cabello), mano de obra esclava e indígena y demanda externa, crearon las bases técnicas de la geografía económica regional. El comercio con la Metrópoli, colonias americanas e islas del Caribe requirió incrementar la mano de obra, una fuerte limitación causada por la disminución de la base indígena.

Los terratenientes intensificaron el mercadeo de esclavos africanos por compra o trueque, mano de obra fundamental de los valles cacaoteros y cañeros, conectados con las vertientes húmedas cafetale-



[LAM. 9] SISTEMAS AGRARIOS COLONIALES. SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII.
FUENTE: elaboración propia.



«De todo esto parece deducirse que el total de productos salidos por todos los puertos en 1809, era de unos 30 millones de bolívares, suma considerable si se recuerda que la moneda ha sufrido una considerable desvalorización, o sea que esos 30.000.000 tienen actualmente un poder adquisitivo cuatro o cinco veces superior al de aquellos días.»

—A. ARELLANO MORENO, 1947: 239.

ras. Esos valles concentraron los mayores volúmenes de población y producción, donde alianzas familiares, a fin de cuentas alianzas territoriales, jugaron un definido papel en la reproducción de la propiedad colonial (LANGGE, 2005). La región fue asiento principal de haciendas y plantaciones —formas latifundistas trabajadas por esclavos, negros libres, indígenas y mestizos con medios técnicos rudimentarios— diferenciadas por grado de especialización, fuerza de trabajo y alcances de exportación.

La hacienda fue una unidad diversificada, cuya producción estaba orientada en gran parte al consumo interno, mientras la plantación, también denominada hacienda de plantación, constituyó una forma productiva casi-especializada en monocultivos de exportación (cacao, caña de azúcar, café, tabaco y añil) con fuerza de trabajo mayoritariamente esclava. La sujeción de la mano de obra, vía usufructo de conucos, aseguraba a los terratenientes control *in situ* del trabajo y abastecimiento alimentario a muy bajo costo (CARVALLO y RÍOS, 1984).

Entre los rubros de exportación, el cacao y la caña de azúcar fueron símbolos de la riqueza colonial, pero el cacao fue el emblema de la exportación. La cañicultura atendió el mercado interno dada la alta demanda de productos endulzados, competencia de las islas caribeñas y restricciones coloniales. La población negra quedó, así, confinada a los específicos emplazamientos cacaoteros en la planicie de Barlovento y los valles litorales; las vertientes cafetaleras de las montañas de Caracas, Aragua y Tuy; y los valles cañeros, algodoneros y añileros de Aragua y Carabobo.

La economía de la época compartía un importante comercio clandestino con holandeses e ingleses de las islas antillanas, quienes recorrían gran parte de las costas y ríos del país; una red de difícil control por la Compañía Guipuzcoana, empresa que monopolizaba el comercio y financiaba siembras y ganadería desde 1730. Los contrabandistas no solo pagaban mejores precios que los guipuzcoanos, sino también aceptaban trueque, bien aprovechado por los cultivadores criollos. Después de 60 años, la compañía es substituida por la Real Compañía de Barcelona, encargada de fomentar la producción y el comercio, especialmente del oriente del país. De esta manera, durante la segunda mitad del siglo comerciantes criollos, mestizos, vascos, catalanes, ingleses y holandeses estimularon la producción colonial (SALCEDO BASTARDO, 1979).

El cacao situó a la colonia venezolana entre las más importantes colonias hispanoamericanas productoras del fruto: Guayaquil (Ecuador), Tabasco (México), Zepotitlán (Guatemala). Hacia las dos últimas décadas del siglo XVIII probablemente hayan salido por La Guaira unos 500 millones de libras (BRITO FIGUEROA, 1966), sin incluir las estimaciones del comercio clandestino, muchas veces superiores al 50 por ciento del volumen declarado en los puertos (ARELLANO MORENO, 1947) [LAM. 10].

La alta producción cacaotera, sin embargo, no está correlacionada con una elevada extensión cultivada del fruto. Por un lado, el volumen de producción respondía más a los rendimientos físicos que a la superficie cultivada. Por otro, el fondo de tierras requerido por el itinerante sistema

PRODUCTOS	LIBRAS
Cacao	11.424.050
Índigo	718.393
Tabaco	202.152
Algodón	170.427
Café	23.371

[LAM. 10] EXPORTACIONES AGRÍCOLAS POR EL PUERTO DE LA GUAIRA, 1789.

FUENTE: HUMBOLDT, 1956, T5: 149-151.

conuquero y la extracción de leña y madera le restaba espacio a las plantaciones. Un análisis de producción, superficie cultivada y rendimiento durante la segunda mitad del siglo XVIII, estimó que el área efectivamente plantada fluctuaba entre 10.000 y 13.000 hectáreas, una modesta porción de la superficie regional, pero donde se producía más del 70 por ciento del cacao del país (ROJAS LÓPEZ, 2012).

La *Obra Pía de Chuao*, representativa de las grandes haciendas de los valles de Aragua, apenas cultivaba una pequeña fracción de su extensión. Allí los rendimientos del cacao bajaron de ocho fanegas/año por esclavo activo en 1742 a tres fanegas en 1808 (ARCILA FARÍAS, 1968: 106). Sobre-explotación de la fuerza de trabajo y fertilidad de los suelos explican mejor la riqueza agraria que las dimensiones plantadas. Las plantaciones, en todo caso, fueron relativamente modestas: las mayores a 30.000 árboles, consideradas grandes en la literatura, fueron excepcionales debido a la reiterada escasez de capital. En efecto, los capitales terratenientes correspon-

dían a inmuebles, esclavos, bienes suntuarios, arboledas y ganado y menos a capital líquido para adquirir mano de obra, medios tecnológicos o roturar nuevas tierras.

La plantación venezolana, por tanto, no es equivalente ni puede ser asimilada a la clásica plantación antillana o brasilera del siglo XIX, de grandes extensiones cultivadas, altas inversiones de capital, producción exportable a gran escala, abundante mano de obra subordinada y sistemas técnicos relativamente avanzados (WOLF y MINTZ, 1975). Esta comparación relativiza el concepto de plantación en Venezuela, con la probable excepción de algunas haciendas cañeras del litoral central regentadas por comerciantes británicos a principios del siglo XIX (TROCONIS, 1979).

Haciendas, plantaciones, pequeñas y medianas explotaciones caracterizaron la vida económica del sistema regional de asentamientos, especialmente del eje central que recorría la ruta caminera Caracas-Valencia, conectando los puertos de La Guaira y Puerto Cabello. La población de Caracas aumentó

de 18.700 habitantes en 1772 a 40.000 en 1800, la red de centros poblados sumaría aproximadamente 120.000 habitantes y la población regional unas 187.000 personas, mayormente concentrada alrededor de las 186 haciendas y plantaciones de los valles de Aragua (HUMBOLDT, 1956, T5: 83).

Agricultura, concentración demográfica, capitalidad de Caracas, funcionalidad portuaria, redes locales y agro-exportadoras, convirtieron al sistema agrario del centro norte en el más dinámico del país: corazón económico y político de la Venezuela colonial, donde operaron con mayor intensidad los factores de la territorialidad. Primacía demográfica, sede de tres poderes (jurídico, eclesiástico y terrateniente), residencia de las

élites y centro alrededor del cual giraba la captación de rentas y las actividades económicas, sociales y políticas de un amplio *hinterland*, hicieron de Caracas el punto focal de la colonia [LAM. 11].

El sistema agrario regional sufrió un abrupto descenso debido a un conjunto de circunstancias adversas: guerras de la Independencia, pérdida del mercado español, devastación del terremoto de 1812, deserción de esclavos, sobreproducción mundial de cacao y dificultades en la propia Metrópolis. La desarticulación de la territorialidad regional solo será superada a partir de la segunda mitad del siglo XIX con el advenimiento de un nuevo resurgimiento agro-exportador en la República. ↩

POBLACIÓN (N° HABITANTES)	CENTROS POBLADOS
4.000-6.000	Villa de Cura, Guacara*, Santa Cruz de Aragua*, Cagua*
6.001-8.000	La Guaira, Puerto Cabello, La Victoria*
8.001-10.000	Valencia*, Maracay*, Turmero*
>10.000	Caracas (40.000-42.000 hab)

[LAM. 11] PRINCIPALES POBLACIONES DE LA REGIÓN CENTRO NORTE, 1800-1810.

FUENTE: adaptado de VILA *et al.*, T2, 1965: 430.
[*] Localización en valles de Aragua y Carabobo.

HACIENDAS Y HATOS DEL LLANO ALTO OCCIDENTAL

Posición geográfica y variaciones ecológicas explican la disímil estructuración territorial de los llanos altos occidentales. En el suroeste lejanía de las costas, altas temperaturas (promedios anuales de 29 °C), espesas masas boscosas, densidad hidrográfica, baja fertilidad de los suelos e insalubridad ambiental condicionaron el uso de la tierra. La selva de San Camilo siempre fue un «tapón» en la circulación regional. Por lo contrario, en los llanos altos sub-húmedos o secos del noreste hubo menos limitaciones para la agricultura: fértiles suelos aluviales, sabanas abiertas no inundables y mayor cercanía al centro norte, facilitaron la implantación de haciendas y hatos.

El dominio hispano se ejerció a través de pequeñas y medianas haciendas diversificadas (llamadas también «tradicionales»), hatos de cría y ceba y algunas plantaciones de añil y cacao, trabajados con mano de obra indígena, mestiza y negroide bajo relaciones de servidumbre y peonaje más que propiamente esclavistas (GARCÍA MULLER, 2002). Las haciendas producían pocos rubros exportables, casi exclusivamente tabaco, pero variados frutos para consumo interno, a diferencia de las grandes extensiones de los hatos, en su mayoría para engorde del ganado arreado desde los llanos bajos en busca de pastos frescos.

El 90 por ciento del tabaco venezolano se producía en el eje norte-llanero a mediados del siglo XVII (Valencia-San Carlos-Barquisimeto-Guanare-Barinas). *El Estanco del Tabaco*, primero un impuesto

y después un monopolio oficial de compra-venta, favoreció la concentración del cultivo en los llanos altos sub-húmedos y valles de Aragua, pues las demás siembras fueron exterminadas para contrarrestar el contrabando. No obstante, la mayoría de las tabacaleras en la extensa provincia de Barinas, fraccionadas por legados hereditarios, no sobrepasaban las 50 hectáreas (RUIZ TIRADO, 2000). El dominio territorial descansaba en la posesión de varias haciendas y no de grandes propiedades. Caso contrario ocurría en la sabana, donde pocos propietarios podían controlar hatos hasta de 30.000 hectáreas.

Guanare y Barinas sobresalieron en la comercialización del tabaco más fino del país, el «curaseca», mientras que el llamado «curanegra» se destinaba al consumo interno. En cambio el cultivo de cacao se vio restringido por la distancia a los puertos, un riesgo elevado para la conservación de la almendra. El comercio tabacalero utilizaba varias rutas. La ruta andina remontaba la cordillera para llegar al puerto sur-lacustre de San Antonio de Gibraltar, o la serranía de Trujillo hasta Moporo y Tomoporo, puertos de la costa sureste del Lago de Maracaibo (CARTAY, 1990). Una segunda ruta seguía el camino San Carlos-Valencia hacia Puerto Cabello y, una tercera, la red fluvial del Santo Domingo con dirección al puerto de Angostura.

La economía regional decreció debido a caída de los precios de la hoja, imposiciones tributarias y competencia de los

tabacos rubios de las colonias inglesas del norte del continente. Los cueros tomaron el primer lugar en las exportaciones venezolanas de la segunda mitad del siglo XVII y la ganadería regional aprovechó la abundancia y calidad de los pastos de piedemonte. A excepción de los cueros y pequeños lotes de pluma de garza, el mercado regional se desarrolló con el comercio interno de caña de azúcar, algodón, añil, maíz, granos leguminosos, raíces y tubérculos.

Hacia la segunda mitad del siglo XVIII existía un intenso tráfico por los ríos Santo Domingo, Uribante, Suripá, Paguey, Masparro, Portuguesa y Guanare, beneficiado por la apertura del libre comercio Apure-Orinoco, antes cerrado para evitar el comercio clandestino de tabaco y cueros. Puertos fluviales, embarcaderos en haciendas y hatos, centros poblados y un tejido territorial de trapiches, alambiques, telares, curtiembres, queseras, salas de matanza, carne seca y sebo, dinamizaron las poblaciones piemontinas de Barinas, Pedraza, Obispos, Guanare y Araure y los puertos fluviales como Nutrias y Torunos. En la sabana, San Juan de Payara, Banco Largo, Nutrias, San Vicente y Obispos se levantaron como pueblos ganaderos (ROJAS LÓPEZ, 2013).

El primer censo de la provincia de Barinas, levantado en 1787, arrojó una población de 33.050 habitantes en 19 poblados blancos, 35 pueblos indígenas y 94 vecindarios. Además 182 haciendas, 105 trapiches de caña de azúcar y 534 hatos (VILA, 1996). A fines de siglo Barinas, ciudad capital, reunía 10.000 habitantes y Guanare, privilegiada por su posición de encrucijada, comandaba un *hinterland* de 22.000 habitantes, que reunía los cantones de Guanare, Ospino y Araure. En cambio, los principales poblados de los llanos altos centrales de los actuales estados Guárico y Cojedes no superaban los 5.000 habitantes (CUNILL GRAU, 1987).

El geotejido agrario de los llanos altos occidentales le confirió una distintiva coherencia, diferenciándolo de otros sistemas de la Capitanía General de Venezuela. Los grupos dominantes, una cerrada oligarquía regional cohesionada por consanguinidad y afinidad alrededor del poder político local, fue equivalentes al «*mantuanaje*» de los valles centrales del país. Al llegar el siglo XIX, el sistema llano alto occidental empezó a desmembrarse por las acciones bélicas de la Independencia y, después, por la Guerra Federal. De esta manera, el esplendor regional entraba en una duradera fase regresiva hasta bien entrado el siglo XX. ↵

— LABRANZA HORTELANA ALTO-ANDINA

Los españoles hallaron en las tierras altas andinas una población organizada en aldeas vallunas. Por ello fue relativamente rápida su reorganización en poblados, salvo los grupos belicosos que se refugiaron en laderas empinadas y valles angostos. La acción misionera tuvo menor impacto, porque los encomendados lograron concentrar las comunidades en pueblos de indios y resguardos, siguiendo directrices del Nuevo Reino de Granada. Encomendados y descendientes introdujeron cereales mediterráneos en pequeñas parcelas de los valles altos (trigo, avena y cebada), caña de azúcar en estancias medianas de los valles medios, más amplios y secos, y desarrollaron los cultivos indígenas de tabaco y cacao, a menor escala, en los piedemontes.

El trigo fue el cultivo líder de las tierras altas entre la segunda mitad del siglo XVI y casi todo el siglo XVII favorecido por la demanda de harina, el clima de montaña, la tradición agrícola indígena y la eficiente combinación de técnicas españolas y nativas: arado de madera tirado por bueyes, molinos de piedra movidos por agua, eras de piedra para la trilla con fuerza animal, combinadas con las técnicas indígenas de regadío, terracedo, almacenamiento, caminos y artesanía utilitaria (VELÁZQUEZ, 1993). Esas características sentaron las bases del sistema triguero familiar, ampliado después del cese del régimen de encomiendas con rasgos similares a la clásica economía campesina.

La exportación de harina a las islas caribeñas y Nueva Granada convirtió a la cordillera en la mayor productora de trigo de

las provincias venezolanas. El puerto sur-lacustre de Gibraltar fue la principal salida de exportación y entrada de importación, relaciones que declinaron a finales del siglo XVII por acciones piratas y filibusteras, traslado de la sede administrativa provincial de Mérida a Maracaibo, incursiones de indios Motilones en el sur del lago de Maracaibo y desgaste de los suelos de la cordillera.

La agricultura se volcó hacia una economía diversificada y cuasi cerrada de pequeñas y medianas explotaciones durante el siglo XVIII. Ese proceso consolidó el sistema de labranza alto-andina como una geografía agraria de montaña con rasgos acentuados del sincretismo indo-hispánico: tracción animal, riego por gravedad, rectoría familiar, trabajo recíproco (mano vuelta y convite), policultivos, ganadería lanar, «barbecho pastoreado», transporte mular, procesamiento artesanal e intercambio local de excedentes. No obstante, las medianas estancias de españoles y descendientes mantenían alguna exportación del tabaco tachireño y el azúcar merideño.

Los poblados, centros de provisión de bienes y servicios a *hinterlands* de valles y laderas, estaban interconectados por caminos y rutas de herradura. El inventario ordenado por el gobernador de Mérida en 1832, sirve de referencia retrospectiva para estimar la relativa significación de las poblaciones finicoloniales andinas [LAM. 12], aclarando que otras fuentes señalan cifras superiores, incluso para la primera década del siglo XIX. Por ejemplo, a Mérida se le asignan 11.500

habitantes, a Trujillo, 7.600 y a Mucuchíes, 3.394 habitantes (VILA *et al.*, 1965: 430).

Poblamiento aldeano, pequeña y mediana propiedad, agro-tecnología de montaña y fuerza de trabajo entrenada, fueron factores determinantes del sistema agrario andino en la segunda mitad del siglo XVIII. Estos atributos caracterizaron al sistema propiamente campesino de los valles altos durante la segunda mitad del siglo XIX, poco disturbado por los conflictos bélicos del siglo, y que ha logrado perdurar como la principal cultura rural de montaña en Venezuela. ↩

TAMAÑO (N° HABITANTES)	CENTROS POBLADOS
< 500	Acequias*, Mucutuy*, Mucuchahí*, Aricagua*, Mucurubá, Chachopo*, Las Piedras*, Santo Domingo, Caparo, Constitución, San Juan de Lobatera.
500-1.000	Tabay, El Morro*, Timotes, Pueblo Llano*, La Mesa, Jají, San Juan, Chiguará, Guaraque*, Pregonero*, Guásimos.
1.000-2.500	La Punta, Pueblo Nuevo*, Mucuchíes*, Lagunillas, Táriba, Capacho.
2.500-6.000	Mérida, Ejido, Bailadores*, La Grita, San Cristóbal, Lobatera, San Antonio.

[LAM. 12] CENTROS POBLADOS DE LA PROVINCIA DE MÉRIDA, 1832.

FUENTE: adaptado de PICÓN, 1832.

[*] Localización alto-andina.

— HATOS LLANEROS CENTRO-OCCIDENTALES

Los llanos venezolanos se extienden por una amplia planicie sedimentaria entre la base del arco costero-montañoso, la frontera colombiana y el río Orinoco y su delta, aproximadamente 20 por ciento del actual territorio nacional. Herbazales, chaparrales y bosques de galería cubren la región y solo una pequeña porción de los suelos corresponde a la categoría de alta fertilidad natural y buen drenaje. El río Apure, afluente más importante de la margen izquierda del Orinoco, recibe a su vez las aguas de los ríos de origen andino como Santo Domingo, Canaguá, Caparo, Masparro y Portuguesa.

Los llanos centro occidentales representan la mayor porción del territorio llanero, formados por las sabanas altas de Cojedes, Guárico y una pequeña porción del sur de Aragua (llanos altos) y las sabanas bajas de Apure, Barinas y Portuguesa (llanos bajos). Los llanos altos centrales son altiplanicies onduladas y bien drenadas, mientras los llanos bajos permanecen inundados en la temporada de lluvias (esteros y bajíos), salvo los bancos y médanos, pero se tornan muy secos durante los seis meses de sequía.

En los llanos altos se inició la verdadera estructuración de la ganadería llanera en la segunda mitad del siglo XVII. La práctica común fue la ocupación de tierras con algún

ganado y después mediante composiciones, solicitar la propiedad alegando derechos de uso. La conversión de Calabozo y San Francisco de Tiznados, pueblos de indios, a villas de españoles propició la colonización de los llanos bajos por frailes capuchinos andaluces. Por otra parte, los jesuitas bogotanos recorrieron la extensa Orinoquia desde los llanos de Casanare, concentrando su acción en el amplio «codo» del Orinoco, entre los ríos Meta y Apure (REY FAJARDO, 1977, T1).

Los religiosos avanzaron en los llanos con apoyo de ganaderos y pequeños grupos militares a la caza de reses cimarronas y búsqueda de indios nómadas, proceso que originó numerosos conflictos entre misioneros y ganaderos por la apropiación y ocupación del territorio. La gran faena misionera solo pudo materializarse en una dispersa red de hatos, villas de españoles, poblados mestizos y de indígenas reducidos. El progreso colonizador de terratenientes y frailes se plasmó, sin embargo, en una ganadería de sabana cuya máxima expresión, el hato llanero, adquirió plenitud en la segunda mitad del siglo XVIII (RODRÍGUEZ MIRABAL, 1987).

El hato se arraigó como un régimen latifundista asociado a una oferta ilimitada de tierras y limitada fuerza de trabajo, rasgo

característico de un sistema agrario basado en prácticas rudimentarias, baja densidad demográfica, largas distancias a los mercados, pastos rústicos, mediocre calidad de suelos, régimen climático de lluvia-sequía y drenaje pobre. A diferencia de haciendas y plantaciones, el trabajo en sabana abierta estimuló el régimen de peonaje mestizo. Los conucos también fueron menos importantes, debido a la escasez de tierras aptas para cultivos e, incluso, al menosprecio del indígena «llanerizado» por los «vegüeros» (indígenas agricultores y pescadores).

Las fuentes consultadas no permiten definir con certidumbre el tamaño físico de los hatos, pero se estima que los más grandes rebasaban las 15.000 hectáreas y las 2.000 reses, aunque un mismo propietario podía poseer varios hatos. Además de operar como centro de comercialización de ganado, quesos y cueros destinados a las poblaciones del arco costero montañoso, el hato tuvo un sentido de imposición territorial, puesto que el tamaño del rebaño tasaba el tributo captado por las autoridades coloniales.

En la época seca, las «puntas de ganado» conducidas por llaneros «cabresteros» buscaban la humedad remanente en esteros, lagunas y riberas fluviales. Durante la época de lluvias, trasladaban el ganado hacia los «bancos» y promontorios, evitando

las áreas anegadas. Los arrees de ganado a los pastizales de engorde de los llanos altos, consistían en travesías de varias semanas por largos y difíciles caminos, sorteando rigores de sequía o crecidas de los ríos Guárico y Portuguesa (CARVALLO, 1985).

El reducido consumo de carne y la rápida reproducción del ganado tornó muy frecuente el sacrificio de reses solo para el comercio de cueros, cuya exportación confrontó obstáculos más severos que el comercio interno: el curso fluvial Apure-Orinoco-puerto de Angostura fue la ruta más accesible, la más difícil seguía el camino boscoso de San Camilo al mercado de Pamplona o la ruta andina hacia el sur del lago de Maracaibo.

Concentración de tierras, pequeños y dispersos asentamientos, comprometidos caminos terrestres y fluviales, población indígena y mestiza «llanerizada» e indígena no reducida y lejanía de los mercados, influyeron en la precaria estructuración del territorio. A fines de siglo, los centros poblados eran prácticamente aldeas, salvo San Fernando de Apure y Achaguas, que apenas sobrepasaban los 5.000 habitantes. Las dificultades del sistema hatero se agravaron con las guerras y endemias palúdicas del siglo XIX y solo pudo mejorar a comienzos del siglo XX con la influencia comercial de la ganadería de ceba de los llanos altos centrales. ↵

— NÚCLEO AGRO-ARTESANAL DEL TURBIO

La depresión del Turbio es corrientemente descrita como un irregular corredor geomorfológico de colinas, terrazas, surcos y pequeños valles, conectado con los llanos altos occidentales por el valle del Turbio y con el litoral Caribe por el valle del Yaracuy. La depresión, rellenada por materiales sedimentarios avenados por los ríos Tocuyo y Turbio, situada entre las estribaciones de la cordillera andina y serranías del sistema coriano, constituye la porción central del semiárido centro-occidental Lara-Falcón. Temperaturas medias alrededor de los 26-28 °C y precipitaciones entre 400 y 600 mm anuales son típicas a lo largo de la depresión.

A finales del siglo xv el valle medio del Turbio exhibía una compleja estructura indígena de terrazas, estanques, regadíos, aldeas, molindas de grano y telares, cuya periferia comprendía parte de los actuales estados Lara, Falcón y Trujillo. Esa estructura representaba un esfuerzo indígena acumulado, que le proporcionó medios de vida a los primeros colonizadores, creándose en torno al pueblo de El Tocuyo el primer centro agropecuario y artesanal del país en la segunda mitad del siglo xvi. La implantación de las primeras encomiendas irradió la onda colonizadora hacia valles del centro norte y Andes nororientales (SANOJA, 2011).

En el valle medio del Turbio se fue asentando durante los siglos xvi y xvii una importante producción de pequeñas y medianas explotaciones diversificadas con distintivos rasgos indígenas, hispanos y mestizos. Mano de obra, tierras agrícolas, condiciones climáticas y situación geográfica concurren para conformar un núcleo regional de caña de azúcar, tabaco, algodón, maíz, ganadería caprina y ovina, curtiembre y artesanía, al cual se le sumó la abundancia de plantas silvestres textileras adaptadas al clima (cocuy, cocuiza), que nutrió la demanda de sacos y mecates del *hinterland* regional.

La economía cañera logró arraigarse en el triángulo Barquisimeto-Carora-El Tocuyo hacia la segunda mitad del siglo xviii, apoyada en un elaborado sistema de riego por acequias. El primitivo «*trapiche de palo*» fue substituido por el de masas de hierro movido por fuerza hidráulica, de modo que la *hacienda-trapiche* se convirtió en la principal unidad de oferta de papelón, melaza y aguardiente para el semiárido, valles de las estribaciones andinas (Sanare, Guarico, Chabasquén, Cubiro y los Humocaros) y la demanda extra-regional (BANKO, 2009) [LAM. 13]. Los cañamelares explican la presencia de un contingente negro de cierta importancia regional que llegó a representar un poco más de la cuarta parte de la población tocuiana (TROCONIS, 1977: 126).



[LAM. 13] NÚMERO DE TRAPICHES EN LAS ÁREAS CAÑERAS CENTRO-OCCIDENTALES, 1775.

FUENTE: adaptado de CUNILL GRAU, 2007, T2: 488-489.

El mayor número de trapiches en el centro-norte, sin embargo, no traduce una clara especialización cañera, dada la mayor extensión y diversificación agraria de su ámbito territorial. El triángulo semiárido, en cambio, nucleó un territorio de alta concentración cañera y significativa producción artesanal. Esta última exportada por la ruta de Coro: talabartería y curtiembres de Carora, textiles de Barquisimeto y El Tocuyo, y harina de trigo de las colinas circundantes. Un dato poco trabajado en la geografía histórica regional es el papel de El Tocuyo como centro de intermediación del comercio de sal entre Coro, los Andes y los llanos altos occidentales.

Agricultura, artesanía y comercio potenciaron el crecimiento demográfico regional. Si en 1781 la población de Barquisimeto se estimaba en 8.776 habitantes y las del Tocuyo, Carora y San Felipe entre 5.000 y 8.000 habitantes, más tarde a principios del nuevo siglo, Barquisimeto se aproximaba a 12.000 habitantes, El Tocuyo a los 10.000, Quíbor y Carora a los 7.000 y los poblados de las faldas andinas de 2.000 a 4.000 habitantes (VILA *et al.*, *ob.cit.*). Los liderazgos de Barquisimeto y El Tocuyo, las vigorosas economías locales y el comercio con los Andes trujillanos y llanos occidentales, contribuyeron al afianzamiento de la geografía agraria del valle del Turbio, que adquirirá gran importancia azucarera en la segunda mitad del siglo xix. ↪

— COMPLEJO AGRO-COSTERO NORORIENTAL

La geografía física del nororiente es un mosaico de islas, cordones litorales, ramales serranos, depresiones y macizos orográficos, ubicado entre el mar Caribe al noreste, el río Unare al oeste y el río Guarapiche al sur. La sierra del Litoral, una fila estrecha menor a los 1.000 metros de altitud conforma las penínsulas de Araya y Paria. La sierra del Interior de mayor vigorosidad —fuente de los ríos Manzanares, Carinicua, Neverí, Amana, Guarapiche y San Juan— y el borde noreste de la depresión de Unare, caracterizada por semiaridez, pobreza de suelos y duros pastizales, completan el cuadro morfológico regional.

En sus inicios hispánicos la región conoció una importante extracción de perlas en las islas cercanas. Agotados los placeres, los diversos poblamientos militares y encomenderos fueron poco exitosos debido a los acosos indígenas y correrías de piratas y corsarios hacia las salinas de Unare y Araya, en busca de sal para la conservación del pescado y la carne seca (tasajo), mercadeados en las plantaciones antillanas. A mediados del siglo XVII entraron los misioneros franciscanos con métodos menos drásticos para la sujeción indígena. En la cuenca baja del Unare fundaron la misión de Píritu, centro de difusión colonizadora de más de 30 pueblos costeros en Paria. Los capuchinos aragoneses, en el siglo XVIII, desde la misión de Caripe y siguiendo el valle del Guarapiche, penetraron los llanos orientales, donde se detuvieron, ya que en las cercanas riberas del Orinoco comenzaba la jurisdicción de

capuchinos catalanes y jesuitas bogotanos (GARCÍA PONCE, 2010).

En 1783 a los indígenas de Píritu se les reconoció la posesión legal de sus tierras en el Resguardo Indígena de la Inmaculada Concepción de Píritu, acto que provocó enfrentamientos con hacendados por el control comercial del territorio, en virtud de que Granada, Martinica, Guadalupe y otras islas del Caribe oriental eran atractivos mercados no solo para carne y pescado salados, sino también para mulas, de gran utilidad en las plantaciones caribeñas (MORENO, 2009). En 1799 las salinas de Araya llegaron a producir 100.000 fanegas de sal (AMODIO, 2010: 27), un tema poco analizado en la historia económica colonial del nororiente. De esta manera, pesca y saladura en el golfo de Cariaco, lagunas y albuferas de Unare y Píritu y en las islas de Margarita, Coche y Cubagua, cumplieron un claro papel económico en el comercio antillano.

Las descripciones de finales del siglo dan a conocer la estructura geoeconómica de Nueva Andalucía y Nueva Barcelona, provincias de la Gobernación de Cumaná: un territorio de pequeñas haciendas y medianos hatos de misioneros y antiguos encomenderos, conucos de misión e independientes, rancherías de pesquería y saladura y producción de aceite de coco. Un detallado informe del tesorero de Cumaná de 1793, citado por AMODIO (*ob. cit.*: 75), registró la población susceptible de pagar impuestos en 86.083 individuos, entre blancos (43.468), indios de misión (14.828) e indios de doctrina (27.787),

distribuidos en 12 pueblos de españoles y mestizos (Cumaná, Cumanacoa, Cariaco, Barcelona, Carúpano, Río Caribe, Aragua de Barcelona) y un centenar de aldeas indígenas.

La diversidad agrícola, pecuaria y costera, los pequeños y dispersos centros poblados, el comercio con las Antillas, los engorrosos caminos de Cumaná-Cumanacoa y Cumaná-Barcelona, el eje fluvial Guarapiche-San Juan y el tráfico por los ríos Unare y Neverí, determinaron la heterogeneidad

agraria y el crecimiento de las principales ciudades, Cumaná y Barcelona, con poblaciones entre 12.000 y 14.000 habitantes al comenzar el siglo XIX. Una vez extinguido el régimen misional no latifundista, el sistema nororiental se mantuvo precariamente con la base indígena y mestiza en actividades de pesca y pequeña agricultura, orientadas al comercio local. La región nororiental tomará un nuevo impulso con el agro-comercio de exportación y el mercadeo interno que se desarrollará a finales del siglo XIX. ↩

— HATOS MISIONALES DEL NORESTE DE GUAYANA

La enmarañada y difícil geografía de la región Guayana-Amazonas condicionó las acciones colonizadoras; quizá menos las incursiones portuguesas, inglesas y holandesas del siglo XVII, animadas por el mito de El Dorado y la captura de indígenas. Las correrías de piratas y la presión portuguesa desde el sur amazónico, decidieron acciones más decididas de control hispánico sobre el territorio. Sin embargo, los emplazamientos cívico-militares no garantizaron el poblamiento de la región (RODRÍGUEZ, 2007).

Los capuchinos catalanes tomaron dominio de la región, después de la expulsión de los jesuitas de todos los dominios americanos (1767). Los catalanes habían fundado la Misión de Suay, con algunas reses traídas de la Misión de Píritu. Más tarde Suay fue trasladada al punto de unión de los ríos Caroní y Orinoco, donde recibió el nombre de Misión de la Purísima Concepción del Caroní, la más importante de Guayana. El trabajo capuchino fue de tal magnitud que en la

segunda mitad del siglo XVIII ya controlaban el cuadrilátero regional del nor-este guayanés, entre los ríos Orinoco, Caroní, Cuyuní y Esequibo, incluyendo al delta del Orinoco, casi 3 millones de hectáreas.

Los frailes crearon un vasto sistema agrario, estructurado por una red de pueblos misionales independientes bajo jurisdicción de la misión central del Caroní. Las misiones, verdaderas organizaciones territoriales comunitarias, integraban pueblos, aldeas, conucos individuales, sementeras colectivas, hatos y pequeñas haciendas de algodón, tabaco y cacao. Los pueblos se convirtieron en centros de adiestramiento y producción con la dotación de escuelas, talleres y métodos artesanales relativamente avanzados (herrería, minería, fundición, carpintería, alfarería, telares, talabartería). Las misiones más importantes alojaban poblaciones hasta de 1.000 habitantes y manejaban grandes hatos administrados por religiosos y trabajados por indígenas.

La existencia de pastos frescos, fuerza de trabajo adiestrada, accesibilidad a la red fluvial Caroní-Orinoco y demanda externa, hicieron de la ganadería vacuna y mular la principal opción económica de la colonización misionera. El hato la Divina Pastora fue el centro ganadero más importante de la geografía misional de Guayana. La explotación aurífera al parecer fue silenciada («callaos») para evitar las indebidas incursiones de europeos y criollos. Los datos de 1788 reunidos por García Ponce (*ob. cit.*: 416) describen 30 pueblos, 14.029 habitantes, un rebaño de 180.000 cabezas y un fondo común para mantenimiento y pago de jornales a indígenas y sueldos a mayordomos.

La lógica comercial capuchina le dio alcance extra-regional al sistema agrario. Exportaron productos brutos y semi-facturados e importaron una variedad de mercancías, un comercio establecido especialmente con Cataluña. «*El territorio...se había convertido en una colonia capuchina dentro de la Colonia de España*» (VILA, *et. al, ob. cit.*: 392). Las operaciones financieras y la producción a «gran escala», modernamente la han calificado de estructura corporativa, más competitiva que el modelo hacendal del centro norte o el modelo hatero de los llanos (SANOJA, 2011). Un tema polémico dado los modestos niveles de acumulación de capital (UGALDE, 2000; PERERA, 2006) comparados con las misiones del sur del continente, formas tempranas de capitalismo agrario (CUSHNER, 1980).

Desacuerdos políticos con gobernadores de Guayana y autoridades mantuanas del centro del país, despensa alterna de ejércitos realistas y patriotas y posterior saqueo republicano, derrumbaron la empresa misionera. Gran parte del patrimonio misional pasó a manos de terratenientes y jefes militares, fortaleciendo el régimen latifundista del siglo XIX. Las tierras indígenas y los derechos de navegación fluvial fueron arrendados a comerciantes ingleses hasta 1832, cuando el gobierno reasumió su posesión. Criollos e indígenas desorganizados se adentraron en los bosques atraídos por arenas auríferas y productos forestales de exportación (caucho, balatá, sarrapia, panare).

En definitiva tres procesos geohistóricos resumen el sistema agrario de base indígena en Guayana: primero, dispersión de pueblos originarios; segundo, concentración en pueblos misionales y tercero «re-dispersión disminuida» de indígenas y mestizos. El esfuerzo de un siglo misional terminaba con la fundación de la República. La iglesia de la Purísima Concepción del Caroní, fue declarada Patrimonio Nacional en 1960 y restaurada a finales de los años setenta por la Corporación Venezolana de Guayana. Las grandes edificaciones jesuitas de Suramérica, por otra parte, fueron incorporadas al *Patrimonio Mundial de la Humanidad*: Misiones Guaraníes de Argentina y Brasil, Misión de la Santísima Trinidad del Paraná en Paraguay y la Misión de Chiquitos en Bolivia, espacios culturales que perpetúan el recuerdo de la labor misionera en América. ↵

«Amplia es la fama de la excelente organización y del desarrollo de esta Misión, tanto más meritoria cuanto que los catalanes, partiendo de la nada, en una de las regiones más remotas, dedican cuarenta años de desvelos a crear su emporio.»

—J. L. SALCEDO BASTARDO, 1979: 121.

«Al éxito que representó la estrategia económica de consolidar una base alimenticia y sólidos ingresos por diferentes rubros agropecuarios y comerciales, debemos reseñar sin duda las favorables condiciones ambientales tanto en suelos como en vegetación. Los misioneros llegaron a fundar y administrar un total de 46 misiones y 3 pueblos mixtos de españoles e indígenas.»

—MIGUEL ÁNGEL PERERA, 2006: 397.

4.2. / SINOPSIS DE LOS SISTEMAS AGRARIOS

La [LAM. 14] ofrece una gruesa síntesis de los sistemas agrarios a finales del siglo XVIII, panorámica de los entramados regionales de producción, poblamiento y rutas comerciales externas e internas. A pesar del escaso desarrollo de las fuerzas productivas, que retardó una ocupación humana más extensa e intensa, la diversidad agraria fue más amplia e interconectada que el difundido cuadro del territorio seccionado en espacios de haciendas centrales, hatos llaneros y conucos amazónicos. ↩

SISTEMAS AGRARIOS	COMPONENTES TERRITORIALES
Haciendas y plantaciones del centro norte	Sistema de mayor desarrollo de la Colonia, abierto a la exportación-importación por La Guaira y Puerto Cabello y al comercio interno de la gran provincia de Caracas. Haciendas y plantaciones trabajadas por esclavos y peones en los valles de Caracas, Aragua, Carabobo, Tuy, Barlovento. Sistema regional conectado por caminos de herradura y liderado por la capitalidad de Caracas.
Haciendas y hatos del llano alto occidental	Pequeñas y medianas haciendas diversificadas en piedemontes y hatos de cría-engorde en sabanas altas. Poblamiento fluvial ribereño y pequeñas ciudades andino-llaneras. Denso comercio interno agropecuario por la red hidrográfica de los llanos y el eje caminero norte-llanero. Eventuales exportaciones de tabaco y cueros por el eje Apure-Orinoco.
Labranza hortelana alto-andina	Sistema intensivo de montaña de pequeñas propiedades cerealeras y paperas con agro-tecnología indo-hispana. Excedentes comercializados en la red interna de asentamientos, eventualmente con llanos occidentales o exportados por el sur del lago de Maracaibo.
Hatos llaneros centro-occidentales	Hatos extensivos en sabanas indivisas, alta dispersión de pequeños asentamientos, precarios caminos terrestres y fluviales. Llanos altos y bajos conectados por rutas de «cabresteros» a los pastos de engorde de piedemontes. Exportación de cueros y mulas por el puerto de Angostura.
Núcleo agro-artesanal del Turbio	Sistema de pequeñas y medianas «haciendas-trapiche» (caña de azúcar y derivados) e importante artesanía (textiles, cueros) en el valle medio del Turbio. Liderazgo demográfico y económico del triángulo Barquisimeto-El Tocuyo-Carora conectado con los Andes trujillanos y valles de Aroa. Incursiones exportadoras por los puertos de Coro y Maracaibo.
Complejo agro-costero nororiental	Sistema muy heterogéneo costero, montañoso e insular, poblamiento indígena misional y concentrado criollo y mestizo. Diversidad productiva (saladura, siembras comunitarias, pequeñas haciendas y hatos precarios). Activo intercambio con las Antillas (pescado y carnes saladas, mulas) movilizadas en los puertos de Cumaná y Barcelona.
Hatos misionales del noreste de Guayana	Sistema territorial de misiones administrado por capuchinos catalanes desde la sede central del Caroní. Cada misión constituida por pueblos indígenas multi-activos (agropecuarios, artesanales, semi-industriales). «Lógica financiera» de exportación-importación por la ruta Caroní-Orinoco-Atlántico.

[LAM. 14] COMPONENTES TERRITORIALES DE LOS SISTEMAS AGRARIOS. FINALES DEL SIGLO XVIII.

FUENTE: elaboración propia con referencias citadas en el texto.



DESIGUAL DINÁMICA AGROECONÓMICA POSCOLONIAL

A raíz de la ruptura de la Gran Colombia en 1830, la naciente República de Venezuela necesitaba conocer sus límites políticos-territoriales, recursos naturales, agropecuarios y demográficos. Ese inventario no solo era necesario por razones propias de Estado, sino también para organizar las relaciones económicas con los nuevos mercados de Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos. Agustín Codazzi, por encargo del Congreso, coordinó la Comisión Corográfica que cumplió esa labor durante la década de los años treinta.

Experiencia geográfica-militar, ventajas logísticas, laboriosos trabajos de campo, informes de gobernadores regionales, la obra de HUMBOLDT y los datos aportados por baqueanos locales, culminaron en dos creaciones cumbres del geógrafo ítalo-venezolano: el *Atlas Físico y Político de la República de Venezuela* y el *Resumen de la Geografía de Venezuela*, editados en París (1840-1841), considerados hoy patrimonio de identidad nacional (PÉREZ RANCEL, 2006). ↩



5.1. / UNA INTERRUMPIDA RECUPERACIÓN

El *Resumen de la Geografía de Venezuela* (1941) proporciona una geografía agraria más precisa de los primeros tiempos de la República, puesto que las actividades agropecuarias aparecen espacialmente mejor organizadas que en el modelo trizonal [LAM. 15]. Aunque las mayores propiedades habían sido entregadas a caudillos militares por los servicios prestados a la República, no se perciben críticas a la persistente estructura terrateniente, aun cuando estimó con informaciones de propietarios y caporales más de 2.000 haciendas y más de 5.000 fincas (*ob. cit.* II: 138-139), lo que demostraba la importancia de la producción local en la estructura latifundista de raíz colonial. Decía el geógrafo ítalo-venezolano:

Ningún país en América tiene tan marcadas sus zonas como éste. La primera que se nos presenta es la de las tierras cultivadas; en segunda la de los pastos y la tercera la de los bosques; presentando, como dice Humboldt, una imagen perfecta de los tres estados de la sociedad: la vida del salvaje que vive en las selvas del Orinoco, la del pastor que habita en las sabanas y la de los pueblos agricultores que residen en los valles altos y al pie de monte de la costa (CODAZZI, 1941, TI: 62).

En la zona agrícola apreció los valles del centro-norte-costero, áreas óptimas para los cultivos de plantación por calidad de suelos y disponibilidad de riego; además describió los conucos de los indígenas y mestizos en los llanos altos occidentales y la vigorosa agricultura

andina del «trigo y todas las semillas del antiguo continente». Las plantaciones de cacao de la planicie de Barlovento, las de café de las vertientes de Aragua y caña de azúcar de los valles de Aragua y del Tuy, manifestaban pocos deterioros causados por la Guerra Emancipadora. Los valles centrales y andinos, las áreas más desarrolladas, sumarían un 10 por ciento cultivado de la zona agrícola. Ese dato ratificaba la necesidad de ampliar la frontera agrícola. Visualizó, entonces, la cuenca sur del lago de Maracaibo y los llanos altos occidentales como las reservas de tierras del futuro.

En la zona de los pastos distinguió los hatos de las mesetas áridas orientales, de los llanos centrales, llanos de Barinas, Apure y norte de Guayana. Las sabanas del Caroní, al norte de Guayana, las juzgó más frescas, feraces, no inundables y de mejores pastos, pero despobladas de gente y ganado. Esas sabanas habían sido, precisamente, el ámbito productivo de la extendida ganadería misionarial de Guayana. La llanura de Apure, la describió como un «océano de verdura» en época de lluvias, solo interrumpida por la selva de San Camilo y «matas llaneras» (grupos de árboles). La imagen de los llanos se resumía en el siguiente párrafo:

...un mar de yerbas que por todas partes forma horizonte...es la verdadera región de los ganados que allí se multiplican casi sin los cuidados del hombre; es el gran criadero que proporciona á la zona agrícola los animales útiles para el trabajo y las carnes para sustento de sus habitantes (*Ibidem*: 78).



[LAM. 15] ESQUEMA SIMPLIFICADO DEL MODELO TRIZONAL HUMBOLDT-CODAZZI.

FUENTE: elaboración propia.

En la zona selvática observó los restos de las misiones capuchinas, los «*primeros ensayos de la vida agricultora*» de los pueblos Maquiritares del Ventuari y las comunidades indígenas que subsistían de la caza, la pesca y la recolección de frutos silvestres. Contrastó el desarrollo comercial de Ciudad Bolívar, capital de la extensa provincia, con la decadente población indígena y mestiza diseminada en bosques, morichales y sabanas de la región guayanesa.

La visión codazziana del territorio lo asemeja a un mega-paisaje de grano grueso, es decir, un espacio salpicado de haciendas, hatos, pequeños predios y pocos asentamientos, recorrido por difíciles redes camineras y acuáticas y habitado por unas 800.000 personas. En contraste, CODAZZI también proyectó inmensas posibilidades agropecuarias para un futuro no acotado, las que pudo traducir en una ordenación potencial e imaginaria del territorio (ROJAS LÓPEZ, 2007 B).

En breve, pese a las restricciones internas la economía se recobraba lentamente, librada de la atadura monopólica colonial y además reconfortada con la ampliación del régimen jornalero. En cierto modo, el *Anuario de la Provincia de Caracas* (citado por IZARD, 1972) ya registraba esa recuperación en las haciendas del centro norte [LAM. 16].

Entre 1830 y 1850 las exportaciones de café, cueros y ganado vacuno activaron la reprimarización de la economía (VELOZ, 1945). Por otro lado, la liberación de los esclavos en 1854, alentó la pequeña producción a través de arrendamientos, aparcerías y trabajo libre. Ese pausado desempeño fue nuevamente interrumpido por un fuerte conflicto, la Guerra Federal (1859-1863), un duro golpe a

la población y la economía de los llanos. Con menor intensidad en los Andes y el Nororiente, donde condiciones geográficas e históricas y menores disturbios guerreristas fortalecieron la agricultura parcelaria. Después de la guerra la gran propiedad fue transferida, esta vez, a los jefes militares de la Federación, afianzándose el poder de los caudillos regionales.

El ascenso presidencial de Antonio Guzmán Blanco en 1870 apaciguó las guerrillas internas, por medio de acuerdos con grupos dominantes del centro del país y jefes políticos regionales. Las condiciones de la República, a juzgar por el primer censo oficial levantado en 1873, eran similares a las de 1830. Si bien la población, el peonaje y la pequeña producción habían aumentado, subsistían malos caminos y precarios servicios médico-sanitarias, atrasados niveles tecnológicos, dominio latifundista y ausencia de transacciones bancarias (VILA, 1970).

La propuesta guzmancista de un Estado moderno, centralista, alejado de la Iglesia, sustentado en exportaciones y culturalmente en patrones europeos, fue bien acogida por las élites del país. El proyecto modernizador le brindó espacio a la expansión imperialista europea, que demandaba materias primas del mundo tropical. Inversiones en agricultura, minería e instituciones financieras se insertaron en la economía nacional (LOMBARDI, 1985; GONZÁLEZ DELUCA, 2011). El café, uno de los rubros más solicitados, fue el principal factor económico de la época, dadas las adecuadas condiciones geoeconómicas del territorio: climas templados de montaña, disponibilidad de tierras y mano de obra (liberación de la fuerza de trabajo y disolución de resguardos indígenas) y puertos de exportación. ↵

CANTONES	CACAO		CAFÉ		CAÑA DE AZÚCAR * N° TABLONES (UN TABLÓN, 0,7 HAS)
	N° HACIENDAS	N° ÁRBOLES (MILES)	N° HACIENDAS	N° ÁRBOLES (MILES)	
Río Chico	326	3.859	-----	-----	-----
Caucagua	219	1.557	4	30	40
Ocumare	68	790	104	1.780	190
Maracay	28	654	38	685	145
Santa Lucía	26	461	29	917	40
La Guaira	20	264	18	476	326
La Victoria	7	36	33	1.000	680
Petare	-----	-----	115	2.286	-----
Guarenas	7	13	14	3	800
Villa de Cura	-----	-----	1	20	-----
Totales	701	7.364	356	7.197	2.425

[LAM. 16] HACIENDAS DE LA REGIÓN CENTRO NORTE COSTERA. 1832-1833.

FUENTE: IZARD, 1972: 60. * Según datos colectados por BANCO (2009), La Victoria y Guarenas sumaban respectivamente 908 y 528 tablones en 1836. Caracas y Valencia reunían 764, Barquisimeto y El Tocuyo 998 tablones.

5.2. / EL REIMPULSO AGRO-EXPORTADOR

Bajo la influencia política del guzmancismo (1870-1887), se impulsó una fuerza agro-exportadora en el arco costero montañoso, que movió al país hacia otro período de su geohistoria, apertura también observada en otros países latinoamericanos. La *Exposición Nacional de 1883*, conmemoración del Centenario del Natalicio del Libertador y apología al llamado «*Autócrata Civilizador*» o «*Ilustre Americano*», mostró los progresos de la nación en varios ámbitos económicos (artesanía, incipiente industrialización, transporte y comunicación, productos de exportación, maquinaria agrícola importada...), «... un

evento que comprendió en un mismo lugar y al mismo tiempo símbolos y emblemas de las distintas regiones y exhibió un inventario de los logros y potencialidades de los venezolanos...» (CALZADILLA, et al, 2009: 5).

Los años del guzmancismo atestiguaron un importante crecimiento exportador, pero el proyecto de modernidad —a imitación europea— sufrió los fuertes altibajos de la posterior inestabilidad política. Sin embargo, el comercio cafetalero se mantuvo como eje central de la economía, elevándose de 17,3 millones de bolívares en 1868-69 a los 89,9 millones en 1890-91. El

aporte promedio al valor de las exportaciones (1910-1919) giró alrededor del 70 por ciento y Venezuela se posicionó en los primeros lugares de los países exportadores. En 1908 ocupó el segundo lugar después de Brasil (HENAO, 1950). El pico de 130,8 millones en 1928-29 tuvo una caída pronunciada hasta los 29,7 millones en 1934-35 (IZARD, 1970: 192-193). De este modo, el crecimiento «hacia afuera» se logró mantener hasta el final de la segunda década del nuevo siglo, un poco más de 50 años.

Es necesario anotar el carácter familiar predominante de la producción cafetalera, pues refleja una diferencia substancial con respecto al régimen hacendal. Las características duraderas del cultivo y los pocos cambios en el sistema productivo permiten tomar, con debida cautela, el censo cafetalero de 1940 como referencia del tamaño de las fincas en las primeras décadas del siglo. El censo contabilizó 70 mil unidades, de las cuales 72 por ciento las clasificamos de pequeñas, ubicadas en los estados andinos y áreas montañosas de los estados Lara y Sucre, mientras las más grandes se concentraban en el centro norte (Miranda, Aragua, Carabobo) [LAM. 17].

La cordillera andina fue el mejor y mayor escenario del café: clima templado, vertientes casi vírgenes, ausencia de endemias y epidemias, pocas acciones bélicas, mano de obra desplazada de los llanos occidentales, tradición agrícola de montaña y salida cercana de exportación por el lago de Maracaibo. La difusión espacial del cultivo desde la región central, estimulada por las casas exportadoras, erigió a la región andina en fortaleza económica y demográfica.

Contribuía con la mitad de la producción nacional, además de la producción de caña de azúcar de sus depresiones secas [LAM. 18].

La economía nororiental, por otra parte, se desperezaba con la exportación de cacao y café y la producción doméstica de caña de azúcar y tabaco, rubros cultivados también en pequeñas y medianas explotaciones [LAM. 19]. Al mismo tiempo, la demanda de carne, quesos, sebos y cueros del centro norte revitalizaba la ganadería extensiva de los llanos altos centrales. Hacia la última cuarta parte del siglo las minas de oro de El Callao ubicaban otro foco de crecimiento en Guayana. Estas regiones dejaban ver, entonces, la pérdida de dominio económico y político de las haciendas centrales en el resto de la nación.

Los datos de VELOZ (*ob. cit.*) admiten una gruesa cuantificación porcentual de los rubros de plantación en la superficie cultivada de la República a finales de la segunda década del siglo XX: 67 por ciento. La superficie de café había ascendido a 253.000 hectáreas y la de cacao a 76.000 hectáreas, estimaciones sin duda exageradas, pero claras señales del auge adquirido por la economía agro-exportadora desde las últimas décadas del siglo XIX. La [LAM. 20] muestra el movimiento exportador-importador de los principales puertos de la República.

La Guaira, Puerto Cabello, Maracaibo y Ciudad Bolívar reunían 90 por ciento de las exportaciones y 92 por ciento de las importaciones. Ese movimiento comercial tuvo una clara huella territorial a través de la infraestructura (ferrocarriles, caminos carreteros, embarcaderos, telégrafos y correos) y la redistribución geográfica de la población.

TAMAÑO	N° DE CAFETOS	N° DE FINCAS	% DE FINCAS
● Pequeñas	< 5.000	50.167	71,8
● Pequeñas a medianas	5.000 - 20.000	15.691	22,4
● Medianas a grandes	20.000 - 100.000	3.382	4,8
● Muy grandes	> 100.000	635	0,9

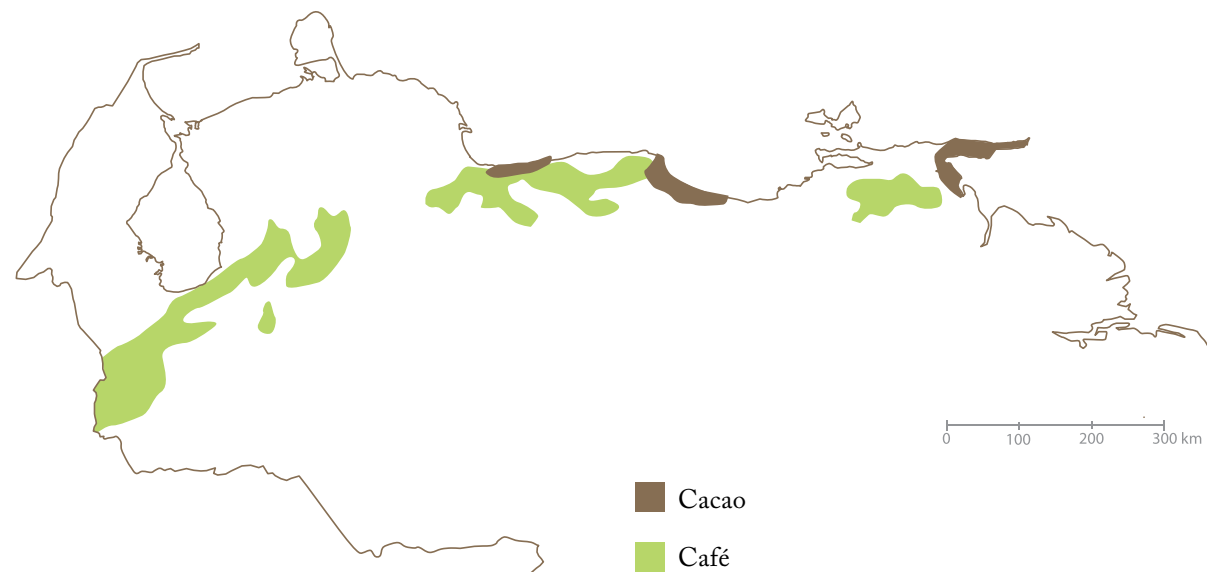
[LAM. 17] TAMAÑO Y NÚMERO DE LAS UNIDADES CAFETALERAS DE VENEZUELA, 1940.

FUENTE: adaptado del Censo Cafetero Nacional, 1941.

AÑOS	PRODUCCIÓN REGIONAL EN LA EXPORTACIÓN NACIONAL		EXPORTACIÓN NACIONAL*
	TONELADAS	%	
● 1873	13.781**	44,3	31.082
● 1894	29.238	50,8	57.571

[LAM. 18] LA PRODUCCIÓN CAFETALERA ANDINA EN LA EXPORTACIÓN NACIONAL. 1873-1894.

FUENTE: IZARD, 1970: 73, 192. * Luce más seguro el dato de exportación, pues la producción nacional en 1894 casi duplicó la exportación. Diferencia difícilmente explicada por el consumo interno. ** Basada en datos de VILA (1970).



[LAM. 19] PRINCIPALES ÁREAS DE CONCENTRACIÓN DE CULTIVOS DE EXPORTACIÓN.

FUENTE: elaboración propia.

PUERTOS	EXPORTACIONES (MILES DE BS.)	%	IMPORTACIONES (MILES DE BS.)	%
La Guaira	20.532	17,4	41.809	42,8
Puerto Cabello	27.343	23,3	17.537	17,9
Maracaibo	34.566	29,4	20.092	20,5
Ciudad Bolívar	28.863	20,3	10.817	11,1
Carúpano	3.940	3,4	2.430	2,5
Guiria	2.389	2,0	1.531	1,5
Guanta-Barcelona	363	0,3	175	0,2
Pampatar	460	0,4	190	0,2
Puerto Sucre	607	0,5	287	0,3
Caño Colorado-Maturín	2.069	1,8	1.800	1,8
La Vela de Coro	1.401	1,2	1.035	1,1
Total	117.535	100	97.703	100

[LAM. 20] EXPORTACIONES-IMPORTACIONES VENEZOLANAS. 1910-1911.

FUENTE: Anuario Estadístico de Venezuela, 1914.

Si bien los tramos ferroviarios se instalaron para optimizar la circulación de mercancías, sus elevados fletes, cortos recorridos y obstáculos geográficos, impidieron logros similares a los obtenidos en México y el Cono Sur [LAM. 21].

El modelo dendrítico neocolonial (JOHNSON, 1970) [LAM. 22], ayuda a comprender el funcionamiento espacial de los sistemas regionales venezolanos de finales del siglo XIX y principios del XX: el andino-zuliano, centrado en Maracaibo; el centro norte, convergente en La Guaira y Puerto Cabello; el llanero-guayanés, centrado en Ciudad Bolívar y en menor cuantía el nororiental volcado en Carúpano. El capital asentado en las casas exportadoras-importadoras de las ciudades-puerto tejió redes de financiamiento y comercialización, re-estruc-

turadoras de los sistemas agrarios andinos, nororientales y centro norteños del país.

Los mayores beneficios económicos quedaban en las casas exportadoras (alemanas, holandesas e italianas), puesto que los productores criollos no podían influir en los precios internacionales de exportación, los precios locales de mercancías importadas o en los intereses de préstamos solicitados a los grandes almacenes. En pocas palabras, la ausencia de bancos era suplida por las casas comerciales que controlaban directa o indirectamente la producción y exportación agrícola y la importación y distribución de manufacturas.

La difícil comunicación terrestre y el comercio volcado al exterior a través de ciudades-puerto, sin embargo, no parecen ser argumentos suficientes para insistir en

TRAMOS	km
Tucacas-Barquisimeto	176,5
Motatán-La Ceiba	81,5
Caracas-La Guaira	37,0
Naricual-Guanta	s/d
Macuto-Maiquetía	8,0
Río Chico-Carenero	50,0
Caracas-Santa Lucía	42,0
Valencia-Puerto Cabello	52,0
Caracas-Valencia	179,0
Coro-La Vela	s/d
Santa Bárbara-El Vigía	60,0
Encontrados-La Fría	134,0

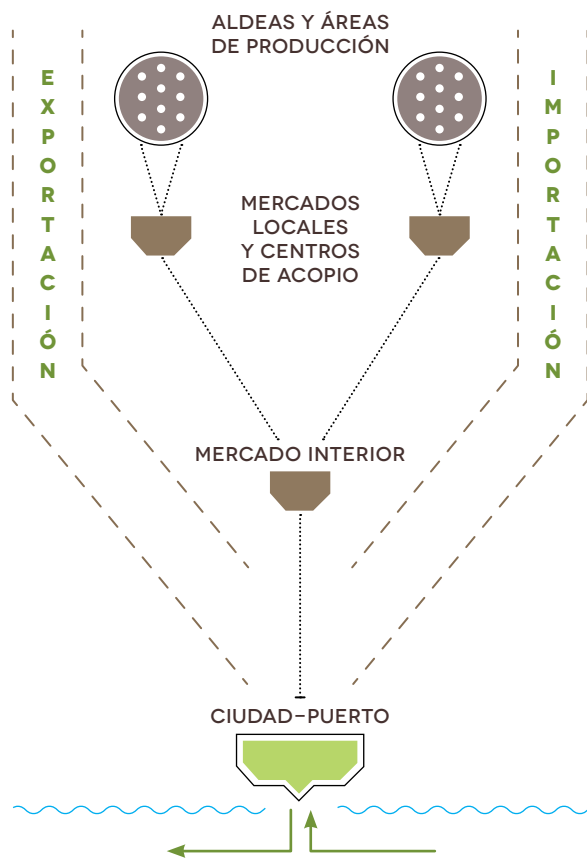
[LAM. 21] TRAMOS FERROCARRILEROS EN LA VENEZUELA DE 1912.

FUENTE: DALTON, 1966: 255-65.

la recurrente explicación del aislamiento y fraccionamiento regional del siglo XIX o pensar las regiones como grandes cuencas agrícolas independientes. Realmente los tráficos fluviales en los llanos y el nororiente, los flujos lacustres en el lago de Maracaibo y las conexiones marítimas entre los puertos de cabotaje, complementaban o sustituían las precarias articulaciones camineras entre áreas productoras y centros poblados.

Otra manifestación de los cambios ocurridos en el país fue la recuperación y redistribución geográfica de la población, fundamentalmente en el arco costero montañoso, en tanto se mantenía la baja densidad demográfica de Guayana y retrocedía la población llanera. El antiguo modelo de distribución espacial de la población ahora se acentuaba con la concentración cafetalera andina, el desplazamiento cacaotero del centro norte hacia la península de Paria, las dificultades del poblamiento guayanés y la salida de los llanos altos occidentales de la economía exportadora [LAM. 23].

En resumen, la República salía del marasmo socio-económico del siglo XIX, sin una vinculación orgánica con el sistema capitalista mundial, en vista de dos obstáculos estructurales: a) los rubros tropicales de exportación no eran piezas medulares del proceso industrial de los países centrales y, b) la tradición latifundista, el atraso tecnológico y el reducido mercado interno, limitaban la reproducción ampliada del capital. La gran crisis mundial de 1929-1930 pondrá punto final al modelo primario agro-exportador y el país entrará a un nuevo período de su historia económica. ↩



[LAM. 22] MODELO NEOCOLONIAL AGRO-EXPORTADOR. FUENTE: elaboración propia, basado en JOHNSON, 1970.

REGIONES	POBLACIÓN 1873	POBLACIÓN 1926
Llanos	18,5	9,8
Centro-norte	22,6	21,0
Andes	13,7	17,9
Oriente	12,5	17,0
Centro-oeste	16,9	15,8
Nor-oeste	10,6	13,3
Sur	5,2	4,9

[LAM. 23] CAMBIOS EN LA DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN VENEZOLANA (%), 1873-1926. FUENTE: adaptado de PÁEZ CELIS, 1978: 56.

5.3. / TERRITORIALIDAD DE LOS SISTEMAS AGRARIOS

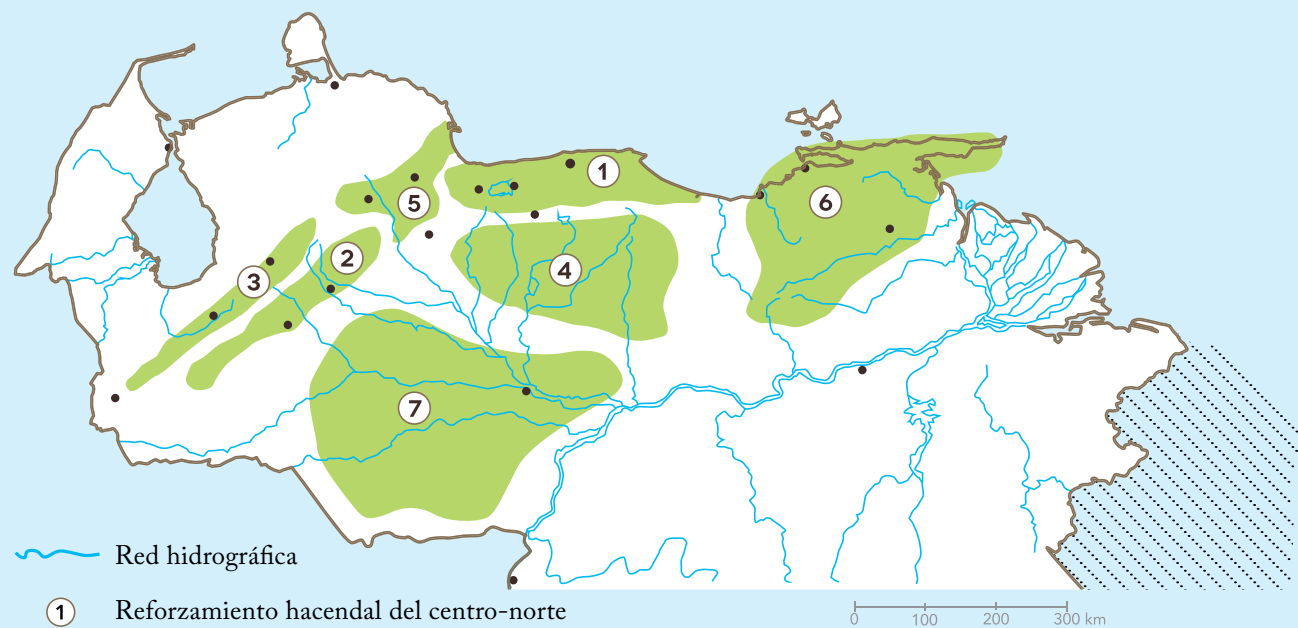
La consolidación histórica de los patrones de organización del espacio venezolano a finales del siglo XIX es presentada por RÍOS y CARVALLO (1990) de la siguiente manera: a) un patrón urbano concentrado en el centro norte, constituido por haciendas y ciudades, lugares nodales del sistema, b) un patrón rural disperso en los llanos, conformado por hatos y pequeños centros poblados y, c) un patrón urbano disperso en las regiones andina y nororiental, integrado por fincas familiares mercantiles vinculadas a pequeños y medianos centros poblados. Reconociendo los méritos histórico-espaciales del estudio y obviando la dificultad conceptual de lo «urbano-concentrado», «urbano disperso» y «rural-disperso», perdura la duda sobre la diferenciación del espacio solo en tres modelos geográficos.

HERNÁNDEZ (1985) propone una clasificación más detallada basada en los

mismos sistemas productivos: hacendal, hatero y campesino. El primero, formado por grandes haciendas centrales y medianas plantaciones de café y cacao; el segundo, integrado por hatos de llano alto y hatos de llano bajo y el tercero por campesinos dependientes, semiautónomos y libres. Posteriormente, el mismo autor (2010) los agrupa en dos conjuntos, sistemas terratenientes y campesinos; en el primero incluye plantaciones cafetaleras y cacaoteras, hatos de llanos bajos, ingenios azucareros y haciendas de ceba, y en el segundo, labranza andina, fincas cafetaleras, producción familiar periurbana y conucos de vega.

Acá ensayamos una diferenciación geográfica basada en la desigual dinámica territorial de los sistemas agrarios. Esta aproximación recalca cuatro procesos: a) la tímida modernización del centro norte, andina y nororiental, b) evolución de la ha-

cienda-trapiche centro-occidental y la ganadería de ceba del llano alto central, ambas vinculadas a la demanda del centro norte, c) la persistencia del atraso ganadero de los llanos bajos y, d) la regresión territorial de los llanos altos occidentales. Una lectura que resalta, además, la incidencia de los sistemas más dinámicos en la reactivación de antiguas rutas de exportación y abastecimiento interno [LAM. 24]. ↩



- Red hidrográfica
- ① Reforzamiento hacendal del centro-norte
 - ② Regresión de los llanos altos occidentales
 - ③ Desarrollo cafetalero familiar de los Andes
 - ④ Ganadería de ceba de los llanos altos centrales
 - ⑤ Haciendas-trapiche e ingenios del Turbio-Yaracuy
 - ⑥ Diversificación productiva del nororiente
 - ⑦ Estancamiento ganadero de los llanos bajos

[LAM. 24] DESIGUAL DINÁMICA DE LOS SISTEMAS AGRARIOS. FINALES DEL SIGLO XIX PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.

FUENTE: elaboración propia.

— REFORZAMIENTO HACENDAL DEL CENTRO NORTE

Los nuevos medios técnicos incorporados a las grandes y medianas haciendas (despulpadoras, trilladoras, energía a vapor, destilerías, beneficio pecuario) y las transacciones exportadoras e importadoras reforzaron la estructura agraria-territorial del centro norte. Las haciendas —no clásicas plantaciones— emplearon numerosos jornaleros, a la par que también se ampliaba el campesinado independiente. El cultivo de café trepó por las vertientes templadas, la caña de azúcar se asentó en los valles más secos, los cultivos de cacao y tabaco en las vegas y planicies húmedas y la ganadería en las áreas menos accesibles o menos aptas para cultivos.

La producción encontró una circulación más expedita con la construcción de tramos ferrocarrileros y caminos carreteros, dada la ausencia de grandes ríos navegables. Los caminos carreteras claves comunicaban la ciudad capital con La Guaira, los valles de Aragua y valles del Tuy, además de la importante conexión Valencia-Puerto Cabello. En 1883 entró en funcionamiento el ferrocarril Caracas-La Guaira y en 1894 el Gran Ferrocarril de Venezuela Caracas-Valencia, a lo largo del cual poblaciones como La Victoria, El Consejo, Cagua, Maracay y Mariara fungieron de estaciones intermedias y centros de acopio de los valles centrales. Los puertos de La Guaira y Puerto Cabello, movilizaban 40 por ciento de las exportaciones y 60 por ciento de las importaciones venezolanas en

1910. Ambos y el puerto de Maracaibo constituían las salidas del café venezolano hacia el mercado europeo y norteamericano.

El movimiento agro-comercial impulsó el crecimiento del sistema regional de centros poblados, en especial de la ciudad capital. Los 48.000 habitantes de Caracas en 1873 ya rondaban los 90.000 en 1920, triplicaba a Maracaibo, segunda ciudad del país; Valencia se acercaba a los 30.000 y Puerto Cabello a los 14.000 habitantes. Los Teques, La Guaira, La Victoria, Maracay y Maiquetía oscilaban entre 6.500 y 8.500 habitantes. La región concentraba la cuarta parte de la población nacional y la dupla Caracas-Valencia reunía la mitad de las principales empresas manufactureras del país: textiles, farmacéuticas, molineras, graniteras, lácteas, cerveceras y tabacaleras (CARTAY, 1988).

Producción agrícola y artesanal, crecimiento demográfico, inversiones alemanas e inglesas, flujos de exportación-importación, comercio interno, red de transporte y embrionario desarrollo manufacturero, estimularon la incipiente modernización del sistema agrario, la estructuración territorial y la geografía regional del centro norte, la más importante concentración demográfica y económica de la Venezuela pre-petrolera, cuya influencia comercial directa se extendió hasta los llanos altos centrales y la depresión Turbio-Yaracuy. ↩

DESARROLLO CAFETALERO FAMILIAR DE LOS ANDES

La producción cafetalera transformó la región andina en el segundo foco nacional de crecimiento económico y concentración demográfica. A diferencia del centro-norte, donde las haciendas jugaron un papel relevante en el movimiento poblador, en los Andes predominó la finca familiar con uso intensivo de mano de obra, esfuerzo que elevó los rendimientos del cultivo. Los nuevos equipos tecnológicos fueron adquiridos fundamentalmente por las grandes haciendas de Rubio (Táchira), Santa Cruz de Mora (Mérida) y Boconó (Trujillo) (VILLAFANE, 1961).

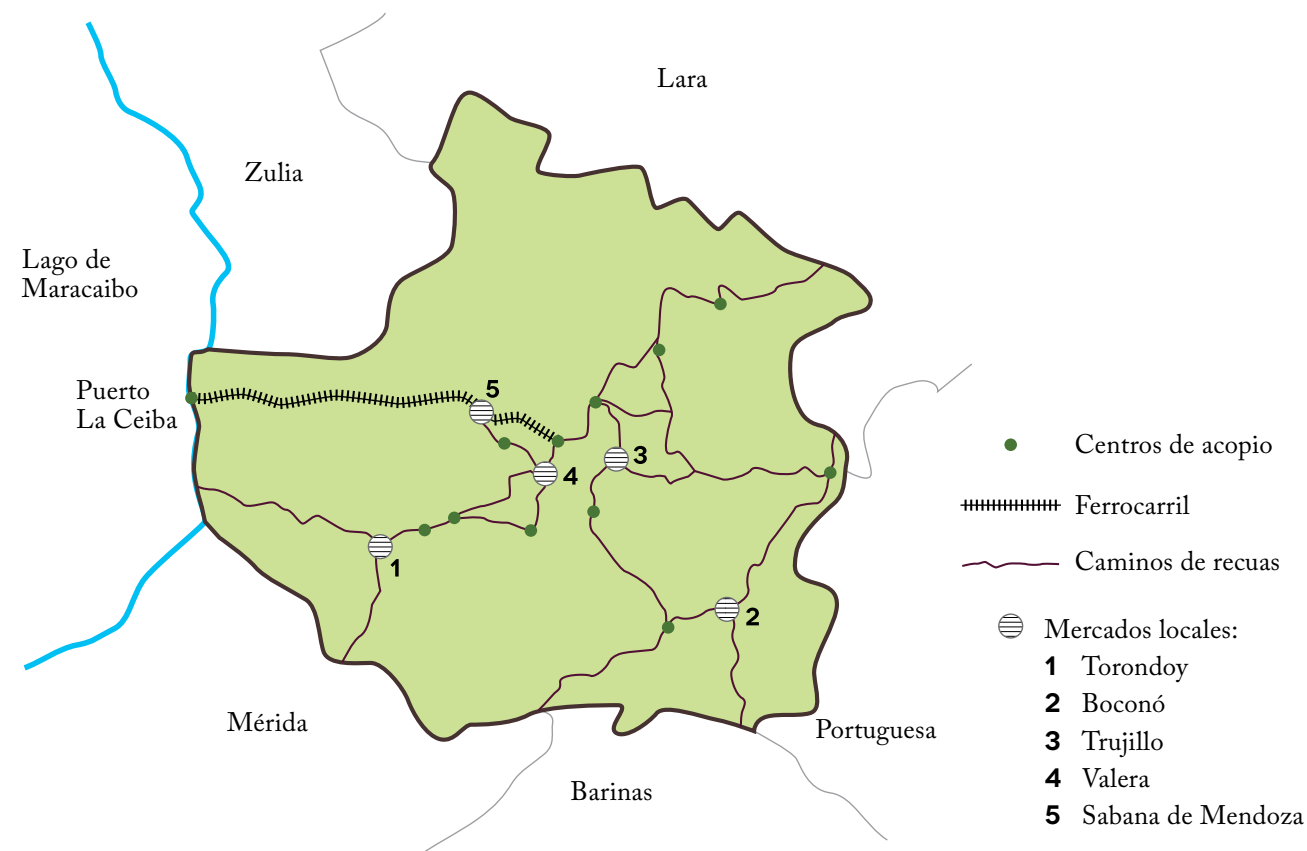
En el proceso de reorganización territorial de la región merecen atención dos hechos de particular significación geográfica. En primer lugar, la modificación de los usos del territorio, concretamente: *a)* desplazamiento de la frontera agrícola hacia los ambientes templados y sub-tropicales, *b)* apertura del sur del lago de Maracaibo con los tramos ferroviarios y puertos de transbordo y, *c)* reactivación de los antiguos centros poblados. En segundo lugar, la organización de subsistemas territoriales alrededor de las principales ciudades locales, encastrados en el sistema regional de exportación de Maracaibo (CARDOZO GALUÉ, 1991).

En el subsistema del Táchira, estado de más alta producción cafetalera, las cargas se almacenaban en las casas comerciales de Rubio y San Cristóbal, de allí salían por ruta terrestre vía Cúcuta, lugar de transbordo al tren que llegaba a Puerto Villamizar (río Zulia), luego por la ruta fluvial al puerto de

Encontrados, a orillas del río Catatumbo, y desde allí por vía fluvio-lacustre al puerto de Maracaibo. La construcción del Gran Ferrocarril del Táchira redujo el tránsito por el territorio colombiano y, por ende, los costos de los fletes por la ruta del café.

En el subsistema de Trujillo la red cafetalera se desarrolló entorno al conjunto Valera-Motatán-Trujillo y las pequeñas ciudades de Boconó, Sabana de Mendoza, Timotes y Torondoy. Arreos de mulas transportaban la mayor parte del café a centros de acopio, donde era sometido a un acondicionamiento primario para llevarlo a Motatán, estación del ferrocarril que trasladaba la carga al puerto de La Ceiba y desde aquí por navegación a vapor al puerto de Maracaibo [LAM. 25]. Al movimiento descendente le sucedía otro ascendente puerto-montaña, que distribuía las mercancías importadas en las poblaciones del recorrido trujillano (ROJAS LÓPEZ, 1981: 82).

En el estado Mérida la principal área de producción se localizaba en el valle del Mocotíes. Una vez acopiadas las cargas en las poblaciones de Santa Cruz de Mora y Tovar, salían por un camino de recuas con dirección a la población de Zea hasta llegar al puerto del río Escalante, donde tomaban la ruta lacustre al puerto de Maracaibo. La inauguración del tramo ferrocarrilero El Vigía-Santa Bárbara, le permitió al café merideño superar algunas dificultades de los caminos cenagosos del sur del lago de Maracaibo (MORENO, 1986).



[LAM. 25] SISTEMA DENDRÍTICO CAFETALERO DE TRUJILLO. 1920.

FUENTE: ROJAS LÓPEZ, 1981-82: 123.

La producción cafetalera, el comercio con Maracaibo por múltiples empalmes (terrestres-fluviales-ferrocarrileros-lacustres), la reactivación de viejos caminos de recuas a los llanos occidentales y la red de asentamientos, fortalecieron la base territorial de los Andes, región que acusaba un bajo dinamismo desde la ruptura del vínculo colonial. En números redondos la población regional subió de 245 a 542 mil habitantes entre 1873 y 1926, un aumento de 121 por ciento en medio siglo, notablemente en las ciudades cafetaleras de Táchira y Trujillo [LAM. 26].

San Cristóbal, Boconó, Rubio, La Grita, Tovar, ciudades donde frecuentemente concurrían circuitos locales y regionales de comercio fueron centros muy activos. Las ferias comerciales celebradas anualmente en poblaciones tachirenses ejemplifican el comercio regional, pues acudían comerciantes andinos, zulianos y colombianos. Boconó llegó a rivalizar con San Cristóbal, «capital del oro verde», Tovar y La Grita con Mérida, «capital eclesiástica» de los Andes (ARDAO, 1984).

CENTROS PRINCIPALES	1873	1926
San Cristóbal	11.903	28.300
Mérida	11.155	13.727
Boconó	10.982	21.775
Rubio	6.124	16.003
Trujillo	7.459	16.163
La Grita	8.880	15.943
Táriba	6.880	13.726
Valera	3.297	7.868
Tovar	5.193	11.069
Escuque	4.286	7.192
San Juan de Colón	1.738	9.045
San Antonio del Táchira	4.762	9.175

[LAM. 26] INCREMENTOS DEMOGRÁFICOS EN LOS CENTROS ANDINOS DE COMERCIALIZACIÓN CAFETALERA.

FUENTE: ARDAO, 1984: 183.

El antiguo patrón de labranza alto-andina también sintió los efectos de la dinámica cafetalera. Por un lado, la fuerza de trabajo triguera y papera pasó a recibir un salario en las fincas de café, mientras sus viejas fincas quedaban bajo modalidades de aparcería (SUÁREZ, 1982). Por otro lado, abastecía de granos, tubérculos y harina de trigo a la faja cafetalera. El cereal seguía siendo un rubro central del comercio regional, pues más de 100 molinos harineros operaban al final del siglo XIX (CARDOZO, 1965).

La reorganización del sistema agrario andino se llevó a cabo, entonces, a partir de

una trama de fincas familiares, centros poblados y rutas de comercialización, alrededor del café del piso medio y secundariamente del trigo y la papa del piso alto. La ganadería mayor, en cambio, fue de poca importancia, pues la carne llegaba por caminos montañosos de los llanos occidentales de Venezuela y los llanos orientales de Colombia. El sistema agrario regional entró en una prolongada fase de regresión territorial con el derrumbe de la economía cafetalera, hasta principios de los años setenta, cuando el Estado institucionalizó el proceso de modernización agraria de los valles altos andinos. ↩

«Es sumamente ilustrativa la intensidad de cambios demográficos y paisajísticos de las ciudades del café. El ejemplo de San Cristóbal es indicativo al subir su población de 11.903 hab en 1873... a 16.797 hab en 1891 beneficiándose con el aumento de la producción cafetalera en su zona de influencia, en sitios como Rubio, que de 6.124 en 1873 sube a 12.229 en 1891. A comienzos de la década de 1880... San Cristóbal ya concentraba un considerable número de profesionales como abogados, jurisconsultos, médicos, ingenieros... Los intereses de los comerciantes exportadores de café, representantes de consorcios alemanes, instalados a comienzos de la década de 1870, ya estaban consolidados.»

—PEDRO CUNILL GRAU, 2011: 81.

— DIVERSIFICACIÓN PRODUCTIVA DEL NORORIENTE

La masificación del consumo europeo y norteamericano de cacao (ofertas en polvo, tabletas, barras) repercutió en la producción y exportación nacional de la almendra. Las exportaciones aumentaron de 9 a 18 mil toneladas entre 1897 y 1930, la mayor parte de la península de Paria, cuya producción promediaba poco más del 40 por ciento del volumen nacional. El resto procedía de cacaotales mirandinos, aragüeños y sur-lacustres trabajados por peones, mayoritariamente negros libres y mestizos negroides. El cacao representó casi toda la exportación embarcada por el puerto marítimo de Carúpano, donde los comerciantes corsos controlaban más del 80 por ciento de la producción destinada al mercado francés, un caso de oligopsonio casi perfecto (RANGEL, 1974).

Al igual que la economía cafetalera andina, pero a menor escala económica, la producción regional de cacao accedió a capitales externos, corsos e italianos, además a una amplia oferta de tierras y mano de obra campesina. Junto al cultivo de cacao, la producción familiar también comprendió el café del área montañosa de Caripe, la caña de azúcar y el tabaco del valle de Cumanacoa y secundariamente la ganadería de Unare y los llanos orientales, rubros que desplazaron la importante saladura histórica de pescado y carnes. El poblamiento rural de Paria fue trascendente a partir de los puertos de Carúpano y Río Caribe, con fuerza de trabajo mestiza local y negroide de Trinidad (CUNILL GRAU, 2002).

Salvo los muy cortos tramos ferroviarios de las minas de hulla de Naricual y asfalto de Guanoco, la carencia de líneas férreas y carreteras transitables fue notoria, convirtiéndose las recuas en el único medio de arrimar la producción a los centros de acopio. En estas poblaciones los dueños de almacenes eran generalmente los intermediarios entre productores y casas exportadoras. Las cargas de café descendían por caminos montañosos hasta llegar al pequeño puerto de Muelle de Cariaco y desde aquí por vía marítima a los puertos de Cumaná o La Guaira, a diferencia de la producción cacaotera que transitaba el camino costero hacia Carúpano, primer puerto nororiental.

Los cortos enlaces dendríticos tramaron el sistema agrario del *hinterland* carupanero (Guiría, Irapa, Yaguaraparo, Tunapuy, Río Caribe), que además incluía las áreas cañeras y tabacaleras del interior del estado Sucre. Carúpano se conectaba con Europa por el cable submarino de La Guaira y disponía de tranvías eléctricos, sistemas de telégrafos, teléfonos, electricidad y destilerías de rones de alta calidad internacional (ARIAS MATA, 1992). La ciudad contaba con 25.600 habitantes y Cumaná y Barcelona alrededor de los 20.000 habitantes en 1926.

La economía familiar exportadora y el activo comercio de las pequeñas ciudades —complementados con la pesca de los golfos de Paria y Cariaco y ganadería de las sabanas secas— fueron las claves del sistema agrario diversificado nororiental. Similar a lo

acontecido en los Andes, la crisis de precios afectó la exportación de cacao y café, pero fue una oportunidad para las casas comerciales y prestamistas urbanos, quienes a través de compra barata, remate o ejecución de hipotecas, adquirieron numerosas propiedades campesinas.

La caída internacional de los precios y los efectos de «succión» de la recién

estrenada economía petrolera desestructuraron el sistema agrario. Cerrada la agro-exportación, las fincas se mantuvieron estancadas, sin mayores perspectivas en el mercado interno. La economía petrolera de los estados Anzoátegui y Monagas, el turismo y la pesca de Sucre y Nueva Esparta, contribuyeron posteriormente a reactivar la economía regional. ↪

— HACIENDAS-TRAPICHE E INGENIOS DEL TURBIO-YARACUY

En la literatura agraria venezolana algunas veces los términos «trapiche» e «ingenio» se emplean para designar indistintamente molinos o haciendas de caña. No obstante, los trapiches se refieren usualmente a molindas rudimentarias con energía animal o hidráulica y los ingenios a molindas con energía a vapor e instalaciones conexas. La hacienda-trapiche ha pasado a denominar la unidad de producción tradicional que integra todo el proceso productivo, desde las fases primarias del cultivo hasta la molienda y elaboración de papelón, aguardiente y azúcar (BANKO, 2009).

En los comienzos del siglo xx, algunas haciendas cañeras evolucionaron a ingenios azucareros con la adopción de innovaciones antillanas, sobre todo semillas rendidoras, operaciones mecánicas y energía a vapor. La producción de azúcar refinada se circunscribió a los primeros centrales, el Tacarigua (estado Carabobo) en 1914 y el central Venezuela (estado Zulia) en 1916. Las innovaciones tecnológicas aumentaron las escasas exportaciones, cercadas por los grandes monopolios del Caribe y la expansión de la remolacha azucarera en Europa.

La reorganización del sistema cañero de la depresión centro-occidental, anclado en el triángulo Barquisimeto-Carora-El Tocuyo, cristalizó en una especie de «hacienda-trapiche-mejorada», una factoría mejor organizada que el trapiche colonial, dotada de riego controlado por inundación, fuerza hidráulica para molienda, trenes paileros mejor constituidos para cocción del jugo y una planta permanente de trabajadores semi-especializados (sembradores, acarreadores, trapicheros, paileros y empacadores).

Una vez extinguida la pequeña producción cacaotera del valle del Yaracuy, la subregión se incorporó a la economía cañera y, de este modo, las principales haciendas del Turbio-Yaracuy se transformaron en ingenios azucareros en la segunda década del siglo xx, aprovechando la demanda del centro norte y una exportación coyuntural de azúcar moscabada. Economía azucarera, ganadería y comercio regional asistieron al incremento demográfico y económico de Barquisimeto y su *hinterland*. La población barquisimetana aumentó de 15.000 habitantes en 1873 a 23.000 al final del siglo, la de San Felipe de

6.300 a 11.700 y la del Tocuyo de 13.500 a 16.700 habitantes.

Barquisimeto alcanzó los 35.600 habitantes en el censo de 1926, emergiendo como la principal ciudad de la región centro occidental, y el estado Lara se situó entre los tres primeros productores de caña de azúcar, tanto en molienda como en super-

ficie cultivada (PEÑALVER, 1994). El aumento de la demanda interna y la tradición cañicultora serán los principales estímulos para la instalación de la red de centrales azucareros en la región. En 1946, se fundó el central Matilde en Chivacoa, estado Yaracuy, luego otros muy importantes durante los años cincuenta. ↵

— GANADERÍA DE CEBA DE LOS LLANOS ALTOS CENTRALES

La cercanía a los mercados del centro norte y la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935) reanimaron la ganadería de ceba en los llanos altos centrales. La propia «vocación» ganadera del dictador lo llevó a poseer unos 30 hatos y controlar el mercado nacional de la carne. Bajo su mandato la empresa *Lacanshire Trust Company Investment*, llamada Compañía Inglesa, dominó las principales operaciones del circuito cría-levante-ceba-beneficio en los llanos: hatos de cría en Apure, levante en hatos de Guárico-Cojedes, ceba en Aragua-Carabobo, beneficio y exportación en Puerto Cabello (CARVALLO, 1985).

La I Guerra Mundial (1914-1918) agilizó la producción pecuaria, respaldada por el dictador y la Compañía Inglesa, los mayores latifundistas de los llanos. Los ganaderos aprovecharon el canal de exportación de la *Venezuelan Meat Export Company*, filial de la Compañía Inglesa, primera congeladora de carne instalada en Puerto Cabello en 1910. Las exportaciones de cueros, ganado en pie y carne congelada subieron de dos millones de bolívares en 1910 a casi nueve millones en 1920. El movimiento

ascendente respondió básicamente a la ganadería del estado Guárico, cuyo rebaño pasó de 13,7 a 17,5 por ciento del total nacional entre 1924 y 1937, el más numeroso de los estados llaneros (BRICEÑO DE BERMÚDEZ, 1981: 241). Luego comenzó el descenso de la economía ganadera hasta el medio millón de bolívares en 1935, por los bajos precios internacionales.

El hatero de llanos bajos halló en las sabanas altas centrales la antesala al mercado del centro norte, un recorrido de raigambre colonial. Incluso la demanda de carne redujo el sacrificio de reses para cueros y sebos y alentó la venta de ganado en pie. El comercio implicaba trasladar el rebaño a los hatos de ceba dos veces por año, en «entrada de lluvias» —mayo a julio— y en «bajada de aguas» —noviembre a enero— para evitar caminos anegados en la época lluviosa o pérdidas de peso durante la sequía. Los terratenientes adquirirían el ganado flaco a bajo precio y, una vez restablecido, era conducido a Cagua, estación del ferrocarril que transportaba la carga a Maracay o Valencia, principales centros de beneficio de la región.

Carne, quesos y cueros reactivaron la actividad comercial de Tinaco, San Carlos, Calabozo, Villa de Cura, Zaraza, Valle de la Pascua, El Sombrero, poblaciones que fluctuaban entre 10.000 y 15.000 habitantes a principios del nuevo siglo. Hacendados y comerciantes locales desarrollaron relaciones de mercado de mayor alcance que

los hateros tradicionales, particularmente los ganaderos del área de Calabozo, polo económico de los llanos altos. Esta ciudad perdió centralidad cuando se mejoró la carretera San Fernando de Apure-Villa de Cura y la capital del estado Guárico fue trasladada a San Juan de los Morros. ↵

— ESTANCAMIENTO GANADERO DE LOS LLANOS BAJOS

La ganadería de los llanos bajos se repuso lentamente a razón del cuadro de limitaciones que arrastraba desde tiempos coloniales: largas distancias, aislamiento geográfico, baja densidad demográfica, penurias ambientales y apropiación de excedentes por ganaderos y comerciantes del eje norte llanero. En las primeras décadas del siglo xx casi la mitad del rebaño nacional se encontraba en los llanos bajos, lo que ofrece una idea de las prácticas atrasadas de la ganadería nacional de la época.

Distancia, dispersión y clima fueron los factores más adversos al desarrollo de la geografía ganadera. En la «bajada de aguas» personas, mercancías y ganado de las sabanas apureñas transitaban la ruta San Fernando-Calabozo por caminos de recuas y carretas tiradas por mulas o bueyes en viajes ida y vuelta hasta de tres semanas. La

escasa exportación seguía el curso fluvial Apure-Orinoco en vapores y goletas entre San Fernando y Ciudad Bolívar. La comercialización mejoró poco después con la nueva infraestructura vial y la aparición del transporte refrigerado de carne.

Entrado el siglo xx la ganadería de los llanos bajos de Apure, Guárico y Portuguesa seguía asociada a baja densidad demográfica en extensas sabanas, débiles circuitos comerciales e incluso a la antigua tríada terrateniente-peón-veguero. Los pocos centros poblados no superaban los 5.000 habitantes, con poca vinculación entre sí y más frecuentes con los llanos altos. San Fernando de Apure, «capital del llano bajo» apenas superaba los 5.000 habitantes y conservaba su relación comercial con Ciudad Bolívar (aproximadamente 13.000 habitantes), principal puerto de los productos acarreados por los ríos llaneros. ↵



«Son cuatro siglos durante los cuales la organización del hato sufrió escasas modificaciones en sus elementos esenciales, es decir, en las formas de tenencia de la tierra y en las de apropiación de los ganados, mediante una particular organización de los trabajos. Esta continuidad obedeció, en buena medida, al hecho de que el hato se cimentó sobre unas formas de criar o de permitir que se criaran rebaños en plena libertad en un medio físico que, si bien era propicio en la reproducción del ganado, resultaba sumamente hostil a la modificación por la acción del hombre.»

—GASTÓN CARVALLO, 1985: 119.

— REGRESIÓN DE LOS LLANOS ALTOS OCCIDENTALES

Los otrora florecientes llanos altos occidentales no pudieron salir del atraso causado por las guerras y epidemias palúdicas del siglo XIX. Por una parte, sin mercado de exportación para sus productos tradicionales (tabaco y añil) y la competencia pecuaria de los llanos centrales y, por la otra, sin condiciones ecológicas para café, apenas en algunos lugares del piedemonte. El cacao estaba limitado por su descomposición en largos viajes a los puertos de Maracaibo o del centro norte. La economía regional se orientó a la cría extensiva de ganado vacuno, agricultura de autoconsumo y comercio local.

En 1910 el rebaño llanero centro occidental reunía aproximadamente un millón de cabezas, pero el estado Zamora (Barinas) solo el nueve por ciento y Portuguesa apenas el tres por ciento de ese total en hatos extensivos (>10.000 hectáreas) de pocos propietarios y pocas reses (BRICEÑO DE BERMÚDEZ, *ob. cit.*: 101). El camino El Baúl-Tinaco era la principal ruta del disminuido comercio con los mercados del centro norte. Otras

rutas más complicadas y menos transitadas remontaban la cordillera andina o seguían los cursos fluviales hacia Ciudad Bolívar. El retroceso agrario afectó el contingente demográfico regional, tanto que la población conjunta de Barinas y Portuguesa descendió de 140.000 habitantes en 1873 a 116.000 en 1926, y la mayoría de las principales ciudades disminuyeron a menos de 5.000 habitantes (IZARD, 1970).

Sintetizando, la región había perdido las principales anclas de su territorialidad histórica. Precaria demografía, producción agrícola deprimida —salvo el inestable comercio pecuario— y caminos poco transitados, eran signos de la desterritorialización padecida durante el siglo XIX. Siguiendo el estudio retrospectivo de VEILLÓN (1976), presumimos que la cobertura boscosa invadía hatos y haciendas deterioradas o abandonadas. La regresión se alargará hasta mediados del siglo XX, cuando la región inició su transformación geoeconómica impulsada por la renta petrolera. ↩

5.4. / SÍNTESIS DE CAMBIOS Y PERMANENCIAS

La [LAM. 27] sintetiza las principales modificaciones de los sistemas agrarios a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. En líneas generales resalta la desigual dinámica de la trama productiva, demográfica y comercial, desde la importante concentración del centro norte costero, hasta la involución territorial de los llanos altos occidentales.

La sobreproducción mundial de café (aportes de Brasil, Colombia, Costa Rica), obsolescencia de los sistemas productivos y la crisis mundial de 1929-30, afectaron la economía agro-exportadora. Superar la crisis suponía aumentar la producción para compensar la caída de los precios del fruto, un difícil esfuerzo en vista de las limitaciones para incrementar los rendimientos o la superficie cultivada. Al mismo tiempo la expansión comercial petrolera, después de los «primeros pasos» exploratorios en occidente y oriente durante la primera década del siglo XX (ARNOLD, *et al*, 2008), ejercerá una profunda influencia en la economía nacional. El ocaso agro-exportador y los efectos de succión de la nueva industria, determinarán otra fase en el curso histórico de la sociedad y la geografía de Venezuela desde la tercera década del siglo XX. ↵

SISTEMAS AGRARIOS

Reforzamiento hacendal del centro norte

Desarrollo cafetalero familiar de los Andes

Diversificación productiva del nororiente

Haciendas-trapiche e ingenios del Turbio-Yaracuy

Ganadería de ceba de los llanos altos centrales

Estancamiento ganadero de los llanos bajos

Regresión de los llanos altos occidentales

COMPONENTES TERRITORIALES

Modernización incipiente de haciendas y expansión de economías campesinas. Núcleos de exportación-importación en La Guaira y Puerto Cabello. Instalación de tramos ferrocarrileros asociados a capitales europeos. Intercambios comerciales con llanos altos centrales y depresión Turbio-Yaracuy. Fortalecimiento del sistema de asentamientos del hinterland de Caracas.

Sistema familiar encestado en el circuito agro-exportador andino-zuliano, vinculado a fincas trigueras-paperas y molinos harineros de valles altos. Red consolidada de asentamientos en valles y laderas del piso templado y estancamiento de núcleos parameros. San Cristóbal, capital cafetalera de los Andes.

Pequeñas y medianas haciendas de cacao en Paria, caña de azúcar y tabaco en Cumanacoa, café en Caripe. Actividad exportadora de Carúpano y Cumaná. Intercambios regionales con llanos orientales y depresión de Unare. Ampliación de los ejes de poblamiento costero de Paria y núcleos poblados del macizo montañoso.

Azúcar, papelón, melaza, aguardiente, comercializados con los Andes trujillanos, serranías falconianas y costas de Golfo Triste. Crecimiento demográfico del triángulo Barquisimeto-Tocuyo-Carora y poblados del valle del Yaracuy. Emergencia agroeconómica y demográfica de Barquisimeto.

Mejoramiento del patrón tecnológico de hatos de ceba. Exportación de carne vía Puerto Cabello y fuertes conexiones comerciales con ciudades del centro norte. Desarrollo del eje de poblamiento norte llanero. Calabozo capital comercial del llano alto.

Hatos tradicionales: trashumancia de rebaños, conucos de hatos y vegas. Poblamiento disperso de sabana. Comercio por antiguas rutas fluviales del eje Apure-Orinoco hacia Ciudad Bolívar y vías camineras del eje norte llanero. San Fernando capital comercial del llano bajo.

Hatos extensivos deteriorados y precaria agricultura conuquera. Ausencia de agro-exportación. Escaso comercio ganadero con el centro norte. Declinación demográfica de los centros poblados sabaneros y de piedemonte. Deterioro de Barinas, antigua capital colonial.

[LAM. 27] LOS SISTEMAS AGRARIOS DE FINALES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.

FUENTE: elaboración propia con referencias citadas en el texto.

6

IMPACTO PETROLERO Y MODERNIZACIÓN AGRARIA

En la década 1920-1930 ocurre el solapamiento de dos tiempos económicos: un lento descenso agro-exportador y un vertiginoso ascenso petroexportador [LAM. 28]. Dos temporalidades resueltas cuando la renta petrolera asuma la hegemonía fiscal al final de la década (TRINCA, 2000). Los ingresos agro-mineros le proporcionaron a la larga dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935) recursos de inversión para obras de saneamiento ambiental, infraestructura agrícola, vialidad y la creación del Banco Agrícola y Pecuario, el Ministerio de Salubridad, Agricultura y Cría y el Instituto Técnico de Inmigración y Colonización. La carretera Trasandina, obra emblemática del régimen, comunicó internamente a la región andina mediante el tránsito automotor y la acercó tanto al centro del país como a la frontera colombiana. ↩



AÑOS	EXPORTACIONES AGRÍCOLAS	EXPORTACIONES PETROLERAS
1920	167	3
1922	122	16
1924	148	66
1926	149	247
1928	143	267
1930	128	634

[LAM. 28] VALOR DE LAS EXPORTACIONES DE VENEZUELA 1920-1930 (MM DE BOLÍVARES).

FUENTE: *Anuario Estadístico de Venezuela, 1955-1956.*

6.1. / EL CORTO TIEMPO DE LA TRANSICIÓN

La mayor parte de las medidas económicas del gomecismo se orientaron a modernizar la agricultura terrateniente, pero fueron débiles iniciativas frente a los impactos de la renta petrolera y la rémora latifundista, de la cual el dictador fue máximo representante. A la muerte de Gómez el inventario de bienes propios y de sus allegados incluía en fundos agropecuarios casi una tercera parte de la tierra agrícola de Venezuela (RODRÍGUEZ, 1983). Esa exagerada concentración de la tierra continuaba el latifundismo histórico colonial: tierras transferidas por la vía de haberes militares a generales de la Independencia, después a caudillos militares de la Federación, hasta su máximo apogeo con la dictadura de Gómez.

Después del gomecismo la «ideología SEP» (sanear, educar y poblar) intensificó la campaña anti-malaria, empresa que me-

jó notablemente la salud de la población y posibilitó la incorporación de tierras a la agricultura. El tímido proceso de modernización agrícola pre-petrolero se reiniciaba con la idea de rescatar la agricultura de exportación, un proyecto inviable en el nuevo contexto socioeconómico del país. Aunque haciendas y casas comerciales habían reducido sus actividades en materia agrícola, se le abrieron oportunidades a la agricultura doméstica con la demanda urbana y de las poblaciones petroleras, unas 80 comunidades, la mayoría en los estados Zulia, Falcón, Anzoátegui y Monagas. De manera que durante las cuatro primeras décadas del siglo xx hubo un incremento de la agricultura familiar de legumbres, hortalizas, frutas, leguminosas y cereales.

En la búsqueda de rehabilitar el medio agrario se ensayaron diversas iniciati-

vas: comunidades agrarias organizadas por la Corporación Venezolana de Fomento (1946), frustradas leyes agrarias de 1945 y 1948, el Plan Rockefeller (1947), colonias agrícolas del Instituto Agrario Nacional (1949), sin que pudieran frenar la emigración rural (ROJAS LÓPEZ, 2014). La demanda de hidrocarburos aumentó rápidamente al finalizar la II Guerra Mundial y Venezuela ocupó el primer lugar entre los países exportadores y el tercero entre los productores.

La trilogía demanda internacional, compañías petroleras y concesiones estatales completaron la verdadera articulación orgánica del país al capitalismo mundial, en virtud de la alta repercusión del crudo en la estructura industrial de los países centrales. La emigración rural hacia las ciudades seguía su curso y la población residente en ciudades mayores a 10.000 habitantes subió a 36 por ciento en 1950 (LÓPEZ, 1962). El país emprendía el camino de la urbanización, sin abandonar la antigua matriz lati-minifundista. ↵

6.2. / ACELERACIÓN DE LOS CAMBIOS

El Estado —dueño de los yacimientos y receptor de la renta— comenzó a recibir sustanciales ingresos, desatándose una onda modernizadora bajo la consigna de «sembrar el petróleo». Había llegado el tiempo de integrar efectivamente las «Tres Venecuelas» humboldtianas con la construcción de infraestructuras, propuesta central de la «dictadura progresista» de Marcos Pérez Jiménez (1948-1958).

La estelar participación del Estado se dejó sentir en la dimensión territorial de la modernización con la creación de industrias básicas, programas de saneamiento ambiental y médico-sanitario, agricultura empresarial y agroindustrias, transporte y carreteras, colonización de tierras y sistemas de riego, acciones que también perfilarán la pronta diferenciación entre productores empresariales, medianos y campesinos. Al finalizar la década la modernización del parque industrial era

una realidad en las ramas agroalimentarias, licoreras, cementeras y textiles (CASTILLO, 1985).

Es importante puntualizar el crecimiento demográfico, dado que en el período 1950-1961 la tasa de crecimiento natural se ubicó entre las más altas del mundo —3,7 por ciento— producto principalmente de la reducción en la mortalidad. Los beneficios del saneamiento ambiental y las mejoras del sistema de salud elevaron la población a casi los ocho millones, a lo que también contribuyó una inmigración europea abierta.

La mitad de la población ya residía en ciudades de más de 20.000 habitantes, evidencia, sin duda, de la plena marcha del éxodo rural [LAM. 29]. En efecto, los coeficientes de movilidad espacial dieron un salto de 14 a 22 por ciento entre 1941 y 1961, casi triplicado en las dos décadas (LÓPEZ, 1968). De esta forma, la expansión petrolera se reflejaba

AÑOS	N° DE CENTROS	POBLACIÓN (%)
1936	9	15,9
1941	9	18,1
1950	20	33,0
1961	36	48,3
1971	50	60,3

[LAM. 29] CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN EN CIUDADES DE 20.000 Y MÁS HABITANTES (%). 1936-1971.

FUENTE: FOSSI, 1995: 473.

en el crecimiento demográfico, la concentración urbana y el reforzamiento de la desigual distribución geográfica del poblamiento.

Por otra parte, los viejos tramos ferrocarrileros, redes fluvio-lacustres y caminos de recuas no se adaptaban a la difusión espacial del capitalismo petrolero. Combustibles baratos, transporte automotor, empresas cementeras y líneas aéreas, elevaron los flujos de tráfico de bienes y personas. La

nueva vialidad superó los escasos 2.800 km de carreteras no pavimentadas que existían en los años treinta [LAM. 30] sobrepasando los 30.000 km en 1958, particularmente en el centro norte y los estados petroleros de Zulia y Anzoátegui [LAM. 31]. La densificación de la red vial acercó los espacios agrícolas a los centros de transformación y consumo, mayormente localizados en la región centro norte costera.

SUPERFICIE DE RODAMIENTO	LONGITUD	
	KM	%
Pavimento	6.264,6	19,2
Granzón	10.093,8	30,9
Tierra	8.565,3	26,2
Camino carretero	7.734,1	23,7
Total	32.657,8	100

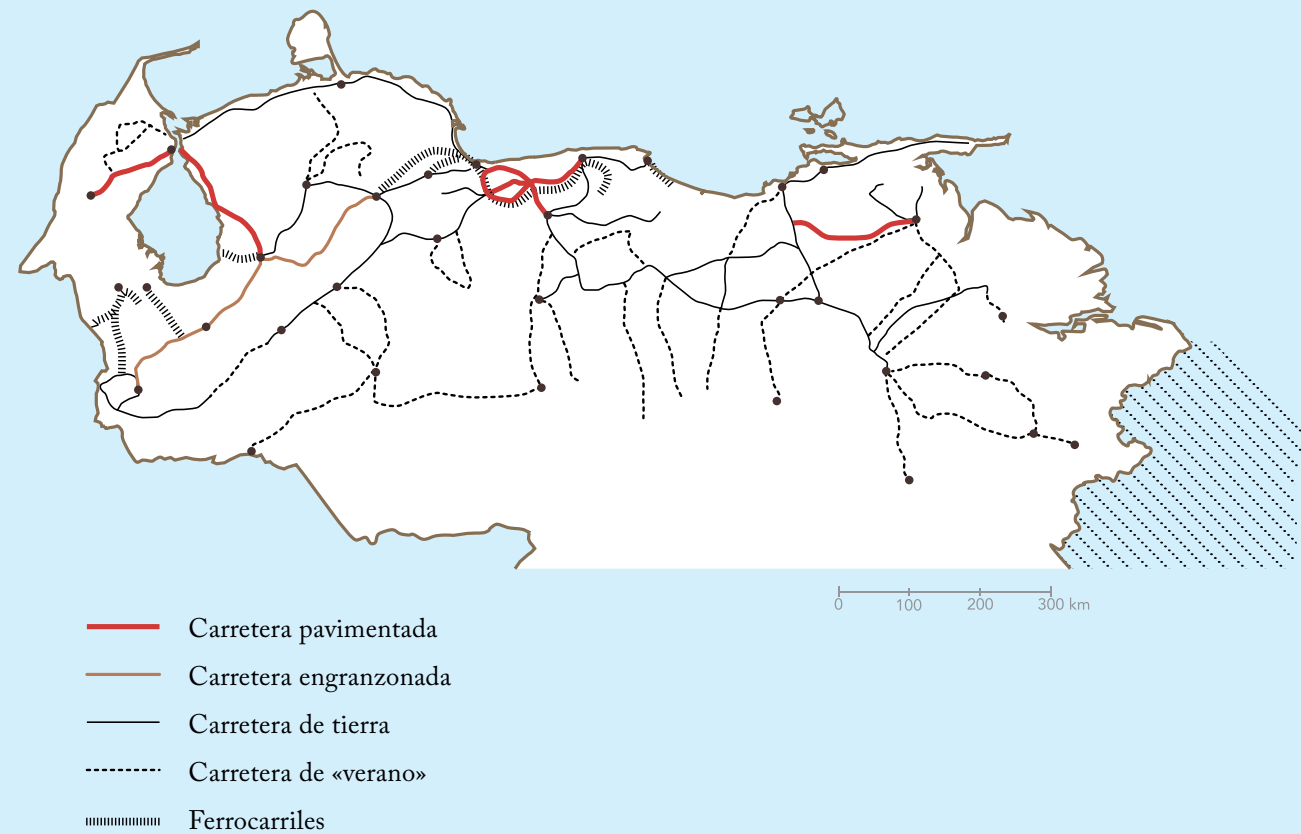
[LAM. 30] VENEZUELA. RED DE CARRETERAS. 1958.

FUENTE: *Atlas Agrícola de Venezuela*, 1960.



«La coexistencia de estos tres países dentro de un solo marco geográfico es una de las claves fundamentales para el destino de la nación venezolana. Unificar y equilibrar desde el punto de vista de la geografía humana todo nuestro territorio, es la empresa más vital y perentoria de las generaciones presentes.»

—ARTURO USLAR PIETRI, 1960: 62 (Tercera edición).



[LAM. 31] VENEZUELA. RED DE CARRETERAS. 1947.

FUENTE: *Atlas de Venezuela*, 1979: 269.

«Desde que la explotación petrolera se introdujo con visos de verdadero asalto sobre aquella Venezuela rural y parsimoniosa de las primeras décadas de este siglo, comenzose a producir una de las más violentas distorsiones —sin exageración— de orden económico-social que recuerde la historia del país... Nuestros habitantes han venido desde entonces sumándose cada vez en mayor número a la categoría de la población llamada urbana.»

—JOSÉ ELISEO LÓPEZ, 1968: 79.



La celeridad de los cambios socio-económicos y espaciales acrecentó el mercado interno y la demanda de alimentos y materias primas de origen agrícola, bajo las directrices de la nueva política de sustitución de importaciones. Las acciones estatales se dirigieron a promover una capa importante de medianos y pequeños productores empresariales, apoyar la política de industrialización substitutiva e integrar espacialmente el mercado nacional.

Esos cambios disipaban la definición territorial de algunos sistemas agrarios de la etapa pre-petrolera e introducían nuevos sistemas productivos en las áreas de mayores ventajas comparativas locacionales o ecológicas. Las modificaciones, inducidas por la modernización tecnológica, al mismo tiempo expresaban la diversidad agro-productiva de la época, finales de los años cincuenta, cuando arrancó a plenitud el modelo de sustitución de importaciones (RÍOS DE HERNÁNDEZ, 1988; VELÁZQUEZ, 2004; HERNÁNDEZ, 2010).

Las tradicionales haciendas agrícolas comenzaron a emplear insumos modernos importados e implementar formas de integración con la agroindustria, aunque todavía eran escasas las haciendas transformadas en unidades especializadas de rubros empresariales. La evolución de las haciendas cañeras fue particularmente rápida: a finales de los años cincuenta estaba instalada la red centro-occidental de centrales azucareros y los del sur del lago de Maracaibo, valles del Tuy y la región andina. La tríada «trapiche-ingenio-central» marcaba, así, el rumbo modernizador de la historia azucarera venezolana.

Los valles del centro norte, núcleo agrario central desde tiempos coloniales, cedían espacio a la dinámica urbana e industrial de Caracas, La Victoria, Cagua, Maracay, Guacara y Valencia. Las granjas periurbanas de productos frescos, arrendadas por inmigrantes, introdujeron energía mecánica y agroquímicos, mientras las haciendas periurbanas se reconvertían a usos residenciales, dada la mayor rentabilidad del suelo en esas localizaciones. La toponimia de actuales urbanizaciones de clase media y alta (Los Chorros, Los Caobos, Altamira, La Floresta, Palos Grandes, Guataparó, El Viñedo...), es un signo de esos tiempos. En síntesis, las haciendas tradicionales tocaban a su fin por la pérdida de mercado externo, extinción del peonaje, adopción de insumos modernos, integración agroindustrial y avance del proceso de urbanización.

En los llanos altos occidentales el proyecto de agricultura mecanizada establecido en Turén (1949-50) con inmigrantes europeos y productores criollos, y la construcción de los sistemas de riego Río Guárico y Las Magajuas, apresuraron la difusión espacial de medianas explotaciones mecanizadas y agroindustrias cerealeras, aceiteras y textiles. Por otro lado, algunos hatos de ceiba de la región perdieron funcionalidad a causa del transporte refrigerado de carne de los llanos bajos, y otros se transformaron en haciendas semi-intensivas de cría, tomando ventaja de los pastos de piedemonte y la cercanía a los mercados del centro.

La cacaicultura andina y las fincas cacaoteras, cañeras y tabacaleras del nororiente permanecían estancadas debido a

«... la vía de sustitución por la forma de producción capitalista... fue muy localizada y tuvo una escasa proyección. Por otro lado, la transformación de la hacienda de acuerdo con la vía que denominamos de modificación, la cual se inició a finales de los años cuarenta, constituyó un proceso inducido por los cambios que ocurrían en el conjunto de la sociedad y, en particular, por el decisivo papel que pasó a cumplir el Estado en la conformación capitalista de la agricultura. En síntesis, como efecto de factores generados fuera de la hacienda desaparecieron las relaciones de producción de peonaje... al mismo tiempo que surgía una nueva estructura de relaciones de producción asalariadas y familiares funcionando en un contexto económico con su eje dinamizador representado por la agroindustria y el Estado.»

—JOSEFINA RÍOS DE HERNÁNDEZ, 1988:146-147.

emigración de la fuerza de trabajo, plagas y enfermedades, crisis de precios y retrasos tecnológicos. En los valles altos de la región andina, comenzaba a desarrollarse la horticultura y el moderno cultivo de papa, rubros que terminaron por desplazar la vieja agricultura campesina alto-andina, situándose como los principales renglones de la economía regional.

Los hatos de los llanos bajos centrales mejoraron lentamente sus rebaños con mestizaje cebuino, suplementos minerales, siembra de pastos y forrajes, acciones más demoradas en los llanos bajos suroccidentales, en vista de las distancias a los mercados y rasgos ecológicos más limitantes de la sabana inundable. Por lo contrario, en los pastizales sembrados del sur del lago de Maracaibo y piedemontes occidentales adquirirían fuerza las haciendas ganaderas de doble propósito, vinculadas a industrias lácteas y cárnicas.

Las fincas campesinas y conucos, regados fundamentalmente en laderas montañosas, piedemontes y áreas periféricas, se debatían entre tensiones de disolución y permanencia, puesto que dependían de actividades de autoconsumo y semi-comerciales. Energía humana, tecnología elemen-

tal, policultivos (granos, raíces, tubérculos, musáceas) y producción animal complementaria (aves y cerdos) solo arrojaban pocos excedentes comercializables. En cambio, las unidades campesinas ubicadas en los sistemas de riego y áreas de colonización agraria, se incorporaron a los circuitos de comercialización local y regional.

Los cambios agrarios más trascendentes desde la óptica geográfica están vinculados al intenso proceso de colonización de los llanos altos occidentales y el sur del lago de Maracaibo, tierras de frontera que serán ocupadas por migrantes andinos y colombianos. La migración desde los Andes a las «zonas bajas» invirtió el flujo de poblamiento de la época cafetalera. En efecto, el derrumbe agroeconómico, un campesinado empobrecido y la disponibilidad de tierras públicas en las planicies circundantes, desencadenaron un fuerte éxodo sobre todo en los pequeños asentamientos andinos (ROJAS LÓPEZ, 1978): flujos de mano de obra barata para la explotación forestal y agropecuaria de «las nuevas tierras.» Esos frentes colonizadores comenzarán a ser consolidados en la siguiente década por la reforma agraria decretada en 1960. ↵

«El modelo nacional contemporáneo, que ha dado forma a Venezuela y a su agricultura durante los últimos cuarenta años, ha sido comparado con un gran oleaje marino o «tsunami» ... una ola gigantesca causada por un maremoto... Metafóricamente hablando, el terremoto submarino fue la muerte de Gómez, con la cual —se ha repetido mucho— Venezuela entró en el siglo xx. La ola gigantesca puede imaginarse como la transformación creciente y cada vez más amplia que ha arrastrado consigo a este país y a su gente, durante las últimas cuatro décadas. Todavía queda por determinarse cuándo y sobre cuál costa se precipitará el «tsunami». »

—JUSTO AVILÁN y HEBERT EDER, 1986: 58.

6.3. / TERRITORIOS EMERGENTES DE FRONTERA

Los actores sociales y políticos del cambio nacional ocurrido en 1958, final de la dictadura perejimenista, diseñaron un programa de reforma agraria, uno de los temas básicos del nuevo proyecto nacional para redistribuir la tierra, aumentar la producción y modernizar la vida campesina. Si bien la industria petrolera y el crecimiento urbano habían reducido la influencia terrateniente, perduraba la precariedad campesina y la concentración de la propiedad en los estados llaneros. El último censo agropecuario (1950) señalaba una estructura agraria muy polarizada: las fincas menores a cinco hectáreas sumaban el 54 por ciento de las explotaciones, pero ocupaban el uno por ciento de la superficie censada, mientras las superiores a 2.500 hectáreas su-

maban menos del uno por ciento y ocupaban el 67 por ciento de la superficie.

Los llanos altos occidentales y el sur del lago de Maracaibo, fronteras abiertas de recursos (tierras baldías, disponibilidad de agua, bosques maderables, mano de obra) y áreas de presión campesina colonizadora, fueron privilegiados por la Ley de Reforma Agraria (1960). Altas inversiones del Estado se destinaron a obras de infraestructura y habilitación de tierras, a fin de organizar la masa campesina y materializar expectativas productivas de medianos y grandes productores llaneros y zulianos. Desde entonces, emergieron como principales espacios de la nueva territorialización agraria del país [LAM. 32]. ↩

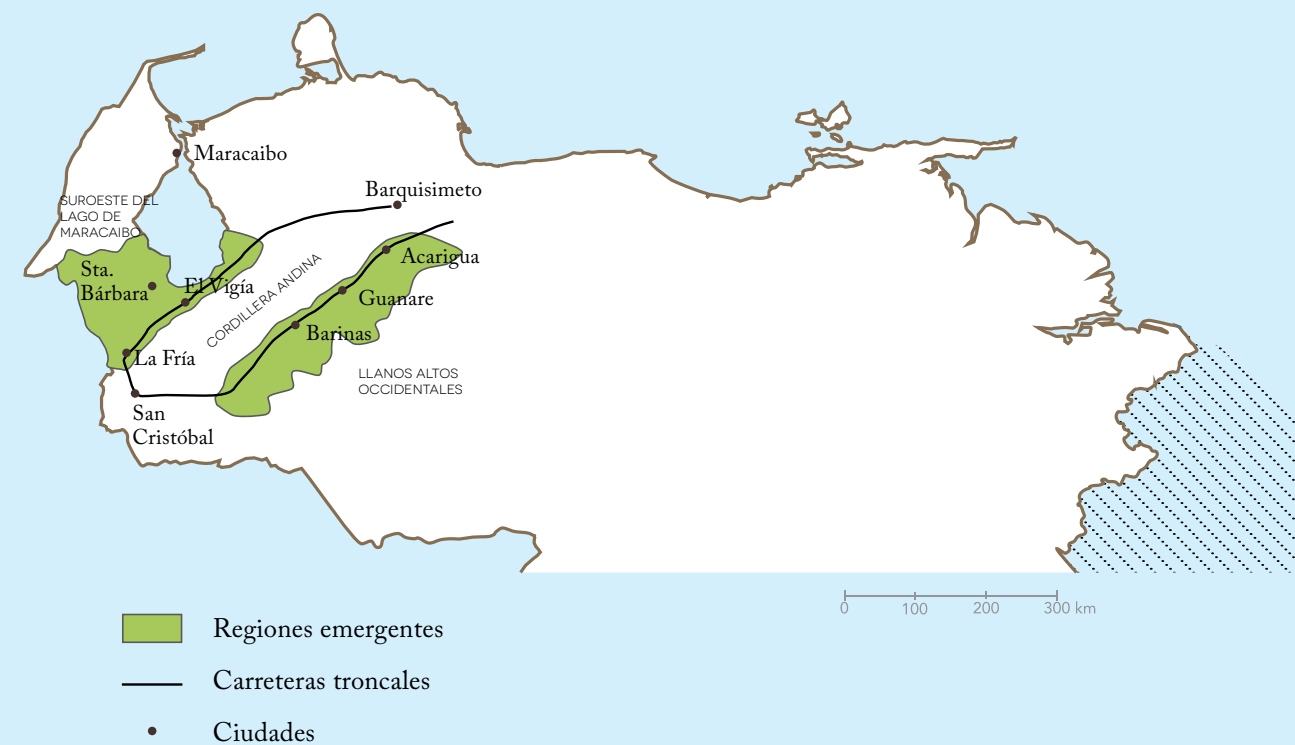
— LLANOS ALTOS OCCIDENTALES

Las inversiones llanero-occidentales apoyaron la pequeña y mediana producción —iniciada años antes en Turén (estado Portuguesa)— con los programas de saneamiento ambiental, planes cerealeros y aceiteros, asentamientos campesinos, sistemas de riego, subsidios agro-empresariales y mejoramiento vial. La construcción de la carretera troncal del piedemonte barinés abrió las tierras del suroeste al poblamiento, la producción forestal y ganadera y la comunicación con San Cristóbal y la frontera colombiana.

Las acciones del Estado fueron decisivas para impulsar la mayor fuerza moderni-

zadora de la agricultura venezolana, afiliada a una enérgica mecanización de tierras que devastó los bosques de Portuguesa. Las cuatro reservas forestales decretadas en la región entre 1950 y 1961 (Turén, Ticoporo, Caparo y San Camilo) no pudieron frenar la expansión de la frontera agrícola, dada la compleja dinámica socioeconómica implícita en la colonización agraria y las debilidades de control ambiental del Estado (ROJAS LÓPEZ, 1993; 2007c).

El modelo de mediana producción mecanizada junto a la ganadería de carne y la actividad agroindustrial apuntalaron el desarrollo económico regional, a diferencia



[LAM. 32] REGIONES EMERGENTES DE FRONTERA. 1971.
FUENTE: elaboración propia.

de los rubros tradicionales (leguminosas, raíces y tubérculos) que entraron en fases de estancamiento y declinación. En consecuencia, fue considerable el aumento de la población regional, la superficie cultivada y los pastos sembrados [LAM. 33 / 34].

El principal polo agro-comercial de la región ubicado en el par urbano de Acarigua-Araure, duplicó su población en la década 1950-1960, ya que subió de 21.800 a 43.000 habitantes, mientras la segunda ciudad, Barinas, pasaba de 8.600 a 25.700 habitantes. En resumen las ondas de poblamiento, producción y circulación reestructuraron el territorio de los llanos altos sub-húmedos de Portuguesa y los húmedos de Barinas. ↩

AÑOS	POBLACIÓN	CRECIMIENTO (%)	
		REGIÓN	VENEZUELA
1950	214.499	-	-
1961	363.619	69,5	49,4
1971	563.008	54,8	42,3

[LAM. 33] LLANOS ALTOS OCCIDENTALES. CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO. 1950-1971.

FUENTE: ROJAS LÓPEZ (1993), basado en censos generales de población.

SUPERFICIE (MILES has)	AÑOS			CRECIMIENTO (%)
	1950	1961	1971	
Cultivos anuales	70.5	174.6	346.2	391,1
Cultivos permanentes	39.3	53.0	60.0	52,7
Pastos cultivados	110.2	139.3	496.3	350,4
Total	220.0	366.9	902.5	310,2

[LAM. 34] LLANOS ALTOS OCCIDENTALES. SUPERFICIE CULTIVADA. 1950-1971.

FUENTE: ROJAS LÓPEZ (1993), basado en censos agropecuarios.

— SUR DEL LAGO DE MARACAIBO

A principios del siglo el sur-suroeste del lago de Maracaibo dependía económicamente de viejas y aisladas haciendas cañeras y ganaderas y dispersos conucos. Solo los tramos ferroviarios La Fría-Encontrados y Santa Bárbara-El Vigía animaban los puertos fluviales de Encontrados y Santa Bárbara, centros de transbordo de las cargas andinas hacia Maracaibo. La crisis cafetalera dislocó las operaciones fluviales, ferroviarias y lacustres y la región continuó sumida en el cuadro de insalubridad, mal drenaje y precaria conectividad espacial.

Las acciones del Estado, en especial la construcción de la carretera Panamericana (1954-1956), los programas de reforma agraria y las obras de drenaje de tierras, habilitaron el territorio y consolidaron la colonización. Gran parte de la cobertura boscosa fue sustituida por pastos para ganadería de doble propósito y cultivos comerciales de plátano y banano (VENTURINI, 1968). En ese proceso la industria láctea y los capitalizados ganaderos de Perijá promovieron las haciendas lecheras, de mayor rentabilidad y garantía de materia prima para la industria regional.

La carretera Panamericana fue determinante en el intenso incremento de los flujos internos de transporte y hacia las otras regiones del país y norte de Colombia, contribuyendo a los procesos regionales de poblamiento y producción. La región dejó de ser el «paisaje de recorrido» del siglo XIX para erigirse en una de las regiones agroeconómicas más dinámicas en la segunda mitad del siglo XX (BRICEÑO MONZÓN, 2009) [LAM. 35 / 36].

La expansión pecuaria y el poblamiento fueron los ejes de la transformación sur-lacustre. A lo largo de la carretera Panamericana se formó un extenso corredor demográfico liderado por la ciudad de El Vigía, cuya población aumentó de 1.600 a casi 41.000 habitantes entre 1950 y 1981, secundada por las ciudades de San Juan de Colón, La Fría, Santa Bárbara, Caja Seca-Nueva Bolivia y Sabana de Mendoza.

La emergencia de las tierras bajas occidentales atendía, de esta manera, a tres fuerzas de la reterritorialización regional: modernización tecnológica, reforma agraria y asociaciones de productores agropecuarios. Desaparecieron, en consecuencia, tanto el comercio fluvial llanero, como las transacciones portuarias sur-lacustres. En su lugar se desarrollaron los flujos espaciales por las carreteras troncales de los piedemontes andino-llanero y andino-lacustre.

Los llanos altos occidentales («granero» del país) y el sur del lago de Maracaibo («cuenca ganadera») ejemplifican las típicas configuraciones de nuevas territorialidades en áreas de expansión agrícola. Si bien la modernización fue el proceso dominante, su desigual influencia témporo-espacial explica también la desigual territorialización. Hacia los bordes regionales se observa menor densidad demográfica, redes precarias e inestabilidad productiva: una integración subordinada de la periferia a los «luminosos» centros agro-empresariales regionales. ↩

AÑOS	POBLACIÓN	CRECIMIENTO (%)	
		REGIÓN	VENEZUELA
1950	101.924	-	-
1961	157.823	54,8	49,4
1971	220.485	39,7	42,5

[LAM. 35] SUR DEL LAGO DE MARACAIBO. CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO. 1950-1971.

FUENTE: ZAMBRANO (1984), basado en censos nacionales de población.

AÑOS	TIERRAS CULTIVADAS	PASTIZALES	BOSQUES Y OTRAS TIERRAS
1950	12,5	42,5	45,0
1961	13,6	58,8	27,6
1971	21,4	57,6	21,0

[LAM. 36] SUR DEL LAGO DE MARACAIBO. USO DE LA TIERRA (%). 1950-1971.

FUENTE: TRINCA (1984), basado en censos agropecuarios.

6.4. / ASENTAMIENTOS DE LA REFORMA AGRARIA

La vertiente modernizadora de la reforma agraria generalmente se mira a partir de la incorporación de insumos y comercialización de rubros agroindustriales en los predios campesinos. La evaluación realizada en 1994, por ejemplo, evidenció que más del 30 por ciento de los campesinos reformados utilizaba insumos modernos y la gran mayoría comercializaba sus cosechas (QUEVEDO, 1995). También se puede considerar ese proceso mediante una exploración de los intentos reformistas por fundar comunidades territorializadas, un tema apreciado en la planeación agraria, por cuanto refuerza el espíritu comunitario, la identificación de las comunidades con su territorio, la organización de los entornos agrícolas y porque abarata los costos de instalación de las redes de servicios básicos.

En efecto, el Instituto Agrario Nacional (IAN) consagró dos tipos de dotaciones de tierras, individuales y colectivas. Los beneficiarios colectivos, en cualquier caso, o individuales cuando lo solicitaran expresamente, serían organizados en centros agrarios de 500 o más hectáreas. El modelo Turén probablemente influyó en la inclusión de los centros agrarios en la Ley de Reforma Agraria (PALMA LABASTIDA, 1985). Un grupo de agraristas los entendió como organizaciones de productores en una misma localización, sin fines de lucro, con la finalidad de vida comunitaria y desarrollo de empresas agrarias (DI NATALE, 1974). Otros, como organizaciones campesinas adscritas al IAN con propósitos de explotación de la

tierra y formación de un tejido socioeconómico y cultural de carácter asociativo (SOTO, TI, 2006).

En cualquier caso, la idea directriz consistía en concentrar la población en asentamientos dotados con servicios de vivienda, vialidad, talleres de maquinarias y almacenes de insumos y cosechas, esto es, centros de prestación de servicios a las áreas de producción circundantes. La administración estaría a cargo de un comité de beneficiarios, asesorado técnicamente por funcionarios del IAN. Sin embargo, controversias políticas, dudas jurídico-administrativas, altos costos, fallas de planificación y dificultades de organización colectiva entorpecieron el verdadero desarrollo de los centros agrarios. En su lugar se implementó el programa de asentamientos campesinos emprendido por el IAN y la Dirección de Vivienda Rural del Ministerio de Sanidad.

El asentamiento campesino fue definido como un «...espacio geográfico-territorial donde beneficiarios de dotaciones desarrollan actividades productivas y sociales, entrelazadas a través de un Comité Campesino con la dirección administrativa del Instituto Agrario Nacional» (SOTO, *ibidem*: 120). Los casi 3.000 asentamientos que existían a mediados de los setenta, se redujeron a 1.680 en 1998. La diferencia se convirtió en centros precarios por agregación espontánea de beneficiarios y no beneficiarios de reforma agraria. Incluso aquellos localizados en la cercanía de grandes ciudades se fueron transformando en grandes barriadas o poblados rur-urbanos, como los del eje Turmero-Maracay en el estado Aragua.

La preocupación de la reforma agraria por el poblamiento concentrado y voluntario también contribuyó a la creación del *Programa Extraordinario de Aldeas Integrales* y al *Programa de Equipamiento y Consolidación de Pequeños Centros Poblados*, ambos en 1974, con fugaces ejecutorias, salvo la instalación de algunos servicios (ROJAS LÓPEZ, 2014). El poco éxito en la creación de modelos eficientes de organización socio-territorial de comunidades rurales puede atribuirse fundamentalmente al propio deterioro de la reforma agraria observado a finales de los años setenta.

La baja transferencia de tierras al Instituto Agrario Nacional, demoras en otorgamiento de títulos de propiedad, limitada rentabilidad de las parcelas, distorsiones de los canales de comercialización, escasa asistencia técnica, fraccionamiento o modernización de latifundios, entre otras causas directas, afectaron el desempeño de la reforma agraria. La deserción de beneficiarios y los «mercados de tierras» favorecieron a los medianos productores, cuya presión ante el IAN determinó soluciones precarias de tenencia de la tierra y derechos sobre las mejoras adquiridas a campesinos. ↵

6.5. / ÁREAS DE DESARROLLO RURAL INTEGRADO

A instancias de organismos internacionales (FAO, OEA, IICA), que insistían en la concentración y concertación de los esfuerzos de la reforma agraria en determinadas áreas geográficas, el Estado venezolano acogió la recomendación del desarrollo rural integrado (DRI), como estrategia para remozar y modernizar la reforma agraria: un desarrollo planificado y diferenciado en áreas de potencial agrícola comprobado. Uno de sus creadores señalaba su cometido estratégico:

... integrar todas las fases del proceso productivo, lo propiamente agrícola, la agroindustrial, la agrocomercial y la de agroservicios, o sea, integrar los distintos «sectores» de la economía a partir de lo agrícola; pero integrarlos dentro de estructuras participativas... (GIMÉNEZ LANDÍNEZ, 1980: 8).

El IAN, a finales de los setenta, decidió concentrar sus acciones en la consolidación de siete Áreas Rurales de Desarrollo Integrado (ARDI), cada una bajo la responsabilidad de una autoridad única de área: Cuenca del Unare, Sur del Lago de Maracaibo, Mesa de Guanipa, Uribante-Caparo, Guanare-Masparro, Planicie de Barlovento y Valles de Aroa. La planificación esperaba un cambio que combinara actividades agrícolas y rurales no agrícolas, eliminara la separación urbano-rural, potenciara lo agrario en el sistema local y articulara acciones locales con decisiones centrales.

Las ARDI lidiaron con obstáculos complejos que, a fin de cuentas, afectaron a la pequeña agricultura: altos volúmenes financieros para extensas regiones, patrones tecnológicos inadecuados, precaria red de

servicios, rechazo campesino a las organizaciones colectivas, ausencia de canales de participación social. La rígida planificación normativa, la escasa participación de los actores sociales y los desencuentros entre decisiones centralizadas y competencias de autoridades locales y regionales, también deben sumarse al conjunto de limitantes.

PORTOCARRERO (1985) señaló las dificultades para revertir al campesino el excedente esperado —contradicción entre acumulación de capital y fuerza de trabajo— y la poca atención prestada a la tenencia de la tierra, el crédito agrícola y la red socioeconómica de los productores. La concepción del desarrollo regional implícita en el modelo descuidó la intencionalidad social, un asunto previamente advertido por MIZRAHI (1982), es decir, que la diversidad de actores y procesos sociales no permitieran focalizar las acciones en sectores mayoritarios sujetos a

severas relaciones de subordinación económica y política.

Los proyectos DRI se ocuparon de la provisión de infraestructura, servicios, insumos y asistencia técnica, asumiendo que los pequeños agricultores se beneficiarían de los programas de inversión. De hecho, fueron los medianos productores los que más aprovecharon las inversiones en infraestructura y equipamiento territorial. Realmente aumentó la producción de la agricultura empresarial, pero los campesinos prácticamente quedaron al margen. En otras palabras, en las áreas-proyecto se amplió la brecha socioeconómica entre medianos productores y campesinos pobres. En el fondo, los proyectos estaban sumidos en el desgaste de la vocación reformista del Estado y la «desagrarización» de la sociedad petrolera. Por ello solo arrojaron magros resultados en la modernización agraria. ↵

6.6. / LOS AVANCES AGRO-EMPRESARIALES

Las transformaciones socioeconómicas del país, objetivos empresariales de las élites oficiales y económicas, decrecimiento de la población rural, «mercado de tierras» y fraccionamiento de los latifundios, hicieron perder espacio al «problema campesino» en la agenda de las políticas públicas. Si bien la concentración urbana era un hecho territorial relevante, la pérdida de fuerza expansiva de la industria petrolera había desplazado a la emigración rural como principal factor explicativo del crecimiento de las ciudades,

ahora determinado por su propio crecimiento vegetativo y el dinamismo del sector comercial y de servicios.

Las preocupaciones agraristas se trasladaron a los efectos proletaristas de la agricultura empresarial, el mal uso de los recursos físicos y financieros y la distorsión de los canales de comercialización, escollos estructurales del desarrollo rural (CASANOVA, GIMÉNEZ y SOTO, 1990). El desinterés que mostraba el Estado por la «vía campesina», aunado al explícito interés empresarial de las

élites, confluyeron en la misma ruta: seguir fortaleciendo los sistemas de producción por la «vía *farmer*» (RODRÍGUEZ ROJAS, 2013). Avanzaban al unísono modernización «petrorentista» y mediana producción agro-empresarial. La evolución de indicadores técnicos señala esa trayectoria, sobre todo con la tractorización agrícola, la siembra de pastos y la producción de alimentos concentrados para animales [LAM. 37].

Los volúmenes de producción aumentaron notablemente durante el período 1950-1970 con sustantivos aportes de los nuevos sistemas productivos. La producción vegetal se duplicó, la pecuaria aumentó más de tres veces y la tasa promedio anual de crecimiento agrícola —6,3 por ciento— fue

superior al resto de la economía. El consumo alimentario, gran responsable del aumento, era producto del crecimiento de la población en primer término, de los ingresos en segundo lugar y del efecto combinado de ambos en tercer lugar (PINTO COHÉN, 1995).

El extraordinario crecimiento obedecía, sin embargo, más a la expansión de la frontera agropecuaria, a expensas de la renta petrolera, que a los rendimientos físicos agrícolas y ganaderos, esto es a la intensidad del uso de la tierra (VENTURINI, 1978). En las siguientes décadas el país se vio envuelto en enmarañados complejos macroeconómicos, político-institucionales y petroleros, y un ritmo sinuoso del crecimiento económico en general y agrícola en particular. ↩

INDICADORES	1957-59	1967-69	1977-79
No. de tractores	12.000	16.000	26.631
Semillas certificadas*	-----	9,7	34,9
Fertilizantes*	14,3	46,2	206,5
Alimentos concentrados*	119,6	539,5	1.670,7
Superficie cosechada**	1.174	1.784	1.761
Pastos cultivados**	2.437	3.291	5.800

[LAM. 37] INDICADORES TÉCNICOS PROMEDIOS DE LA AGRICULTURA. 1957-1979.
FUENTE: PINTO COHÉN, 1995: 533. *Producción en miles de toneladas. **Miles de hectáreas.



AJUSTES Y REFORMAS RECIENTES EN LA AGRICULTURA

En el período 1984-1988 el gobierno reaccionó ante el primer gran tropiezo del modelo rentista: la brusca devaluación de la moneda en 1983 («viernes negro»). Un programa de ajuste macroeconómico de tipo «heterodoxo» acentuó la política de sustitución de importaciones en el sector empresarial. En materia agrícola perseguía recuperar la tendencia observada en décadas anteriores y asegurar el proceso agro-alimentario. La producción creció resueltamente pero al final el descenso de los precios del crudo, desequilibrios económicos y ánimos globalizados impidieron sostener el modelo proteccionista.

El siguiente período gubernamental (1989-1993) adoptó un programa de ajuste neoliberal tipo *shock*, cuyas medidas redujeron el crecimiento del sector agrícola y desataron convulsiones políticas. El modelo «ortodoxo» continuó con modificaciones durante la posterior administración (1994-1998) y luego fue eliminado al comienzo de la nueva década, cuando el nuevo gobierno retornó a la vía proteccionista, esta vez soportada por un aumento extraordinario de los precios petroleros, política que, en términos generales, se mantiene hasta hoy, pues son conspicuos los altibajos. ↪



7.1. / LAS DOS CARAS DEL «MILAGRO AGRÍCOLA»

La agricultura respondió a los estímulos de las políticas gubernamentales del período «heterodoxo», con fuertes subsidios a fertilizantes e importaciones de insumos, fijación de precios mínimos, financiamiento preferencial público y privado, servicios de apoyo, y restricciones importadoras. El producto interno bruto agrícola se elevó a un promedio anual del 5,3 por ciento, duplicando la tasa de crecimiento del período 1979-1983 (GUTIÉRREZ, 1995). El aumento de la inversión total en el sector fue de 15 veces: de 456,4 millones de bolívares en 1979-1983 a 6.920,8 millones en 1984-1988 (MINISTERIO DE AGRICULTURA Y CRÍA, 1988). De esta manera, la superficie cultivada arribó a su pico histórico de 2,3 millones de hectáreas en 1988.

La gama de sistemas agrícolas reconocida por AVILÁN y EDER (1986) refleja la matriz modernizadora que se había creado en la agricultura, asociada fundamentalmente a sistemas de cultivos mecanizados, ganadería vacuna intensiva, avicultura intensiva, fruticultura y horticultura comerciales. En los llanos altos centro-occidentales y la cuenca del lago de Maracaibo, las inversiones públicas y

privadas cumplieron su papel más destacado en la producción agrícola y pecuaria.

El «Milagro Agrícola», bautizado así por los medios de comunicación social y las agencias del gobierno, presentaba también otra cara, la de los desequilibrios económicos y sociales: productividad de baja a mediana, distorsión del gasto público, desestímulo a las exportaciones y a los rubros tropicales con ventajas comparativas (GUTIÉRREZ, 1988). Del mismo modo, la reforma agraria estaba en su ocaso y la población rural no se reactivaba, al igual que la producción de los clásicos rubros tradicionales. Al final de la década, la cobertura proteccionista no pudo sostenerse debido a los desajustes del entorno macroeconómico del país.

En resumidas cuentas, el costo financiero y social del crecimiento agrícola en un cuadro de precios petroleros en descenso y empujes de los mercados globales, inviabilizaron la continuación del «Milagro Agrícola». El modelo enfrentaba ahora un discurso que justificaba su substitución por otro que facilitara el tránsito de un agotado petrorentismo a una economía capitalista «normal o estándar». ↵

7.2. / AVATARES DE LA DÉCADA NEOLIBERAL

El nuevo gobierno (1989-1993) implantó un programa de corte neoliberal, bajo la consigna del *Gran Viraje*, auspiciado por los organismos multilaterales. El programa comprendía apertura comercial, liberación de precios, libre flotación cambiaria, estímulos a inversiones externas, reformas fiscales, comerciales y financieras, eliminación o reducción de subsidios, privatización de empresas y servicios y reestructuración de la administración pública. La reforma agrícola pretendía una agricultura eficiente, competitiva y abierta a los mercados.

La aplicación de estas medidas y la carga de necesidades sociales insatisfechas generaron un clima de incertidumbre y turbulencia política, incluyendo asonadas militares, que truncó las aspiraciones del nuevo modelo. En la esfera agrícola empresarial la subida de las tasas de cambio y de interés bancario incidió de manera particular, puesto que gran parte de los insumos procedían del exterior (maquinarias, agroquímicos, productos veterinarios, alimentos concentrados). El producto interno descendió a una tasa de 0,4 por ciento anual, mientras las importaciones agrícolas se elevaron en casi 50 por

ciento sobre los niveles de 1989. Sin embargo, algunos renglones tradicionales mantuvieron su nivel de producción y otros más competitivos lograron abrirse a los mercados de exportación (GUTIÉRREZ, 1997).

La siguiente conducción del país (1994-1998) fue arropada por una profunda crisis financiera, sin precedentes en la historia nacional, que arrastró las principales agencias del sistema bancario. La emergencia impuso medidas de control de precios y de cambio, al lado de algunas precedentes de ajuste neoliberal, puesto que Venezuela había ratificado su incorporación a la Organización Mundial de Comercio. Durante el bienio 1994-1995 estas circunstancias imposibilitaron formular estrategias claras y sostenidas para reimpulsar la economía. La agricultura pudo recuperarse levemente debido a ciertos factores coyunturales como recuperación moderada de los precios, descensos concertados en las tasas de interés y subsidios en algunos insumos.

En el trienio siguiente (1996-1998) se pone en marcha la *Agenda Venezuela*, un programa de ajustes macroeconómicos de segunda generación bajo las directrices del

FMI, BM y BID, centrado en cuatro programas estratégicos: estabilización macroeconómica, reforma institucional, transformación productiva y compensación social. En el ámbito productivo la política de competitividad enfatizó dos áreas: tejido industrial y grupos líderes de actividad (apertura petrolera, privatización de empresas, concesiones mineras y cadena forestal-papel-celulosa).

El desarrollo de la Agenda quedó a media marcha, pues el mayor interés del Estado se centró en el gigantesco plan de negocios de la empresa petrolera (PDVSA), implementado tanto por las mismas presiones globalizadoras como por la vertiginosa caída de los precios. Sin embargo, la agri-

cultura pudo salir del estancamiento, pues su aporte al producto interno bruto promedió 4,6 por ciento, similar al promedio de la década.

En resumen, algunos sistemas agrícolas pudieron tomar ventaja del período neoliberal, como la avicultura, que se integró a la industria procesadora de alimentos para animales. Otros adecuaron o adoptaron recursos locales, como la horticultura andina y la ganadería de los piedemontes occidentales, a diferencia de los sistemas de cereales y oleaginosas de los llanos altos. En general, los programas neoliberales enfrentaron enredadas situaciones, que impidieron alcanzar los objetivos de eficiencia y competitividad en la agricultura (ROJAS LÓPEZ, MOLINA, *et al.*, 2002). ↵

7.3. / EL FALLIDO MERCADO DE TIERRAS

El mercado de las tierras agrarias fue un tema poco debatido en la legislación agraria y económica de la nación. Los programas neoliberales lo traen a la mesa, bajo la necesidad de unos derechos de propiedad transparentes, garantía de transacciones económicas en condiciones de libre oferta y demanda. Dada la reducción o eliminación de subsidios y del financiamiento oficial a la agricultura, las multilaterales insistieron en la privatización de las tierras públicas. La propiedad de la tierra debía ser el principal activo de garantía hipotecaria para acceder al crédito agrícola y en tal sentido la Ley de Reforma Agraria representaba una traba para una agricultura abierta a los mercados.

La crítica de fondo de los agraristas tuvo eco en el Congreso Nacional. Argumentaban que en medio de una economía inflacionaria, asimétrica y muy poco competitiva, el mercado de tierras no beneficiaba a los pequeños productores. En otras palabras, significaba reducir el patrimonio del Estado y someter a los campesinos a un

juego desigual de transacciones mercantiles. En virtud de los compromisos multilaterales, el Ejecutivo Nacional designó una comisión para actualizar el marco legal de la Ley de Reforma Agraria (1960) y la Ley de Mercado Agrícola (1971).

El resultado fue la Ley Orgánica de Desarrollo Agrícola y Seguridad Alimentaria (1996) que, entre otras materias, creaba la posibilidad de privatizar tierras baldías o legalizar tierras de reforma agraria ocupadas mediante procesos formales de compra-venta. En lo sucesivo, entonces, podrían ser incorporadas a un mercado especulativo, excluyente de los productores campesinos, agravando la pobreza en el medio rural. Igualmente desde el sector agroindustrial las críticas se dirigieron a la intervención discrecional del Estado, restricciones al acceso a la importación de alimentos y regulaciones agroalimentarias. En síntesis, la ley no fue aprobada y el mercado formal de tierras públicas quedó como otra de las propuestas fallidas del proyecto modernizador neoliberal. ↵

8

HETEROGENEIDAD AGRÍCOLA EN EL PAÍS URBANO

Las variaciones socioeconómicas, político-institucionales y macroeconómicas de la segunda mitad del siglo xx, vinculadas a las oscilaciones de la renta petrolera, son difíciles de correlacionar directamente con la dinámica espacial, puesto que la organización territorial es una estructura durable cuya modificación no ocurre al mismo tiempo y con la misma velocidad que los cambios socioeconómicos. Al final del siglo, no obstante, presenciamos otro mapa del país, muy distinto al mapa agrario de principios de la centuria. Al norte del Orinoco, el mapa era predominantemente urbano, agro-empresarial y espacialmente conectado.

En ese itinerario de aproximadamente 50 años la agricultura se encaminó siguiendo tres trayectorias territoriales desiguales, responsables del mosaico agrícola que, con pocas variaciones, perdura hasta hoy: *a)* desarrollo de sistemas agrícolas tecnificados en los entornos metropolitanos, valles centro-occidentales, llanos altos y cuenca del lago de Maracaibo, *b)* modificación productiva de los sistemas tradicionales de piedemontes y áreas montañosas de occidente y nororiente y, *c)* persistencia de los sistemas históricos de llanos bajos y áreas periféricas costeras y montañosas. ↵



8.1. / URBANIZACIÓN E INTEGRACIÓN DEL TERRITORIO

En la transformación de la funcionalidad territorial sobresalen los grandes procesos de urbanización e integración física. En el primer caso, la urbanización del centro norte (corredor Caracas-Valencia-Puerto Cabello) y el denso poblamiento periférico minero-petrolero (Maracaibo-Costa Oriental del lago en occidente, Ciudad Guayana al sur, Barcelona-Puerto La Cruz-Guanta en el oriente) expresan la fuerte concentración de la población y la debilidad demográfica del medio rural. El 40 por ciento de los 24 millones de habitantes residía en ocho áreas metropolitanas, mientras la población rural no pasaba del 12 por ciento al final del siglo [LAM. 38].

En el segundo caso, la población no solo se aglomeraba a lo largo de ejes o conurbaciones, sino que también transitaba con mayor facilidad y menor tiempo por la red de carreteras que conectaba los mer-

cados regionales al norte del Orinoco. La instalación de redes terrestres, aéreas y de telecomunicaciones amplió el viejo patrón espacial centro norte, poco funcional a las exigencias de interacción del país urbano-petrolero. La red vial existente en 1958 de 32.600 km, la mayor parte no pavimentada, aumentó a casi 100.000 km, asfaltada en 35 por ciento [LAM. 39/40].

Concentración urbana e integración física del mercado, por un lado, y modernización agrícola y reducción de la población rural, por otro, desvencijaron sistemas históricos o modificaron sus estructuras productivas, al mismo tiempo que aseguraban el desarrollo de las nuevas agriculturas. De modo que la actual diversidad agrícola la entendemos como la resultante geográfica del impacto diferencial de la modernización en el legado agrario de la ocupación del territorio. ↩

8.2. / EL MOSAICO DE SISTEMAS AGRÍCOLAS

El mosaico de la agricultura reciente puede esquematizarse en tres grandes categorías tecno-económicas de sistemas agrícolas: modernos, tradicionales modificados e históricos (ROJAS LÓPEZ, 2008 A). Si bien es destacable la importancia agroalimentaria de los sistemas modernos, esa condición no los hace únicos o exclusivos, pues no se extinguió la secular diversidad de la agricultura [LAM. 41].

Los sistemas modernos por lo general ocupan las áreas de mayores ventajas

comparativas, mientras los sistemas tradicionales modificados se localizan en nuevas tierras o antiguos lugares y los históricos en sus tradicionales áreas de baja potencialidad o accesibilidad. Las estadísticas agrícolas oficiales sistematizadas por la *Confederación de Asociaciones de Productores Agropecuarios de Venezuela* (WWW.FEDEAGRO.COM), parecen suficientes para estimar las variaciones productivas de los sistemas agrícolas en los 12 años que distan de 1989 al 2001. ↩

ÁREAS METROPOLITANAS	POBLACIÓN
Caracas	2.888
Maracaibo	1.572
Valencia	1.366
Barquisimeto	1.030
Maracay	1.009
Ciudad Guayana	620
Barcelona-Puerto La Cruz	602
San Cristóbal	489

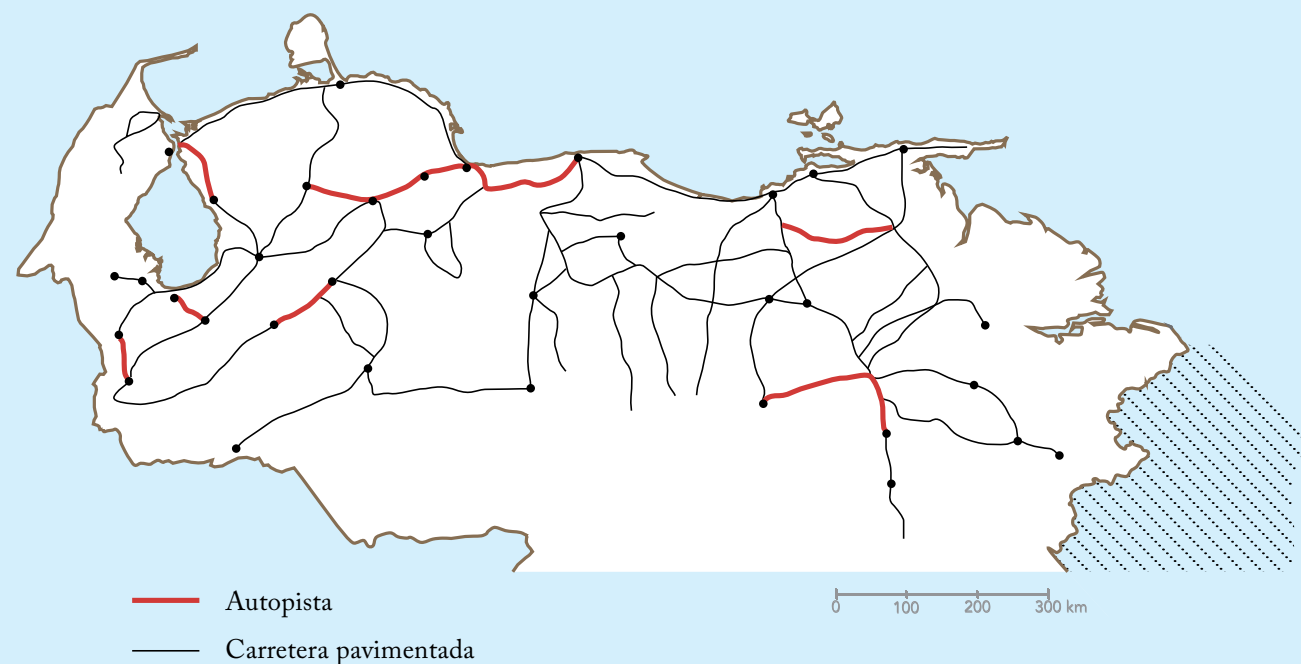
[LAM. 38] VENEZUELA. POBLACIÓN EN ÁREAS METROPOLITANAS. 2001 (MILES DE HAB.).

FUENTE: BARRIOS, 2008: 256-301.

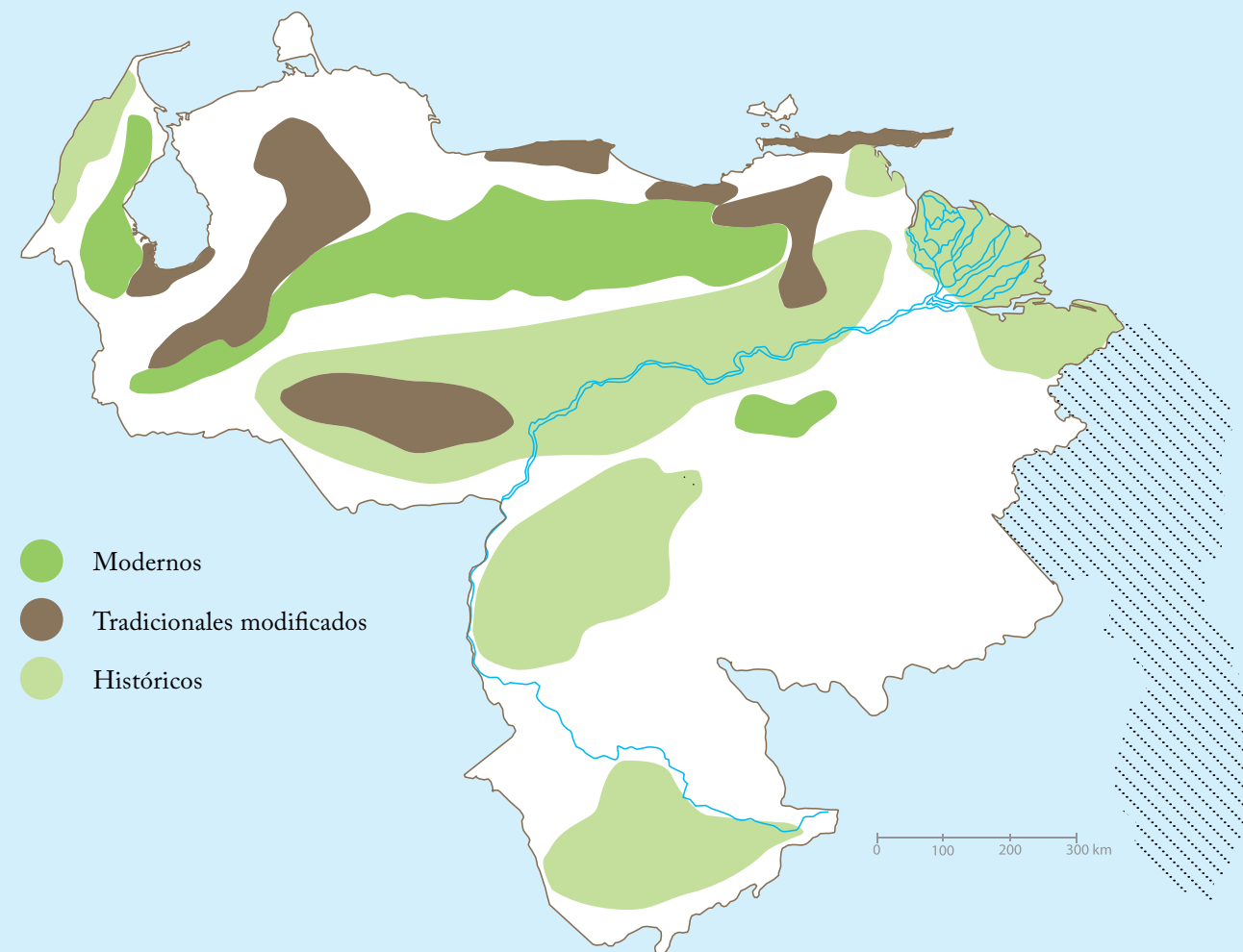
SUPERFICIE	TRONCALES	LOCALES	RAMALES	SUBRAMALES
Asfalto	10.287	9.558,8	10.259,9	4.776,5
Granzón	737,1	1.922,3	8.323,2	15.954,7
Tierra	962,5	1.433,7	6.521,8	24.791,5
Total	11.986,6	12.914,8	25.104,9	45.522,7

[LAM. 39] VENEZUELA. LONGITUD DE LA RED VIAL A FINALES DEL SIGLO XX (KM).

FUENTE: CORPORACIÓN ANDINA DE FOMENTO, 2006: 16.



[LAM. 40] VENEZUELA. RED VIAL AL CIERRE DEL SIGLO XX.
FUENTE: Instituto Geográfico Simón Bolívar.



[LAM. 41] DISTRIBUCIÓN ACTUAL DE LOS GRANDES GRUPOS DE SISTEMAS AGRÍCOLAS.
FUENTE: simplificado de ROJAS LOPEZ, 2008 A.

— SISTEMAS AGRÍCOLAS MODERNOS

Las granjas intensivas avícolas y porcinas, son fieles representantes de los sistemas modernos implantados, esto es, sin antecedentes históricos en el país. Ubicadas en pocos municipios de los entornos metropolitanos de Caracas, Maracay, Valencia y Maracaibo, toman ventaja de su cercanía a los mercados, desarrollando fuertes mecanismos de integración con la industria nacional de alimentos concentrados y redes de distribución de alimentos procesados. Sin embargo, no propiciaron la formación de clásicos agro-cinturones periurbanos debido a su localización puntual, elevada especialización y artificialización productiva (ROJAS LÓPEZ, ROJAS y TRIANA, 2002).

La producción avícola, el rubro de mayor contribución al producto agrícola animal, aumentó de 200 a 480 millones de cabezas, fundamentalmente en los estados del centro norte, pues el deterioro de la industria petrolera afectó el consumo de los estados Zulia y Anzoátegui. Por lo contrario, el plantel de porcinos disminuyó de 2,5 millones a 2 millones de cabezas, dada la reducción del consumo doméstico e industrial, por sus mayores precios, sobre todo en productos embutidos.

Los sistemas mecanizados de cereales, caña de azúcar y oleaginosas se esparcieron por los llanos altos centro-occidentales y orientales, integrados a las industrias de harinas, azúcar y aceites respectivamente, responsables del aumento de la producción y la superficie agrícola durante los años ochenta, sin que pudieran evitar la contracción de

las medidas neoliberales de los noventa, en particular las oleaginosas (ajonjolí, girasol, algodón). Por otra parte, los sistemas cañeros de la región centro-occidental se integraron rápidamente en grandes complejos azucareros, a diferencia de los tradicionales valles cañeros del Tuy (Miranda), Cariaco (Sucre) y Chama (Mérida), desarticulados por los la expansión urbana o retrasos en las innovaciones industriales y gerenciales.

El volumen de cereales aumentó de 1,8 a 3,1 millones de toneladas, la mayor parte en los estados Portuguesa y Guárico. Maíz, el cultivo líder de la producción agro-alimentaria nacional, fue objeto de trato preferencial por las políticas públicas en virtud de su marcado patrón cultural de consumo y aportes energéticos y protéicos al sistema alimentario, aunque sus rendimientos físicos siguieron estando lejos de aquellos logrados en regiones templadas (ROJAS LÓPEZ, MORA y TOVAR, 2010). Las oleaginosas de ciclo corto, en cambio, experimentaron una baja de 96.000 a 44.000 toneladas en los llanos altos centro-occidentales, por desajustes financieros, agroecológicos y tecnológicos.

La fruticultura comercial se desarrolló bajo influencia de la urbanización, la inmigración europea y la aplicación de técnicas biológicas de selección y cruzamiento. Los sistemas más adelantados y extendidos formaron parte de la mediana producción especializada de cítricos en valles de Carabobo y Yaracuy —integrada a la industria de jugos concentrados y pasteurizados— y los sistemas de musáceas de las

planicies peri-andinas. En la planicie seca del norte de Maracaibo y la depresión semiárida de Carora se implantaron modernos viñedos en superficies relativamente reducidas, a tono con la reciente demanda de uvas y vinos de las clases medias y altas de la población. En general los frutales disminuyeron su producción por la frecuente ocurrencia de plagas y enfermedades, pero fue violenta la disminución en los bananos, pues el millón de toneladas bajó a una cuarta parte, particularmente en el sur del lago de Maracaibo, llanos altos suroccidentales de Barinas y tierras circundantes al lago de Valencia.

La horticultura de «piso bajo» alcanzó altos niveles de productividad en el semiárido de Lara (Quíbor) y las sabanas de Guárico, mediante sistemas intensivos de capital y mano de obra, favorecidos por la cercanía a los mercados centro-occidentales. El caso de la cebolla merece ser destacado, en virtud de que su producción se incrementó de 65.000 a 236.000 toneladas. La producción de «piso alto» en los Andes evolucionó de manera distinta debido a una economía de base campesina altamente comercializada: tracción animal, mecanización ligera, abonos orgánicos y financiamiento local, atributos atenuantes de los críticos impactos de los años noventa. La producción de zanahoria fue emblemática ya que subió de 33.400 a 200.000 toneladas en el período considerado.

La ganadería lechera intensiva de Perijá, sur del lago de Maracaibo y serranías de Falcón, vinculada a la industria láctea regional, dependió ampliamente de créditos

y subsidios para la importación de vientos e insumos alimentarios y veterinarios. Por ello, la reducción de las medidas preferenciales influyó notablemente en el descenso de sus niveles productivos. La producción nacional de leche cruda bajó de 1.640 a 1.360 millones de litros, particularmente en el estado Zulia, pero la caída no fue mayor por los aportes de los sistemas semi-intensivos de los piedemontes de Táchira y Barinas. En los Andes, PROGAL (programa interinstitucional de «ganadería de altura») acopló un conjunto tecnológico en pequeñas fincas, que quintuplicó la producción por animal. La reforma neoliberal acarrió una «tropicalización» progresiva del sistema lechero alto-andino, es decir, sustitución de insumos caros, ampliación de potreros y cruces con ganado criollo, disminuyendo la productividad unitaria.

Finalmente el sistema aceitero de palma, fue favorecido desde los años ochenta por la política de estímulo para la siembra en núcleos localizados de los estados Zulia, Monagas, Apure y Portuguesa. La producción aumentó ligeramente a casi 350.000 toneladas en los estados Zulia, Monagas y Yaracuy, seguida por la producción de copra en la faja costera centro-occidental. Sin embargo, los rendimientos y la superficie de palma no mejoraron substancialmente, según lo proyectado en los planes de siembra. En general las oleaginosas —pese a la combinación de capitales, gestión empresarial y tecnología moderna— han sido poco exitosas en la producción de grasas y aceites, tal como lo reflejan los altos volúmenes de importación de estos rubros. ↵

— SISTEMAS TRADICIONALES MODIFICADOS

En la modificación de los sistemas tradicionales es indispensable resaltar el papel de la reforma agraria, puesto que cambió en buena medida los viejos sistemas campesinos de piedemontes, llanos altos y valles del nororiente. Por una parte, los asentamientos campesinos y los sistemas de riego redujeron la histórica dispersión espacial de las unidades de producción y, por otra, la aplicación selectiva de nuevos insumos amplió sus relaciones espaciales de mercado. Ello es conspicuo en la agricultura maicera de llanos altos, la de musáceas de tierras bajas peri-andinas y las siembras de yuca en los llanos orientales.

La mayor proporción de la agricultura campesina comercial se procesa industrialmente y la restante se destina a mercados populares como producción fresca. La yuca, cultivo líder de raíces y tubérculos tradicionales, muy común en las tierras bajas de Zulia, Miranda y Monagas, elevó su producción de 348.000 a 600.000 toneladas, más de la cuarta parte destinada a la industria de almidón y alimentaria animal. La producción de leguminosas de grano seco, en cambio, tuvo un marcado descenso, especialmente el cultivo de arveja que casi desapareció del mapa agrícola.

La mayoría de los pequeños productores cafetaleros andinos y nororientales se mantuvo al margen de las innovaciones. En los Andes la introducción de variedades de alto rendimiento e insumos agroquímicos, no encontró respuestas favorables en la relación

costo/precio, competencia del café colombiano y combate de plagas y enfermedades. En consecuencia fue común la substitución progresiva de cafetales por ganadería de altura. La producción cafetalera se desplazó hacia las tierras altas de Portuguesa y Lara, donde existían formas más eficientes de organización tecno-económica y mercadeo. La producción nacional cafetalera apenas aumentó de 73.000 a 92.000 toneladas, mientras las fincas cacaoteras de las costas de Sucre, Miranda y Aragua, solo incrementaron su producción de 13.600 a 16.000 toneladas, debido a bajos rendimientos y competencia salarial de las actividades urbanas y turísticas.

La ganadería semi-intensiva adquirió rasgos propios según condiciones ecológicas, cruces genéticos, evolución comercial y tiempo de desarrollo. En general adoptó innovaciones tecnológicas y adaptó recursos locales, garantes de su rápida expansión en las regiones de Perijá y Colón del estado Zulia, llanos altos de Barinas y Portuguesa, serranías de Falcón-Lara, tierras piemontinas del Táchira y tierras altas andinas. Los tipos *Carora* de Lara y *Yaracal* de Falcón ejemplifican el mestizo lechero, un cruce de razas nativas con razas europeas especializadas. Por otra parte, los sistemas más comercializados de ganadería de carne de los llanos consiguieron articular las prácticas de cría, levante, ceba y beneficio industrial, una evolución particular de los hatos tradicionales. ↩

— SISTEMAS HISTÓRICOS PERSISTENTES

La continuidad histórica de los sistemas tradicionales se observa en la ganadería extensiva de bovinos y caprinos, las agriculturas campesinas poco modificadas y los sistemas conuqueros e indígenas. La cría extensiva de bovinos, el sistema más extendido del país, es una forma típica de los llanos bajos centro-occidentales, cuenca del Unare, llanos orientales y altiplanicies nororientales de Guayana. Con excepción de algunos cruces genéticos y organización de potreros, el sistema no ha incursionado en las innovaciones tecnológicas. En general es el dominio de los hatos de cría en pastos naturales y suelos de baja fertilidad.

El rebaño de vacunos tuvo un ligero aumento de 1,8 millones a 2,3 millones de cabezas, casi 50 por ciento concentrado en los estados llaneros. Por otra parte, la ganadería caprina de espinar decreció drásticamente a la mitad (451.000 cabezas). Subsiste en la costa árida del Caribe (Guajira, Paraguaná, Unare, Paria), la depresión Barquisimeto-Carora y los valles secos andinos, articulada a mercados locales de consumo popular.

La agricultura campesina tradicional y los sistemas conuqueros, pequeñas y muy diversas formas productivas de policultivos y cría de animales de patio, históricamente se han repartido por todo el país en bosques, laderas, costas, vegas y sabanas. Un caso particular es la agricultura a tracción animal, confinada en las tierras altas andinas. Estos sistemas, de gran significación agroalimentaria en la Venezuela pre-petrolera,

perdieron gran parte de su base de sustentación debido al ocaso de la reforma agraria, nuevos patrones agroalimentarios, ineficientes políticas públicas e inaccesibilidad a los circuitos agro-comerciales.

Los conucos indígenas, a pesar de sus variados grados de «criollización» conservan sus raíces ancestrales en extensas áreas periféricas del país. En Guayana-Amazonia, sierra de Perijá, península de la Guajira, Mesas de Guanipa, Delta del Orinoco, sur de Apure, predominan los cultivos de yuca, maíz y frutales, acompañados unas veces de pesca fluvial y otras de ganadería menor. Actualmente las disciplinas agroecológicas, respaldadas por la consagración constitucional de las culturas indígenas, recobran sus valores y prácticas en diseños locales de agriculturas sustentables.

En síntesis, labranza mecanizada en los llanos altos, ganadería intensiva y semi-intensiva en la cuenca del lago de Maracaibo, granjas intensivas del centro norte, industria azucarera de los llanos altos occidentales y valles del Turbio-Yaracuy, cadenas ganaderas (cría-levante-ceba) en los llanos y modernización campesina de reforma agraria, se inscriben en los grandes cambios de la geografía agrícola durante la segunda mitad del siglo xx. La cuenca del lago de Maracaibo, sin embargo, fue desplazada del primer lugar hacia los últimos del cuadro productivo nacional desde finales de la década de los noventa, tanto por los impactos neoliberales en la ganadería intensiva de leche, como por las invasiones e inseguridad jurídica y personal

(GUTIÉRREZ, 2009). Los llanos altos occidentales pasaron a encabezar, desde entonces, la jerarquía agro-productiva del país.

Los sistemas modernos implantados, al no surgir de un proceso evolutivo de la agricultura tradicional, sino de la incorporación de insumos externos (semillas, nuevos cultivos, tecnologías de zonas templadas) encuentran dificultades de adaptación tecnoló-

gica, que inciden en los rendimientos físicos y la conservación del ambiente. Paradójicamente las reconocidas ventajas comparativas de los rubros históricos y tradicionales en los medios tropicales han sido menos atendidas en las políticas públicas y privadas. Precisamente un tema que ha cobrado actualidad en las relaciones entre agro-ecología, sana alimentación y cultura rural. ↩

8.3. / LOS SISTEMAS AGRÍCOLAS POTENCIALES

La comparación entre el mosaico agrícola reseñado y la potencialidad agropecuaria del territorio plantea tres temas de interés geográfico. Primero, las tierras de mayor calidad, clasificadas como áreas bajo administración especial (*zonas de aprovechamiento agrícola de máxima preservación* y *áreas rurales de desarrollo integrado*), no solo son relativamente escasas, aproximadamente 3 millones de hectáreas, sino también cultivadas con sistemas convencionales, lo que plantea su urgente conservación con métodos sustentables (ROJAS LÓPEZ, 2007 D).

En segundo lugar, 75 por ciento de las tierras aprovechables al norte del Orinoco luce apropiado para los sistemas extensivos y semiintensivos de ganadería [LAM. 42]. Tercero, menos del 20 por ciento de las tierras son adecuadas para los sistemas modernos [LAM. 43]. Por ello, el significado

de los sistemas tradicionales en el potencial productivo del territorio está siendo reevaluado a la luz de los nuevos enfoques de la agricultura intensiva sustentable y la demanda de productos agroecológicos.

En los últimos años el valor estratégico de la agricultura y el medio rural (seguridad alimentaria, calidad de vida, conservación del ambiente, servicios de la naturaleza, ordenación del territorio, patrimonios culturales), no admite dudas. Sin desconocer los aportes agroalimentarios de la agricultura moderna y los esfuerzos de las políticas sectoriales, otras miradas daban cuenta de nuevos enfoques para encauzar el desarrollo rural, en virtud de que las políticas públicas no resultaban efectivas para reducir sensiblemente la desigualdad en los espacios rurales, los desajustes entre usos actuales y potenciales de la tierra y el continuo deterioro de los ecosistemas naturales. ↩

SISTEMAS AGROPECUARIOS	SUPERFICIE (HAS)	PORCENTAJE
Cultivos asociados	70.818	0,20
Cultivos anuales mecanizados	2.208.613	6,39
Plantaciones de tierras altas	994.390	2,88
Plantaciones de tierras bajas	1.414.108	4,09
Horticultura de tierras altas	97.168	0,28
Horticultura y fruticultura de tierras bajas	2.480.098	7,18
Ganadería y agricultura de subsistencia	3.091.838	8,95
Agricultura con ganadería extensiva	642.139	1,86
Ganadería extensiva	10.478.240	30,35
Ganadería semi-intensiva y agricultura complementaria	5.199.751	15,06
Ganadería semi-intensiva	6.577.463	19,05
Ganadería intensiva tipo agrosilvopastoril	346.889	1,00
Ganadería intensiva	922.877	2,67
<i>Total</i>	34.524.392	100,00

[LAM. 42] VENEZUELA: SISTEMAS AGRÍCOLAS POTENCIALES AL NORTE DEL ORINOCO. FUENTE: MARÍN, 1999.

SISTEMAS AGRÍCOLAS	SUPERFICIE POTENCIAL (%)
Modernos	17,52
Modificados	34,11
Históricos	48,37

[LAM. 43] EL MOSAICO AGRÍCOLA Y LA POTENCIALIDAD AGROPECUARIA DE VENEZUELA. FUENTE: elaboración propia a partir de MARÍN, 1999; ROJAS LÓPEZ, 2008 A.



OTRAS LECTURAS Y PERSPECTIVAS DE LA RURALIDAD

Los núcleos de pobreza en los espacios rurales latinoamericanos denunciaban ineficiencia de gobiernos y grupos empresariales, algunas veces con manifestaciones violentas. En medios académicos y políticos tomó cuerpo la tesis de que mejorar la calidad de vida de la sociedad toda suponía reconocer la contribución tangible e intangible de la ruralidad con nuevos medios de acción. Las nuevas ruralidades surgieron como posibilidades de desarrollo, entre las cuales distinguimos al menos tres lecturas en Venezuela: *a)* cadenas agroalimentarias, *b)* ruralidades no agrícolas y, *c)* sistemas agro-ecológicos. Las dos últimas entendidas como opciones familiares o comunitarias innovadoras.

Las cadenas agroalimentarias generalmente no son consideradas en la agenda del desarrollo rural tanto porque sus componentes no agrícolas adquieren mayor relevancia que los propiamente agrícolas, como por la poca prioridad a la valoración de identidades, culturas agrarias, prácticas tradicionales y arraigos locales, atributos que pueden ser activados para dinamizar los territorios peor situados geográficamente o peor dotados ecológicamente. Sin embargo, su impacto positivo en los empleos e ingresos las incluye en la gama de ruralidades no agrícolas. ↩



9.1. / CADENAS AGROALIMENTARIAS

La agroindustria alimentaria y no alimentaria (tabaco, licores, cueros textiles) utilizan bienes intermedios ligados o no a la agricultura (concentrados para animales, semillas, fertilizantes, biocidas/combustibles, maquinarias, equipos mecánicos), conformando una mega-estructura compleja. El sistema alimentario, por consiguiente, articula numerosos y heterogéneos actores (proveedores, financistas, productores, industriales, comerciantes, gobierno, transportistas, consumidores...), interactuando a dos niveles, entre ellos mismos y con ambientes externos [LAM. 44]. Para fines de análisis, de gestión o planificación, el sistema se descompone en cadenas o circuitos de productos o familias de productos que entrelazan los eslabones del proceso agroalimentario (GUTIÉRREZ Y MOLINA, 2013).

Las *filiéres*, a diferencia de la convencional visión sectorial, tienen el mérito de ampliar el aporte del producto agrícola a la economía, agregar fuerza de trabajo en cada eslabón de la cadena, amplificar las conexiones urbano-rurales y fortalecer economías locales y regionales. De hecho, constituyen la principal fuente de la demanda de materias primas de origen agrícola. Esos atributos dependen de altos niveles de productividad, tecnologías de punta, movimientos financieros y redes de distribución. Por eso, las políticas agrícolas no pocas veces se confunden con las propias cadenas agroalimentarias, en virtud de su capacidad para producir grandes cantidades de alimentos.

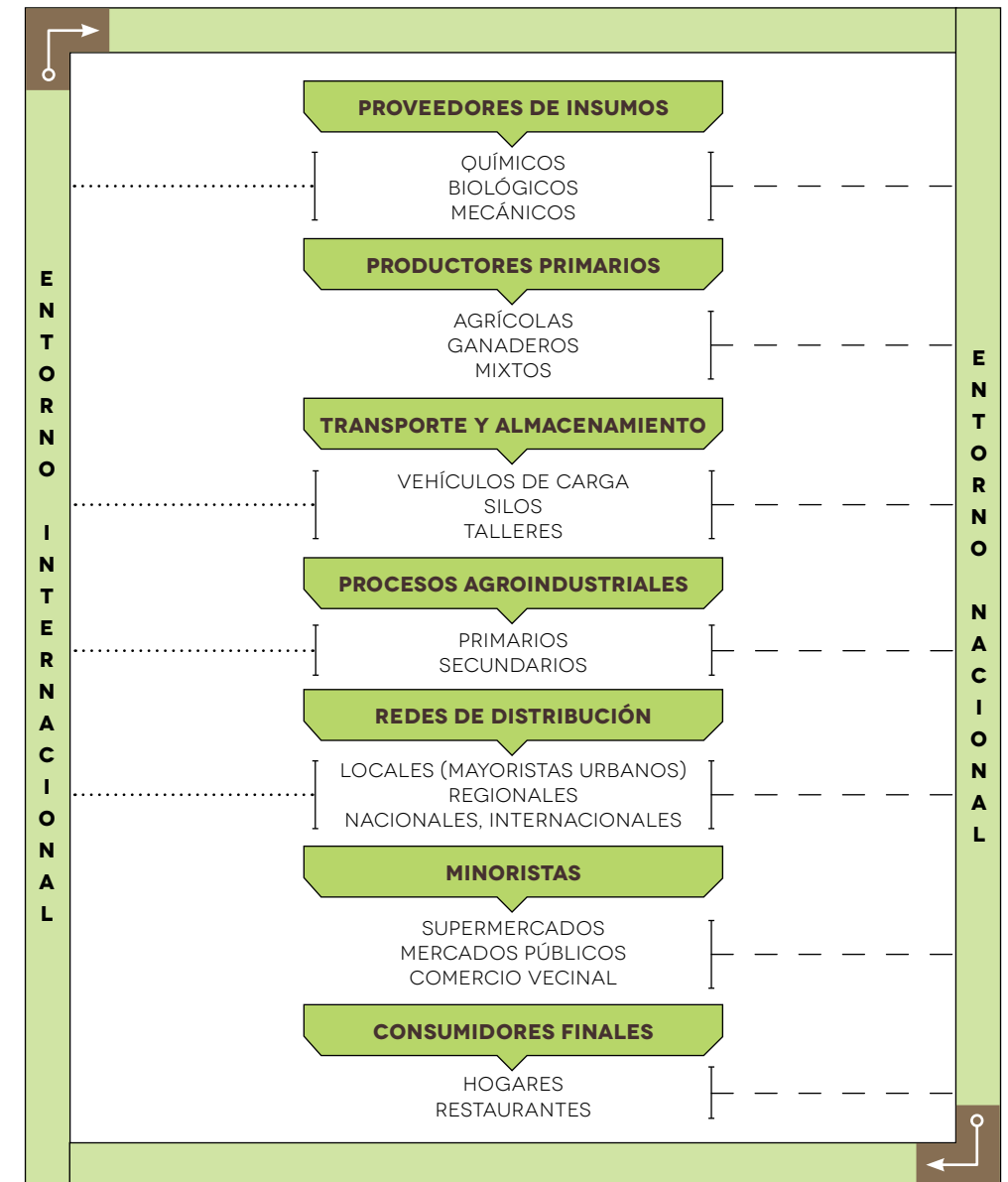
La cadena agroalimentaria si bien interrelaciona los actores económicos y sociales

que participan en la producción de un bien o servicio hasta que llega a los consumidores, no es un proceso lineal ni igualitario, como si fuese una «cadena física», se asemeja más a una «telaraña» de relaciones, que se torna inequitativa cuando actores de alto poder económico, político o de negociación, dominan y extienden su influencia sobre los más débiles o desorganizados (GARCÍA-WINDER *et al.*, 2009).

En Venezuela las cadenas cerealeras y avícolas incrementaron apreciablemente sus promedios de producción entre 1968-72 y 2001-05, pues ascendieron de 23,8 a 43,1 y de 12,8 a 36,2 por ciento respectivamente, mientras los demás grupos descendieron o se estancaron (FAO-CAF, 2006: 16). En términos globales, durante el lapso 1986-2008 el sistema agroalimentario aportó 14,17 por ciento al producto interno bruto, a diferencia del 5,25 por ciento del componente primario del sistema (HURTADO, 2013: 186-187). Un comportamiento similar observado en otros países latinoamericanos

Reconociendo las bondades de las cadenas agroalimentarias, es válido registrar las críticas más citadas en la literatura: oligopsonios agroindustriales, dependencia externa de tecnologías y materias primas, insumos transgénicos, dominio exclusivo de algunos circuitos, poder de los actores más fuertes, poco acceso de pequeños productores, cadenas largas encarecedoras del producto final y externalidades ambientales negativas. Pero también es cierto que las críticas tienden cada vez a menguar con la implementación de regulaciones institucionales, responsabilidad

social empresarial y adopción de innovaciones biotecnológicas y agroecológicas como labranza mínima, fertilización orgánica, micro-nivelación de los terrenos y uso racional de biocidas. ↪



[LAM. 44] EL SISTEMA ALIMENTARIO.

FUENTE: elaboración propia.

9.2. / RURALIDADES NO AGRÍCOLAS

El frecuente empleo artesanal o de proximidad en la agricultura tradicional se volvió diversificado (pluriactividad rural) con las nuevas funciones de los medios rurales (multifuncionalidad de los territorios). Turismo, comercio, artesanía, agroindustria, transporte, ampliaron las posibilidades de empleo, hasta el punto que las actividades rurales no agrícolas son responsables de la mayor proporción del empleo rural en América Latina, imputado al trabajo asalariado y microempresas rurales (DIRVEN, 2011). Otras aproximaciones no se percataron, ignoraron o satanizaron el trabajo asalariado, por su carencia de protección legal, discontinuidad temporal o descomposición campesina.

El desarrollo de la mediana producción y los sistemas empresariales, especialmente los vinculados a redes comerciales de pequeñas y medianas ciudades venezolanas, elevaron progresivamente el número de obreros y empleados agrícolas. Referencias relativamente recientes revelan que 38,5 por ciento de la población residente en centros menores a 75.000 habitantes estaba directa o indirectamente vinculada a la agricultura [LAM. 45].

Actualmente se calcula, con base en las evaluaciones de FAO-CAF (*ob. cit.*), que más de la mitad de la población activa agrícola estaría ocupada en agricultura y actividades rurales no agrícolas en áreas de influencia de ciudades pequeñas y medianas. En todo caso, empleos e ingresos rurales no agrícolas no son independientes de la agricultura, aunque

algunos dependen en menor grado que otros de la actividad primaria.

La [LAM. 45] plantea dos situaciones distintas. Primero, la necesidad de reconsiderar la población clasificada como urbana en los censos oficiales (>2.500 habitantes), ya que buena parte de la economía de las pequeñas ciudades está asociada al medio rural. Segundo, la conveniencia de incluir en la fuerza de trabajo, a los trabajadores rurales no agrícolas y a la población femenina ocupada en actividades propiamente agrícolas. Estas consideraciones emanan de evidencias latinoamericanas, que relacionan dinámica rural con áreas de influencia de ciudades intermedias.

El turismo rural, por otra parte, ocupa una posición central en la ruralidad no agrícola. En Venezuela comenzó organizada hacia los años setenta con un programa estatal-cooperativo de posadas en las comunidades Cerrito de Sanare (estado Lara) y La Plazuela (estado Trujillo). Semillas del turismo rural familiar, que hoy está presente en todos los estados del país, particularmente en ambientes de costa y montaña. Igualmente es relevante la gestión combinada de ecología-ecoturismo-investigación-conservación-cooperación internacional, lograda en hatos ecológicos de los llanos. En la misma onda se desarrollan parques temáticos y rutas eco-turísticas en los Andes y Guayana. El turismo ecológico y cultural hoy forma parte de las opciones económicas del medio rural venezolano (ANGULO, 2008). ↵

CIUDADES Y POBLADOS	N° DE HABITANTES	%	ACTIVIDAD Y CULTURA
> 250.000	9.664.377	41,70	Dominio urbano exclusivo
75.000 - 250.000	4.637.615	20,01	Amplio predominio urbano
20.000 - 75.000	2.893.026	12,48	Fuerte peso agrícola-rural
< 20.000	6.037.535	26,05	Dominio agrícola-rural

[LAM. 45] VENEZUELA. ECONOMÍAS Y CULTURAS DOMINANTES POR TAMAÑO DE CIUDADES. 2001. FUENTE: adaptado de HERNÁNDEZ, 2010: 23-24.

9.3. / SISTEMAS AGROECOLÓGICOS

La difusión del concepto sustentable potenció un nuevo credo social-ambiental en amplias capas de población: ambiente y alimentos sanos, diversidad cultural, participación social, equidad de género, críticas a monopolios y oligopolios, biodiversidad, patrimonios culturales y organizaciones no gubernamentales (ONG). La agricultura moderna convencional no se ajustaba al nuevo credo porque excluía a pequeños productores, deterioraba los recursos naturales, la salud de productores y consumidores y exigía insumos más caros, lo que también la hacía energéticamente ineficiente.

El medio rural y los ecosistemas naturales, como bienes comunes o patrimonios conjuntos de la humanidad, adquirieron creciente interés social y político en la agenda pública y, en consecuencia, la agro-ecología conquistó presencia académica e institucional. No solo mostraba las ventajas de una agricultura basada en principios ecológicos, sino también las externa-

lidades negativas de la agricultura industrial, desapercibidas por su carácter difuso y las dificultades de su valoración económica (SEVILLA y WOODGATE, 2002).

La relación de la disciplina con las ciencias sociales trascendió las meras innovaciones tecnológicas «amigables» (control biológico, labranza mínima, bacterias fijadoras de nitrógeno...), puesto que incursionó en la interculturalidad e identidades territoriales. La gestión agroecológica se proyectó en la dimensión local, escala donde yacía un repertorio de conocimientos codificados en saberes acumulados: tecnologías apropiadas, diversidad biológica, agrícola y cultural.

Los nexos entre agro-ecología y territorios locales realizaron la agricultura familiar sustentable con ofertas de alimentos, bienes y servicios diferenciados por calidad orgánica e identidad cultural-territorial. A ello se sumó la creciente negativa social a los alimentos industrialmente procesados, por sus efectos adversos a la salud. Se aseguraba,

de esta forma, un nivel de confianza entre productores, distribuidores y consumidores. La agricultura química comenzó, entonces, a transitar el camino de la «ecologización», aunque en mercados todavía reducidos.

Las ruralidades agroecológicas comprenden una variedad de experiencias locales: denominaciones de origen, indicaciones geográficas protegidas, santuarios culinarios, producciones étnicas, rutas de agroturismo y sistemas alimentarios localizados. Valoran el capital social, la re-contextualización de

prácticas tradicionales, la identidad cultural, la visión compartida entre actores y la conservación de recursos naturales. En Venezuela, cacao de la faja húmeda costera del extremo norte, cafés de los bosques montanos, carne vacuna del sur del lago de Maracaibo, flores y frutas amazónicas, rones de Paria y valles de Aragua, algunos con certificados nacionales de calidad, andan en la búsqueda de certificados internacionales. Sin duda, revaloraciones inscritas en la nueva ruralidad y el desarrollo local. ↵

9.4. / EL DESARROLLO TERRITORIAL RURAL

Los discutibles resultados del desarrollo rural en Europa despertaron el interés por nuevos temas de estudio e intervención pública y privada, como economías de aglomeración, competitividad territorial, industrialización flexible y economía neo-institucional. El éxito de pequeñas y medianas empresas competitivas animó la discusión en torno a «distritos», «clusters» y «medios innovadores», entornos territoriales que propiciaban el desarrollo económico local. En los años noventa, la versión normativa de la multifuncionalidad territorial, incorporó conceptos de nueva ruralidad, economía neo-institucional y sociología económica (BONNAL, *ob. cit.*). El concepto europeo del desarrollo rural reconoció las actividades rurales no agrícolas, las conexiones urbano-rurales, el papel de las ciudades intermedias, los paisajes rurales y las externalidades positivas de los ecosistemas rurales (LLAMBÍ, 2004).

La metodología de trabajo del programa LEADER (*Liasons entre Activités de Développement de l'Économie Rural*), se convirtió en paradigma de la nueva estrategia, el desarrollo territorial rural, cuyo fundamento básico descansa en dos pilares, organización de actores territoriales y fondos financieros para diversificar recursos locales (*bottom up*). Los actores (productores, comerciantes, transportistas, gobierno local, agentes culturales...) organizados en Grupos de Acción Social (GAL) destacaron en proyectos de turismo, pymes, artesanías e innovaciones productivas, precisamente los que captaron el mayor financiamiento público y privado del programa.

El programa LEADER actuó preferentemente en territorios aventajados por localización geográfica, calidad de productos, tradiciones culturales e históricas, gastronomía particular, paisajes y patrimonios archi-

tectónicos, personalidad de su gente, esto es, «*capitales territoriales*» que debían ser movilizados por acciones consensuadas de los GAL. En las áreas menos favorecidas, la iniciativa española implementó el PRODER (*Programa Operativo de Desarrollo y Diversificación Económica de Zonas Rurales*) con miras a poner en valor sus recursos endógenos (SEGRELLES y VÁSQUEZ, 2012).

En América Latina agencias multilaterales, ONG y gobiernos nacionales adoptaron la propuesta del desarrollo territorial rural (DTR) o desarrollo rural con enfoque territorial (DRET), en vista de las precarias experiencias anteriores (desarrollo comunitario, cooperativismo, reforma agraria, modernización productiva, desarrollo rural integrado) y sobre todo porque insistía en la construcción de una especificidad rural que tomaba en cuenta la activa participación de liderazgos locales y la matriz globalizadora de los mercados.

El nuevo enfoque requería impulsar simultáneamente transformaciones productivas e institucionales orientadas a lograr cuatro propósitos centrales: *a)* articular la economía a mercados dinámicos, competitivos y sostenibles, *b)* promover instancias mediadoras entre Estado, mercado y sociedad civil, *c)* fortalecer las interacciones urbano-rurales y, *d)* dotar de servicios a los asentamientos humanos. La coordinación interinstitucional (pública-privada-comunitaria) fue pensada como eje conductor de los proyectos (SCHEJTMAN y BERDEGUÉ, 2004).

La similitud con la multifuncionalidad europea fue disminuida dada la centralidad agrícola en las sociedades rurales

latinoamericanas y sus especificidades eco-culturales. Sin embargo, reconociendo la importancia otorgada a la territorialidad y liderazgos comunitarios, la propuesta fue objeto de críticas debido a la baja atención prestada al Estado, la tenencia de la tierra y la conflictividad entre actores, rindiéndole culto a la competitividad y nueva ruralidad neoliberal. Además, se argumentaba que un crecimiento económico exógeno no era garantía de un desarrollo social endógeno y que las iniciativas exitosas respondían a condiciones particularmente favorables, como recursos naturales y cercanía a los mercados de los territorios (ACOSTA REVELES, 2006).

La interrogante sobre el incierto desarrollo en los lugares menos favorecidos, movió el interés de los analistas hacia el verdadero papel que debía cumplir el Estado. Entendiendo que el gasto público atenuaba temporalmente la pobreza, no lograba reducir la desigualdad social, brecha que impedía el acceso de la gente más pobre a los activos productivos y servicios de calidad, lo que a su vez incidía de nuevo en la pobreza. Luego, revertir el sesgo hacia los territorios mejor situados o de reconocidos recursos potenciales, colocaba en sitial privilegiado las decisiones del Estado y las alianzas interinstitucionales. Dicho de otro modo, romper el circuito de la desigualdad confirmaba la necesidad de «potenciar potenciales latentes» con una triple alianza: Estado, comunidades organizadas y organizaciones privadas.

Los programas *Expider* (Bolivia, Ecuador, Honduras), *Territorios de Ciudadanía* (Brasil), *Ecadert* (Estrategia Centroamericana de Desarrollo Rural Territorial),



«La visión territorial de lo rural, permite visualizar su multiplicidad de funciones, vinculadas al desarrollo agrícola, agroindustrial, artesanal, de servicios, turismo, la cultura, conservación de la biodiversidad y de los recursos naturales, es decir, de los ecosistemas locales y globales sustentadores de la vida y de actividades productivas.»

—IICA, 1999: 9-10.

Canadian Rural Partnerships, Congressional Rural Caucus, entre otros, y la incorporación de modernos criterios de gestión (gobernanza, subsidiaridad, empoderamiento), robustecieron las pautas metodológicas territoriales, cada vez más alejadas de las políticas tradicionales del «sector agrícola» [LAM. 46].

POLÍTICAS TRADICIONALES

Productividad del predio. El productor individual de bienes agrícolas ocupa el centro de la política pública.

Planificación normativa o «desde arriba», centralización de decisiones, inversiones y subvenciones con visión asistencialista.

Participación pasiva o poco activa de actores comunitarios. Liderazgos políticos sobre actores económicos y sociales.

Extensión rural programada con énfasis tecnológico convencional. Desestimación de historia y cultura locales.

Control y comando oficial de los procesos de ordenación ambiental y explotación de recursos naturales.

Producción genérica con tecnologías modernas convencionales.

Planificación sectorial: lo rural equivalente a sector agrícola.

POLÍTICAS TERRITORIALES

Actividades agrícolas y rurales no agrícolas de la familia y su entorno, foco del desarrollo local.

Planificación estratégica y alianzas públicas privadas. Compensaciones del Estado para impulsar competitividad territorial.

Empoderamiento, cooperación y responsabilidad compartida de actores, coaliciones activas y vocerías comunitarias.

Historia local, identidad cultural y percepciones territoriales de comunidades. Valoración de intangibles y diálogos de saberes.

Desarrollo sostenible de servicios ambientales en alianzas comunitarias, bajo regulaciones del Estado.

Producción diferenciada con innovaciones agroecológicas e institucionales.

Planificación territorial: lo rural sinónimo de territorio local.

[LAM. 46] FOCOS DE POLÍTICAS TRADICIONALES Y TERRITORIALES DE DESARROLLO RURAL.

FUENTE: elaboración propia a partir de SEPÚLVEDA, 2008; SCHEJTMAN, 2010; PISANI y FRANCESCHETTI, 2011.

Las «lecciones aprendidas» ratificaron que las experiencias exitosas estaban inmersas en territorios con núcleos urbanos dinámicos, estructuras agrarias no polarizadas, arreglos institucionales incluyentes, tejidos productivos diversificados, proyectos a mediano y largo plazo e inversiones públicas en servicios y equipamientos básicos. En tal sentido, los necesarios recursos de planificación y financiamiento debían interrelacionarse en cinco vectores del DTR (SHEJTMAN, 2010):

- **VECTOR SOCIAL:**
reconocer la heterogeneidad socio-económica del medio rural, a fin de establecer políticas diferenciadas por tipos de familias, territorios y programas de extensión rural.
- **VECTOR SECTORIAL:**
incrementar las interrelaciones con agro-negocios, servicios e instituciones agrícolas, a objeto de generar acciones estratégicas para diversificar empleos e ingresos, es decir, pasar del empleo agrícola al multiempleo rural.

- **VECTOR INSTITUCIONAL:**
concertar esfuerzos sostenidos entre organizaciones públicas, privadas y no gubernamentales en pro de una nueva estructura institucional que logre superar la antítesis Mercado/Estado a través de regulaciones proactivas.
- **VECTOR TEMPORAL:**
resolver la tensión entre los tiempos técnicos de los proyectos (mediano y largo plazo) y los tiempos cortoplacistas de los políticos, de acuerdo con una gestión concertada, voluntaria y sustentable.

- **VECTOR ESPACIAL:**
fortalecer los vínculos con las ciudades cercanas a fin de convertir el espacio agrícola en un espacio rural-urbano, integrado por una red de asentamientos de distintos tamaños.

En el vector espacial las ciudades medianas ocupan una posición central, por su capacidad de operar como motores dinámicos en sus respectivos entornos. En primer lugar, la condición de sede de modernos servicios especializados, posibilita difundir innovaciones en el medio rural. En segundo lugar, porque la concentración de recursos económicos, políticos y administrativos les confiere mayores posibilidades de intercambio regulares con otros ámbitos espaciales. ↩

10

MODELOS ENDÓGENOS DE DESARROLLO TERRITORIAL

El siglo XXI se inaugura en Venezuela con una nueva administración nacional y una nueva constitución. Aunque la *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*, promulgada en 1999, recogió novedosos conceptos sociales, económicos y ambientales, en la práctica la recién comenzada gestión gubernamental retornó a una visión centralista, autoritaria y estatista, desatando una continua conflictividad social y política. Después del 2004, la recuperación del control político, el alza extraordinaria de los precios petroleros y el aumento del consumo, impulsaron el desenvolvimiento económico, básicamente por la vía del gasto público.

El gasto agrícola real del gobierno subió sostenidamente desde el 2002 hasta el 2008 a una tasa media anual de 18,1 por ciento. En números redondos de 55 millones a 578 millones de bolívares, a precios de 1977. Por su parte, el crédito agrícola preferencial de la banca privada lo hizo a una tasa promedio de 15,6 por ciento en el período 1998-2011. El crecimiento agrícola per cápita mantuvo un modesto promedio de 1,9 por ciento (2003-2008), en el que destaca la producción de cereales y avicultura. Posteriormente la fuerte intervención del Estado, apoyada en un nuevo andamiaje institucional y legislativo, produjo una violenta caída de -2,7 por ciento en el crecimiento agrícola per cápita (2008-2011) (GUTIÉRREZ, 2013).



Expropiaciones y redistribuciones de tierras, créditos y subsidios a cooperativas, mercadeo agropecuario paralelo al privado y acoso a grandes y medianos productores se anotan en ese proceso. La economía privada, responsable de la mayor parte del abastecimiento agroalimentario, disminuyó su presencia en el mercado, pues el Estado pasó a controlar, vía negociación o expropiación, la mitad de las redes de distribución de alimentos y plantas agroindustriales. Las Empresas de Producción Social, Empresas Cogestionadas y Unidades de Producción Socialistas, resultaron en detrimento del aparato productivo y el aumento de importaciones de alimentos y materias primas.

Las políticas públicas auspiciadoras de la construcción del «socialismo agrario» no lograban movilizar los recursos productivos de las regiones agrícolas, de acuerdo con el modelo de desarrollo territorial desconcentrado descrito en *El Proyecto Nacional Simón Bolívar. Primer Plan Socialista 2007-2013*:

El Desarrollo Territorial Desconcentrado articulará la construcción y organización de un nuevo modelo socioproductivo endógeno, en el cual emergen nuevas relaciones sociales a través de unidades de producción de carácter socialista, tales como las Empresas de Producción Social, las cooperativas y la producción asociativa, movilizandando nuevas potencialidades y capacidades endógenas... con el fin de mejorar la calidad de vida y equilibrar el patrón de ocupación del territorio (VENEZUELA, 2007: 29).

Los ejes de equilibrio territorial propuestos (Norte-Costero, Apure-Orinoco, Occidental, Oriental y Norte-Llanero) fueron pensados como corredores de proyectos endógenos dirigidos a mejorar la justicia espacial de la sociedad y desarrollar economías productivas. Una propuesta enganchada en directrices endógenas que, contradictoriamente, reclamaban medidas de comando y control para equilibrar la ocupación territorial, a espaldas de la heterogeneidad histórica y ambiental del territorio (ROJAS LÓPEZ y PULIDO, 2009). ↵

10.1. / INCERTIDUMBRE DE LOS MODELOS CENTRALIZADOS

En el nuevo andamiaje legislativo, la puesta en práctica de *Ley de Tierras y Desarrollo Agrario* (VENEZUELA, 2001) decretó el fin de la reforma agraria, planteando una formulación neo-agraria con enunciados agroalimentarios y territoriales. A tales efectos, todas las tierras públicas y privadas de «vocación» agropecuaria quedaron sujetas a la seguridad agroalimentaria. En caso contrario, calificadas de ociosas o incultas, independientemente de su productividad en usos no agroalimentarios o de su ubicación geográfica. La ociosidad fue conceptualizada como aquella tierra que no alcanzare por lo menos 80 por ciento del rendimiento idóneo, según su capacidad de uso, tuviese

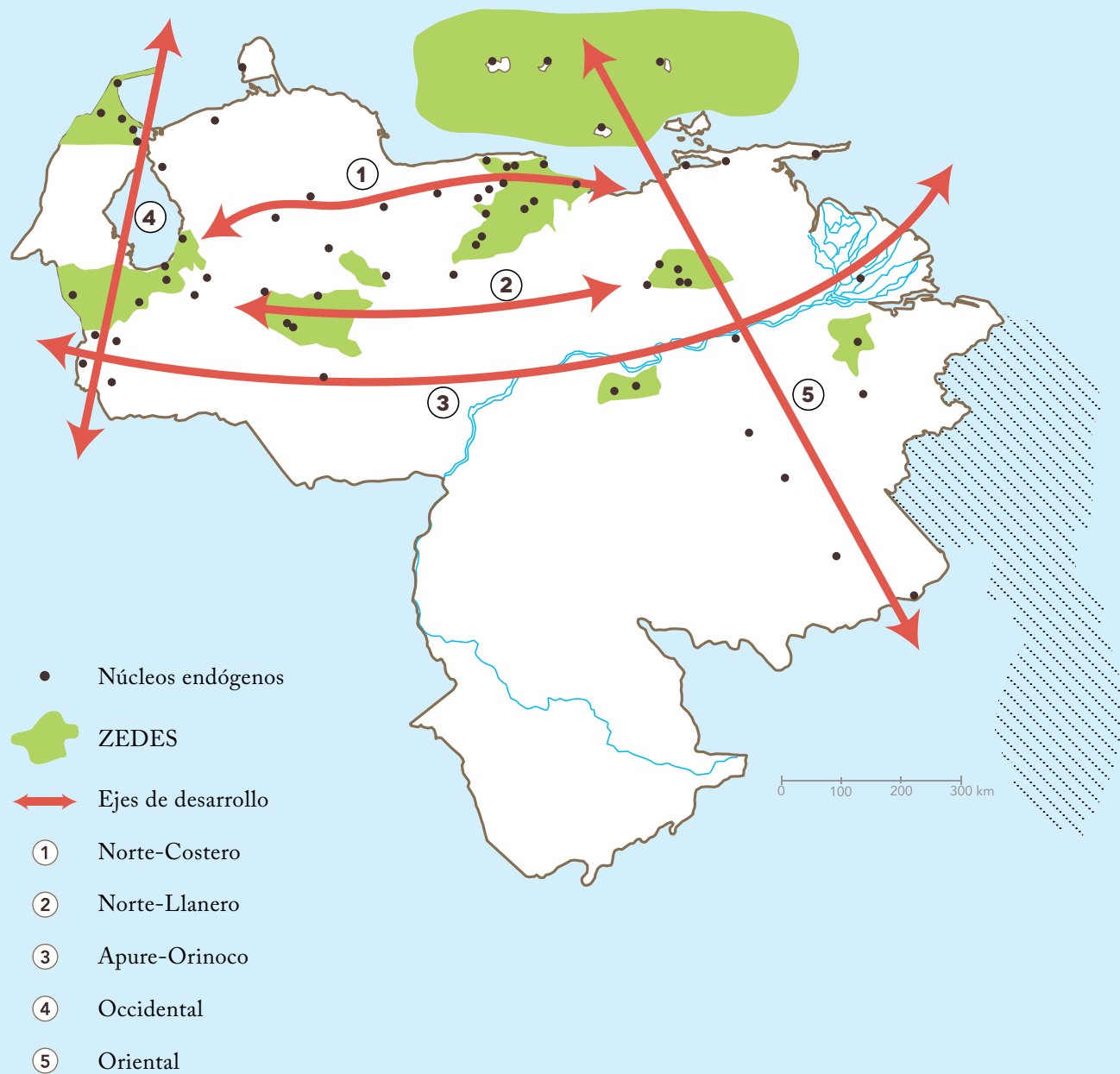
un uso no conforme con su potencial agroalimentario o utilizare trabajo tercerizado.

Las tierras ocupadas por medianos productores, algunas regularizadas por la reforma agraria y otras con documentos precarios, fueron sometidas a procedimientos de rescate o expropiación, salvo las de óptima producción agroalimentaria o que mostraren una cadena titulativa de antigua data. Imprecisiones, impericias y ausencia de una base catastral abrieron la puerta a tramitaciones engorrosas y arbitrariedades para obtener certificados de fincas productivas o mejorables a corto plazo, a fin de evitar expropiaciones, ocupaciones o invasiones. ↵

— ENSAYOS COLECTIVOS INCONCLUSOS O PRECARIOS

El Instituto Nacional de Tierras, sustituto del Instituto Agrario Nacional, fue facultado para emitir documentos de ocupación y permanencia campesina en tierras públicas y privadas rescatadas o expropiadas, especialmente en los ejes territoriales. Hasta el 2010 se habían emitido más de 100.000 instrumentos agrarios (*Derechos de Permanencia y Cartas Agrarias*) y adjudicados unos 15.000 títulos en 5 millones de hectáreas rescatadas y regularizadas, según declaraciones oficiales noticiosas. En esas tierras el Estado delineó una serie de proyectos de corte endógeno, con la asignación de importantes créditos y subsidios, conducentes a revalorar las fuerzas productivas locales.

El discurso endógeno exhortaba el protagonismo comunitario, sin desligarse de la tutela de instituciones centralizadas, lo que impedía su verdadera connotación territorial, vale decir descentralizado, desconcentrado, sustentable y participativo. Los «*Sistemas de Asociaciones Rurales Auto-Organizadas* (SARAO)», «*Núcleos de Desarrollo Endógenos Sostenibles* (NUDES)», «*Fundos Zamoranos*», «*Zonas Especiales de Desarrollo Económico Sustentable* (ZEDES)», crearon una difusa imagen de un mundo agrario deseado y no realizado, pues unos proyectos no comenzaron y otros se abandonaron o incorporaron a nuevos proyectos. Las ZEDES merecen una acotación particular porque fueron objeto de una decisión especial: un Ministerio de Estado [LAM. 47].



[LAM. 47] VENEZUELA: EJES Y PROGRAMAS DE DESARROLLO 2007-2013.
FUENTE: SALAZAR, 2008: 27.

El proyecto *SARAO*, modelo de organización colectiva, debía regirse por un plan comunitario y participativo, de adhesión voluntaria, integrado por fondos individuales bajo régimen colectivo. La meta superior era crear *clusters* de alta productividad en áreas de propiedad común, indivisibles e inembargables, regidos por el poder autogestionario de las comunidades. La organización contemplaba tres escalas de agregación: unidad familiar, el *SARAO* propiamente dicho (nivel de agrupación cooperativo) y la agrópolis, lugar central de servicios comunitarios. En las áreas seleccionadas, solo cuatro proyectos se iniciaron, de los cuales dos no continuaron y dos operan a media marcha sin el patrón original (GONZÁLEZ, 2012).

Los *NUDES* fueron concebidos como proyectos de puesta en valor de instalaciones abandonadas, tierras ociosas o recursos locales no utilizados, con apoyo de cooperativas, empresas familiares, microempresas y unidades de propiedad social. Después, redefinidos como proyectos comunitarios con potencial real, capacidad funcional y tecnologías adecuadas para organizar y ejecutar programas agrícolas, turísticos, agroindustriales y de servicios. Cada núcleo, sería un proyecto colectivo de vida y mecanismo abierto para transferir servicios y recursos del gobierno central a comunidades organizadas. Hacia 2005 se habían proyectado 140 *NUDES* (FAO-CAF, *ob. cit.*: 21), pero la falta de claridad y voluntad ejecutoria condujo a su abandono progresivo. Actualmente funcionan con relativo éxito unos pocos mejor estructurados no agrícolas en el centro del país.

Los *Fundos Zamoranos*, programa bandera del Instituto Nacional de Tierras,

constituyen unidades colectivas de producción asesoradas por una mesa interinstitucional integrada por organismos oficiales del sector agropecuario. En el 2008 existían 84 *Fundos Zamoranos* que reunían 450.000 hectáreas, operadas por 443 cooperativas y 6.631 asociados (HERNÁNDEZ, 2009: 90). El estudio de González (*ob. cit.*) del *Fundo Zamorano José Pío Tamayo*, estado Lara, deja pocas dudas acerca de las erráticas decisiones en el desarrollo del proyecto: primero fue *NUDES*, después *SARAO* y actualmente *Fundo Zamorano* integrado por cuatro consejos comunales y dos cooperativas inactivas.

Los modelos endógenos, al parecer, no calibraron los desaciertos de experiencias anteriores. Colonias agrícolas de inmigrantes europeos de los años cuarenta y cincuenta, asentamientos campesinos y centros agrarios de reforma agraria de los sesenta y setenta, áreas de desarrollo rural integrado y proyecto Apure-Orinoco de los ochenta, proyecto fronterizo Ciudad Sucre de los noventa, entre otros, afrontaron limitaciones de distinta naturaleza e incluso algunos eliminados por su inviabilidad social y económica (ROJAS LÓPEZ, 2014).

La información disponible y confiable es francamente insuficiente para evaluar el desempeño productivo de las propuestas territoriales locales, pero seguramente no sería alentador —a pesar de los elevados montos asignados— pues carecen de la coherencia, experticia, estabilidad e institucionalidad necesarias. Por ejemplo, en el 2010 había más de un millar de cooperativas registradas, agrícolas y no agrícolas, pero más de la mitad se encontraba inactiva o desarticulada por venta de mejoras,

construcción de soluciones habitacionales, empleo de créditos en otros fines y ausencia de controles (SOTO, TI, 2010).

El programa *Redes de Innovación Productiva* adscrito al Ministerio de Ciencia y Tecnología, en cambio, muestra resultados satisfactorios por cuanto, siendo centralizado, aprecia los aprendizajes acumulados de los

actores territoriales —públicos, privados y mixtos— y las innovaciones generadoras de conocimientos en ámbitos estatales y municipales, a fin de impulsar las redes del Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología. El caso de los *Productores Integrales del Páramo*, estado Mérida, reseñado más adelante, ejemplifica esa interrelación socio-productiva. ↵

— ¿ZONAS ESPECIALES DE DESARROLLO SUSTENTABLE?

El *Programa Desarrollo Rural Integrado* (DRI) es el principal antecedente inspirado en la visión territorial endógena. Haciendo del territorio un proyecto integrado, teóricamente relacionaba desarrollo regional, ordenación del territorio, ambiente y participación comunitaria, a partir de conexiones intersectoriales y decisiones «desde abajo», lo que suponía un gran esfuerzo de capacitación de las poblaciones locales. Limitaciones estructurales, anteriormente señaladas, impidieron sus cometidos.

Posteriormente, el *Programa de Desarrollo de Comunidades Rurales Pobres*, 1994-1998, bajo la conducción de la Fundación CIARA, seleccionó grupos de familias rurales en 39 municipios andinos, nororientales e indígenas para desarrollar proyectos comunitarios territoriales. Su inicio tardío, precario diseño, carácter centralizado y entrada del nuevo gobierno frustraron sus propósitos.

El gobierno instalado en 1999 promulgó la *Ley de Zonas Especiales de Desarrollo Sustentable* (ZEDES) (VENEZUELA, 2001), con la cual esperaba promover el desarrollo de zonas seleccionadas con potencialidad económica y social. Las ZEDES decretadas

fueron: Sur del Lago de Maracaibo (estados Zulia, Táchira, Mérida y Trujillo), la Guajira (estado Zulia), Barlovento (estado Miranda), Mesa de Guanipa (estado Anzoátegui), Camaguán-El Sombrero (estados Guárico y Aragua), Caura (estado Bolívar), Boco-nó-Masparro (estados Portuguesa y Barinas), El Baúl-Turén (estados Cojedes y Portuguesa) y la Zona Caribe (Dependencias Federales, hoy Territorio Insular).

Las ZEDES contarían con planes centrales, sin injerencia de autoridades estatales y municipales, a cargo del Ministerio para las Zonas Especiales de Desarrollo Económico Sustentable, creado para tales fines, y un fondo nacional de financiamiento de proyectos. Los escasos planes adelantados y los proyectos aprobados poco o nada atendieron elementos de identidad territorial, participación social, descentralización y medio ambiente. Negada esas alternativas y sin ninguna evaluación conocida, el programa quedó sin ninguna viabilidad y el Ministerio de las ZEDES fue eliminado tres años después.

En fin, los proyectos de ruralidad colectiva-tutelada no garantizaron el desarrollo rural integral, la agricultura sustenta-

ble y la seguridad alimentaria. Las Misiones Sociales («Alimentación», «Vuelvan Caras», «Ezequiel Zamora») y las redes de distribución alimentaria (CASA, MERCAL, PDVAL...), aunque mejoraron el consumo de grupos de menores recursos a precios subsidiados, no concretaron las metas de la *Ley Orgánica de Seguridad y Soberanía Agroalimentaria* (2008). Las importaciones agroalimentarias rebasaron niveles históricos aceptables, pues subieron a 71 por ciento del consumo nacional en el 2008 (HERNÁNDEZ, 2009: 71). Desde el 2014 la caída de los precios petroleros ha repercutido en la disminución de las importaciones y la consecuente

escasez de rubros agro-alimentarios y no alimentarios

El «desarrollo endógeno a la venezolana», a juzgar por los traspiés de los proyectos colectivos, luce más como explotación de futuros inciertos que como modelo alternativo de desarrollo. Sus principales restricciones obedecen a la precaria organización de cooperativas, poca autonomía de actores locales, confusos derechos de propiedad e in-sustentabilidad económica (PARKER, 2007). El desarrollo territorial rural estaba a la vista en otros países, incluso en experiencias nacionales, pero el Estado marchaba en otra dirección. ↵

10.2. / EXPERIENCIAS TERRITORIALES EXITOSAS

Experiencias locales y regionales en el país demuestran cómo proyectos endógenos liderados por emprendedores privados recorrieron caminos exitosos. En efecto, líderes comunitarios o locales reconocieron las debilidades-amenazas y fortalezas-oportunidades de sus entornos, interpretándolas desde una óptica diferente con la cooperación de actores externos. Las nuevas ideas, socialmente compartidas, generaron grupos promotores que avanzaron en la elaboración de pre-proyectos y búsqueda de alianzas.

Los nuevos proyectos se pusieron en marcha con altibajos financieros y tecnológicos, pero adquirieron viabilidad con adaptaciones e innovaciones permanentes. Ilustramos brevemente esas iniciativas con tres casos, uno regional de medianos ganaderos y dos casos locales de pequeños agricultores. En el fondo, son muestras de la provechosa combinación «aprendizajes e innovaciones», actualmente bajo los aprietos y limitaciones derivados del entorno nacional que retarda, interrumpe o desanima la sustentabilidad de los proyectos. ↵

— UN SISTEMA AGROALIMENTARIO LOCALIZADO

En las primeras décadas del siglo xx un pequeño grupo de medianos ganaderos de la depresión Carora-Quíbor, estado Lara, hizo esfuerzos por cruzar ganado criollo con la raza pardo suizo. Al pasar del tiempo, los diversos ensayos cristalizaron en un tipo mestizo adaptado a las condiciones ecológicas regionales. En 1979 los productores fundaron la *Asociación de Criadores de Ganado Carora* (ASOCRICA) y, a mediados de los ochenta, comenzaron la integración técnico-económica de una empresa para producir alimentos para animales y rubros lácteos. En 1992 el Ministerio de Agricultura y Cría reconoció oficialmente la raza *Carora* como patrimonio nacional.

La necesidad de aumentar los rendimientos de leche con innovaciones específicas, especialmente en genética y adaptabilidad al trópico seco, los llevó a desarrollar un proyecto interinstitucional con la Universidad de Milán, Universidad Central de Venezuela y la Universidad Lisandro Alvarado de Barquisimeto. Las investigaciones revelaron un conjunto de características fenotípicas propias de una raza pura especializada en leche, expandida por otras regiones del país con pequeños rebaños de Caroras mestizas.

Las innovaciones, el esfuerzo colectivo en la producción primaria y agroindustrial y la red de mercadeo extendieron el proyecto más allá de sus límites regionales. En el 2010 la planta láctea instalada en la cercana ciudad de Barquisimeto pasteurizaba 75.000 litros diarios de leche de corta y larga duración con

una marca reconocida en el mercado nacional, a pesar de las limitaciones actuales a que está sometida la industria láctea (GONZÁLEZ, *ob. cit.*).

El proyecto caroreño acopló características fundamentales del desarrollo endógeno: organización de actores locales, articulación con mercados competitivos, alianzas tecnológicas, sostenibilidad en escenarios cambiantes, arraigo territorial y continuidad administrativa. En definitiva, conjugaba arraigo territorial y cadenas competitivas, dos subsistemas fundamentales de un *sistema agroalimentario localizado* (SIAL), dinamizador colectivo del desarrollo regional (FOURNIER y MUCHNIK, 2012).

Los sistemas agroalimentarios localizados (en lugar de local) están caracterizados por tres atributos generales: *a)* endogeneidad, que deviene del vínculo entre territorio, producción, intercambio y consumo, *b)* conocimientos (saber-identificar, saber-hacer, saber-apreciar), determinantes de la calificación territorial del producto y, *c)* multiterritorialidad, es decir, múltiples territorios en un mismo espacio geográfico, lo que posibilita su diversidad (POMEÓN y FREIRE, 2011).

Son localizados, agregamos acá, porque su distinción no proviene solo de la ubicación geográfica —pues toda acción humana se lleva a cabo en un lugar determinado— sino de la concertación de esfuerzos sistemáticos de actores locales para iniciar, desarrollar y mantener un proyecto consensuado y acompañado institucionalmente. ↵

— UNA COOPERATIVA DE PRODUCCIÓN AGRÍCOLA ORGÁNICA

El programa de renovación cafetalera auspiciado por el *Fondo Nacional del Café* en los años setenta promovió la substitución de viejos cafetales de sombra por variedades rendidoras de sol. El subsidio a los precios y los bonos a las escasas exportaciones se canalizaban a través de asociaciones de productores (PACCAS). La crisis de los precios internacionales, primero, y la insostenibilidad de las medidas de protección, después, desequilibraron la producción. Sin poder competir en el mercado internacional y sin respuestas viables de las PACCAS, los caficultores andinos comenzaron a substituir los cafetales por «ganadería de altura», dada las facilidades crediticias de la banca privada, proyectadas en la mayor rentabilidad de la leche.

Las alarmas ambientales por la destrucción del bosque andino y la propia crisis cafetalera, conjugaron una oportunidad para organizar un proyecto de agricultura orgánica con miras exportadoras, entre ONG internacionales y productores del municipio Andrés Bello del estado Mérida. Ese objetivo entraba perfectamente en el reconocimiento internacional del movimiento agroecológico. *Quebrada Azul*, fue la comunidad piloto seleccionada, una aldea localizada a pocos kilómetros de la pequeña ciudad de La Azulita, capital del municipio.

Cursos y talleres iniciaron la hoja de ruta establecida en el convenio agroecológico. En 1993 se constituyó la *Cooperativa de Producción Agrícola Orgánica Quebrada Azul* con 14 socios, apoyo técnico-financiero de fundaciones europeas y la decisiva gestión

local-internacional del *Consortio para el Desarrollo Sustentable* (CODESUS) de origen suizo. El manejo familiar (café de sombra, policultivos y ganadería menor), acogido también en aldeas vecinas, progresivamente eliminó agro-tóxicos, minimizó los fertilizantes minerales y generalizó controles biológicos, abonamiento orgánico, reciclaje de residuos, trabajo asociativo y conservación del ambiente.

La imposibilidad práctica de los consumidores para reconocer la calidad del producto, reclamaba una certificación bio-cultural u orgánica emitida por instituciones públicas o privadas, nacionales o internacionales, o certificados de garantía otorgados por grupos entrenados de agricultores locales. La Cooperativa Quebrada Azul acudió a la certificación internacional y, una vez obtenidos los sellos de responsabilidad social y calidad orgánica, inició la exportación al mercado europeo en 1996: 14 toneladas de café oro, de calidad similar al *Excelsior* de Colombia y *Blue Mountain* de Jamaica. Era la primera experiencia venezolana de café orgánico certificado en el mercado internacional (MANTILLA, 1999).

Los elevados costos de las inspecciones anuales de certificación motivaron a CODESUS a proponer una certificadora nacional independiente, autónoma y garantizada por la *Federación Internacional de Agricultura Orgánica* (IFOAM) y el Ministerio de Agricultura y Cría de Venezuela. Los primeros inspectores nacionales fueron entrenados en el país y algunos en el exterior, pero el

proyecto quedó a medio camino debido a la prohibición de exportación de café decretada por el gobierno nacional en el 2003.

Las experiencias acumuladas en innovaciones agroecológicas, diversificación productiva, reducción de insumos externos, empleos rurales no agrícolas (transporte, procesamiento, empaques...), relaciones

institucionales y comerciales, proveyeron útiles herramientas para readecuar el proyecto al nuevo entorno económico del país. La comunidad empoderada tomó el control de los programas y actualmente 65 socios colocan sus productos orgánicos (café, frutas, granos) en la red nacional de supermercados y tiendas especializadas. ↵

— UNA ASOCIACIÓN DE EMPRENDEDORES RURALES

El programa de desarrollo agrícola de los valles altos andinos diseñado por la Corporación de los Andes en 1974, evaluó la experiencia hortícola de inmigrantes europeos y del *Programa de Subsidio Conservacionista* del Ministerio de Agricultura y Cría conducido en los años sesenta. Sobre esa base el *Programa Valles Altos* generalizó nuevos insumos y tecnologías agrícolas en cultivos de «papa blanca» y hortalizas (riego por aspersión, semillas importadas, agroquímicos). Al poco tiempo, los nudos de la comercialización de insumos y cosechas reactivaron la tradición comunitaria para enfrentar esos problemas. Así, asociaciones de productores y comités de riego se posicionaron como principales actores en el mercado nacional de papa y hortalizas de «piso alto», sin programas comunitarios de conservación del ambiente (ROJAS LÓPEZ, 1985, 1987; VELÁZQUEZ, 2004).

El Ministerio del Ambiente y el Instituto Nacional de Parques (INPARQUES) pusieron en vigencia a mediados de los noventa los reglamentos de los parques nacionales Sierra Nevada y Sierra de La Culata y del Área de Protección del Observatorio Astrofísico Llano del Hato, para evitar el deterioro causado

por la ampliación de la frontera agrícola. Las restricciones pautadas en el uso de la tierra provocaron un fuerte conflicto entre productores y autoridades ambientales, aminorado gracias a un difícil proceso de conciliación mediante el cual se reconoció la participación social en la gestión ambiental y la adecuación normativa a la tradición cultural de las comunidades (BARRIOS, 2002; ANGEL, 2003).

En esa coyuntura la ONG *Programa Andes Tropicales* (PAT), en acuerdos con comunidades locales, emprendió financiamientos de proyectos agroecológicos y eco-turísticos en el páramo de Mucuchíes, municipio Rangel, del estado Mérida, con fondos provistos por la Unión Europea. La conservación del ambiente como opción económica y el «crédito verde» para individuos sin acceso al sistema bancario formal, pasaron a ser objetivos centrales. El proyecto agroecológico implementó una línea de transferencia tecnológica en una red de 25 fincas piloto y la estrategia turística estableció alianzas con INPARQUES, financió posadas campesinas (*mucuposadas*) y promocionó la oferta turística local en el mercado nacional e internacional (LESENFANTS y MOLINILLO, 2002).

Finalizado el financiamiento externo, el grupo de productores agroecológicos fundó la *Asociación de Productores Integrales del Páramo* (PROINPA), y el grupo de emprendedores turísticos la *Asociación de Baqueanos y Posaderos del Páramo* (ASOBAP). Las alianzas de PROINPA con entes públicos se materializaron en proyectos de agricultura sustentable, lana ovina, plantas medicinales y semillas de papa. Los graves problemas de la papa-semilla importada (fitosanitarios, inadecuación agroecológica, almacenamiento, cupos de importación) alentó a los líderes a buscar apoyo técnico y financiero del Ministerio de Ciencia y Tecnología (Redes de

Innovación Productiva), esfuerzo cristalizado en un invernadero *in vitro* de plántulas, actualmente destinadas a productores locales.

En resumen, el proyecto agroecológico y la red de cooperativas (ecológicas, ahorro y préstamo, artesanales, educativas, turísticas) coordinada por la *Fundación Mucusutuy*, superaron dificultades exógenas y las propias de un modelo local en construcción, que conjuga recursos públicos (interés general), privados (interés individual) y comunitarios (interés solidario) (RICHER, 2005). PROINPA y la Fundación Mucusutuy recorren hoy la ruta del desarrollo rural sustentable (LLAMBÍ, 2012). ↵

10.3. / DESAFÍOS DEL DESARROLLO TERRITORIAL RURAL

Si los territorios alejados o de economías deprimidas solo tienen oportunidades en actividades de «refugio» (empleos domésticos, comercio informal, trabajos ocasionales), salir de la pobreza en esos lugares implica innovar en lo conceptual, metodológico y financiero. Es en esa línea de pensamiento que la nueva ruralidad contribuyó a redefinir el medio rural como un espacio de relaciones entre recursos naturales, multifuncionalidad y pluriactividad, cultura e historia compartidas, asentamientos humanos, interacciones espaciales e instituciones públicas y privadas. El territorio emergió como categoría de análisis de lo rural y herramienta práctica para el desarrollo (PÉREZ, 2001).

Lo rural se tornó territorio en dos sentidos: a) proximidad geográfica y social («mirar hacia dentro»), un espacio apropiado

y valorado por sus actores sociales, dotado de historia, cohesión espacial y sociocultural y, b) subsistema encastrado en sistemas más amplios (regiones, naciones) a los cuales aporta y de los cuales recibe información, bienes y servicios («mirar hacia afuera»). El concepto «glocal» se generalizó en la literatura como referente de re-significaciones locales y globales, más como oportunidad y menos como amenaza, en tanto incorporó la cultura local como soporte de identidades individuales y colectivas de los territorios (afectividad, confianza, arraigo, pertenencia) (ROJAS LÓPEZ, 2008 B).

La valoración del territorio desde esa perspectiva adquirió notoriedad: «... un sistema complejo, caracterizado por la presencia de múltiples procesos y redes de relaciones sociales establecidas entre los diversos actores y comuni-

dades humanas asentadas en el espacio del cual se han apropiado...» (MORA ALFARO, *ob. cit.*: 105). El reto implicaba, entonces, diseñar estrategias para identificar, diagnosticar y activar sus recursos potenciales en un plan de desarrollo «de abajo hacia arriba, de arriba hacia abajo y hacia los lados».

En el caso venezolano, los modelos de desarrollo territorial rural no son abundantes, pero de las experiencias conocidas bien vale la pena rescatar sus características más relevantes: *a)* incorporación de la mujer, *b)* diversificación productiva, *c)* reducción de insumos agroindustriales, *d)* prácticas agroecológicas tradicionales y modernas, *e)* relaciones institucionales y comunitarias, *f)* experticia en mercadeo, *g)* concienciación de beneficios ambientales y, *h)* pertenencia y orgullo territorial. En tal sentido la visión territorial de la nueva ruralidad aunada a la geodiversidad ofrece múltiples opciones para proyectos guiados por el *pentágono de la sustentabilidad: rentabilidad económica, equilibrio ambiental, justicia social, viabilidad política y responsabilidad ética*. Desde el punto de vista agroecológico, base fundamental de la ruralidad sustentable, son variados los desafíos:

Extensividad ganadera y rusticidad de pastizales llaneros son fortalezas alineadas con las actuales demandas de productos

cárnicos sanos. La sabana inundable no debe ser percibida como una formación ecológica subutilizada u ociosa; en contrario, pastoreo abierto, pastizales, humedales y fauna silvestre son recursos biológicos, en tanto las identidades regionales («llanerías») son recursos culturales de arraigo histórico. En dos palabras, capitales territoriales disponibles para opciones económicas sostenibles. Los hatos ecoproductivos y ecoturísticos de resonancia internacional y campamentos turísticos familiares ejemplifican esas oportunidades.

En los llanos bajos la reorganización de los hatos exige grandes superficies para el manejo eficiente de la interrelación rebaño-pastos-agua. Alrededor de cuatro millones de hectáreas de sabanas —sujetas a períodos alternos de lluvia y sequía— además de una gran extensión de áreas protegidas (parques nacionales, refugios y santuarios de fauna silvestre), demandan la reevaluación del concepto de latifundio llanero, situándolo en el contexto geoecológico de la región y las actuales exigencias ambientales de la sociedad.

La agricultura familiar alto-andina, por otra parte, rompe el dilema entre modelos contrastantes: el autárquico de subsistencia y el biotecnológico global. Los proyectos territoriales constituyen una suerte de salida

intermedia, que combina agricultura moderna y ruralidad tradicional en una especie de renovado sincretismo, exitoso en iniciativas agroecológicas y eco-turísticas.

La experiencia agroecológica cafetalera fue retomada en el proyecto *Mantenimiento de la Biodiversidad en el Paisaje Productivo de los Andes Venezolanos*, bajo responsabilidad del Estado y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2005). El objetivo central fue mantener los sistemas cafetaleros en términos amigables con la biodiversidad y mejorar los ingresos de los productores. El proyecto incluyó más de 300.000 hectáreas de café bajo bosque, pero culminado su tiempo de ejecución (siete años) los resultados no han sido globalmente evaluados.

En las tierras húmedas costeras la producción cacaotera de Paria, Aragua, Barlovento y sur del lago de Maracaibo, al igual que las plantaciones naturales de palmito en el delta del Orinoco, son oportunidades para mejorar las condiciones de vida de grupos locales. La *Fundación Thomas Merle* es reconocida internacionalmente por los proyectos eco-productivos y turísticos en los ecosistemas de Paria. Igualmente el proyecto *Parque-Hombre-Cacao* del parque nacional Henri Pittier, una alianza interins-

titucional, obtuvo la primera certificación de cacao orgánico en Venezuela. Actualmente una empresa de amplia tradición en el país, desarrolla un mega-proyecto cacaotero en los estados Sucre, Miranda y Mérida, combinando innovaciones tecnológicas y tradiciones agro-culturales locales.

Estas opciones, entre otras, como turismo ecológico en parques nacionales, rutas gastronómicas identitarias, producción regional certificada, turismo religioso y cultural, parques temáticos, patrimonios arquitectónicos, museos naturales, solicitan un enfoque territorial que englobe estrategias concertadas, capitales «semilla» y liderazgos oficiales y privados. En suma, recomponer los territorios sobre bases complementarias del desarrollo rural. Por un lado, insertar el enfoque territorial local en la matriz institucional del Estado a fin de superar la planificación centralizada y normativa, lógicas sectoriales, dualidad economía-medio ambiente, dilemas de acción colectiva y visión estática de la extensión rural. Por otro, reconocer y fomentar liderazgos locales, innovaciones productivas e institucionales, alianzas efectivas entre actores, capitales sociales e identidades culturales. Es una de las vías para lidiar ventajosamente con la globalización y disminuir las desigualdades rurales. ↵

- ACOSTA REVELES, I. 2006. El enfoque de la nueva ruralidad como eje de las políticas públicas ¿qué podemos esperar? > <http://www.alasru.org/cdaldasru2006>.
- AMODIO, Emanuele. 2010. *La Casa de Sucre. Sociedad y cultura en Cumaná al final de la época colonial*. Archivo General de la Nación-Centro Nacional de Historia, Caracas.
- ÁNGEL, Zoila. 2003. Conflictos socio-ambientales del Parque Nacional Sierra Nevada, estado Mérida. Maestría en Ordenación del Territorio y Ambiente. Trabajo especial de grado, Universidad de Los Andes, Mérida.
- ANGULO MÁRQUEZ, C. 2008. Los matices de la nueva ruralidad andina. Especialización en Desarrollo Rural Integrado. Trabajo especial de grado, Universidad de Los Andes, Mérida.
- ARCILA FARIAS, E. 1973. *Economía colonial de Venezuela*, T2. Italgráfica, Caracas.
- ARCILA FARIAS, E.; D. MAZA ZAVALA; F. BRITO FIGUEROA y R. TOVAR. 1968. *La Obra Pía de Chuao*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- ARDAO, Alicia. 1984. *El café y las ciudades en los Andes venezolanos 1870-1930*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia 34, Caracas.
- ARELLANO MORENO, A. 1947. *Orígenes de la economía venezolana*. Imprenta Nuevo Mundo, México D.F.
- ARIAS MATA, J. 1992. *Semblanzas de Carúpano*. Gráficas Monfort C.A. Caracas.
- ARMAS JIMÉNEZ, P. 1997. *Un enfoque alternativo para el estudio de la agricultura: su reproducción desde una concepción sistémica*. Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado, Barquisimeto.
- ARNOLD, R.; G. MACREADY y T. HARRINGTON. 2008. *Venezuela petrolera. Primeros pasos 1911-1916*. Fundación Editorial Trilobita, Caracas.
- AVILÁN, J. y H. EDER. 1986. *Sistemas y regiones agrícolas de Venezuela*. Fundación Polar-Ministerio de Agricultura y Cría, Caracas.
- BANKO, Catalina. 2009. *De trapiches a centrales azucareros en Venezuela. Siglos XIX y XX*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- BARRIOS, Ireiba. 2002. El proceso de participación social en las áreas protegidas. Maestría en Ordenación del Territorio y Ambiente. Trabajo especial de grado, Universidad de Los Andes, Mérida.
- BARRIOS, Sonia. 2008. Áreas metropolitanas. En: P. CUNILL (Coord.). *GeoVenezuela*, T3, 256-301. Fundación Empresas Polar, Caracas.
- BRICEÑO DE BERMÚDEZ, T. 1981. La ganadería en los llanos centro occidentales venezolanos 1910-1935. Maestría en Historia Contemporánea de Venezuela. Trabajo especial de grado, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

- BRICEÑO MONZÓN, C. 2009. Visión geohistórica de los paisajes de recorrido del sur del lago de Maracaibo en el siglo XIX y XX. En: A. GUERRERO (Coord.). *Los paisajes de la modernidad en Venezuela (1811-1960)*. 311-341. Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes, Mérida.
- BOISIER, Sergio. 2004. Desarrollo territorial y descentralización. El desarrollo en el lugar y en las manos de la gente. *EURE* 30(90):27-40.
- BONNAL, P.; P. M. BOSCH; J. M. DÍAZ y B. LOSCH. 2003. Multifuncionalidad de la agricultura y nueva ruralidad ¿reestructuración de las políticas públicas a la hora de la globalización? Seminario Internacional: «El mundo rural: transformaciones y perspectivas a la luz de la nueva ruralidad», CLACSO-RED CAPA, Universidad Javeriana, Bogotá.
- BRITO FIGUEROA, F. 1966. *Historia económica y social de Venezuela*. T2. Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- _____. 1996. *La estructura económica de Venezuela colonial*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- BOSERUP, E. 1967. *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*. Editorial Tecnos, Madrid.
- CALZADILLA, P.; M. DÁVILA y L. GALINDO. 2009. *La exposición nacional de Venezuela en 1983*. Fundación Centro Nacional de Historia, Caracas.
- CARDOSO, C.F.S. y H. PÉREZ BRIGNOLI. 1979. *Historia económica de América Latina I. Sistemas agrarios e historia colonial*. Editorial Crítica, Barcelona.
- CARDOZO, Arturo. 1965. *Proceso de la historia de Los Andes*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, Caracas.
- CARDOZO GALUÉ, G. 1991. *Maracaibo y su región histórica. El circuito agroexportador 1830-1860*. Universidad del Zulia, Maracaibo.
- CARTAY, Rafael. 1988. *Historia económica de Venezuela*. 1830-1900. Vadell Hermanos Editores, Valencia.
- _____. 1990. *Memorias de los orígenes, economía y sociedad en Barinas 1786-1937*. Academia Nacional de Ciencias Económicas, Caracas.
- CARVALLO, Gastón. 1985. *El hato venezolano 1900-1980*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- _____. 1995. *Proceso histórico de la agricultura venezolana*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- CARVALLO, G. y J. RÍOS. 1984. *Temas de la Venezuela agroexportadora*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- CARRERA DAMAS, G. 1980. *Una nación llamada Venezuela. Proceso sociohistórico de Venezuela (1810-1974)*. Dirección de Cultura -Universidad Central de Venezuela, Caracas.

- CASANOVA, R. V; V. GIMÉNEZ L. y O. D. SOTO. 1990. 30 años de reforma agraria en Venezuela. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 21: 13-41.
- CASTILLO SOSA, I. 2009. Religiones históricas en el espacio geográfico venezolano. En: P. CUNILL (Coord.). *GeoVenezuela*, T8, 270-348, Fundación Empresas Polar, Caracas.
- CASTILLO, O. 1985. *Agricultura y política en Venezuela. 1948-1958*. División de Publicaciones, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- CENDES. 1986. *Formación histórico social de Venezuela*. Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- CHAVES, L. F. 1963. *Geografía agraria de Venezuela*. Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- . 1992. *Geografía humana de Venezuela*. CDCHT-Universidad de los Andes, Mérida.
- CHIRIBOGA, M. 2001. Agricultura, espacios rurales y medio ambiente en el marco de la globalización. En: E. PÉREZ *et. al.* (Coord.). *La nueva ruralidad en América Latina*. T2, 163-187. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- CLARAC, Jacqueline. 1982. Algunas consideraciones acerca de la metodología etnohistórica. Su aplicación en la cordillera de Mérida. *Boletín Antropológico* 1: 7-14.
- CODAZZI, A. 1941. *Resumen de la geografía de Venezuela*, T3. Ministerio de Educación Nacional, Caracas.
- CONFEDERACIÓN DE ASOCIACIONES DE PRODUCTORES AGROPECUARIOS DE VENEZUELA (FEDEAGRO). Base de datos agrícolas > www.fedeagro.org.
- CORPORACIÓN ANDINA DE FOMENTO (CAF). 2006. Venezuela. Análisis del sector transporte, Caracas.
- CUNILL GRAÜ, P. 1983. El país geográfico en el centenario del nacimiento del Libertador. En: R. J. VELÁSQUEZ (Coord.). *Venezuela 1883*, T3, 226-463. Congreso de la República, Caracas.
- . 1987. *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*, T3. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.
- . 2002. Movimientos pioneros y deterioro ambiental y paisajístico en el siglo XIX venezolano. En: B. GARCÍA y M. PRIETO (Comps.). *Estudios sobre historia y ambiente en América II: Norteamérica, Sudamérica y el Pacífico*. El Colegio de México-Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, D.F.
- . 2007. *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela*, T2. Fundación Empresas Polar, Caracas.
- . 2011. Los cambios geográficos en el guzmanato. Cartografía e ilusiones. En: E. PINO ITURRIETA y M. T. BOULTON (Coord.). *Los tiempos envolventes del guzmancismo*. 59-91. Fundación John Boulton- Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- CUSHNER, Nicholas. 1980. *Lords of the land. Sugar, wine and jesuit states of coastal Peru, 1600-1767*. State University of New York Press, New York.

- DALTON, Leonard. 1966. *Venezuela*. Banco Central de Venezuela, Caracas.
- DEL REY FAJARDO, J. 1977. *Misiones jesuíticas en la Orinoquia*. T2. Universidad Católica Andrés Bello, Colección Manoa, Caracas.
- DELAHAYE, Olivier. 2001. *Políticas de tierras de Venezuela en el siglo XX*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- DI NATALE, R. 1974. Dotación, centro agrario, empresa campesina. En: Fundación CIARA, *Organización campesina y reforma agraria*. Caracas.
- DIRVEN, Martine. 2011. *El empleo rural no agrícola y la disminución de la pobreza rural ¿Qué sabemos en América Latina 2010?* RIMISP, Santiago de Chile.
- FAO-CAF. 2006. *Venezuela. Nota de análisis sectorial. Agricultura y desarrollo rural*, Roma.
- FEBRES CORDERO, T. 2007. *Décadas de la historia de Mérida*. Ediciones El Otro El Mismo, Mérida.
- FONDO NACIONAL DE INVESTIGACIONES AGROPECUARIAS (FONAIAP). 1988. *Metodología para el estudio de los sistemas de producción agrícola con fines de desarrollo rural*. Ministerio de Agricultura y Cría, Caracas.
- FOSI, Víctor. 1995. Desarrollo urbano y vivienda: la desordenada evolución hacia un país metrópolis. En: M. NAÍM y R. PIÑANGO (Dir.). *El caso Venezuela. Una ilusión de armonía*. 472-458. Ediciones IESA, Caracas.
- FOURNIER, S. y J. MUCHNIK. 2012. El enfoque «SIAL» (sistemas agroalimentarios localizados) y la activación de recursos territoriales. *Agroalimentaria* 18(34): 133-144.
- GARCÍA MULLER, L. 2002. *Historia de Barinas*. Fundación Cultural Barinas-Consejo Legislativo Regional del Estado Barinas, Barinas.
- GARCÍA PONCE, A. 2010. *Conocer Venezuela colonial*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- GARCÍA-WINDER, M; H. RIVEROS; I. PÁEZ; D. RODRÍGUEZ; F. LAM; J. ARIAS y D. HERRERA. 2009. Cadenas agroalimentarias: un instrumento para fortalecer la institucionalidad del sector agrícola y rural. *COMUNICA* 5: 26-38.
- GIMÉNEZ LANDÍNEZ, V. 1980. *Reforma agraria y desarrollo rural integrado*. Fondo de Crédito Agropecuario-FAO, Caracas.
- GONZÁLEZ DELUCA. 2011. La economía de la época. En: E. PINO y M. T. BOULTON (Coord.). *Los tiempos envolventes del guzmancismo*. 39-58. Fundación John Boulton- Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- GONZÁLEZ SOTILLO, S. 2012. La dimensión territorial en la teoría y práctica del desarrollo endógeno. Maestría del CENDES. Trabajo especial de grado, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- GUTIÉRREZ, Alejandro. 1988. La otra cara del milagro agrícola. *Economía. Nueva Etapa*, 3: 41-58.

- . 1995. *La agricultura venezolana durante el período de ajustes*. Fundación Polar, Caracas.
- . 1997. Venezuela: crisis, reformas económicas y reestructuración del sector agrícola. *Agroalimentaria* 4: 13-29.
- . 2013. El sistema alimentario venezolano (SAV) a comienzos del siglo XXI. En: A. GUTIÉRREZ (Coord.). *El sistema alimentario venezolano (SAV) a comienzos del siglo XXI. Evolución, balance y desafíos*. 97-164. Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes, Mérida.
- GUTIÉRREZ, A. y L. MOLINA. 2013. Sobre el concepto de sistema y circuito agroalimentario. En: A. GUTIÉRREZ (Coord.). *El sistema alimentario venezolano (SAV) a comienzos del siglo XXI. Evolución, balance y desafíos*. 23-42. Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes, Mérida.
- GUTIÉRREZ, Orlando. 2009. *Ocupación e invasión de tierras en la zona sur del lago de Maracaibo*. Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales. Trabajo de ascenso académico. Universidad de Los Andes, Mérida.
- HARDIN, G. 1968. The tragedy of commons. *Science* 162: 1243-1248.
- HERNÁNDEZ, J. L. 1985. Sistemas productivos, vías de desarrollo y sectores sociales de la agricultura venezolana. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 16: 11-50.
- . 2009. Evolución y resultados del sector agroalimentario en la V República. *Cuadernos del CENDES* 26(72): 67-100.
- . 2010. *La agricultura en Venezuela*. Temas de formación sociopolítica, 12-13. Fundación Centro Gumilla, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- HENAO, Jaime. 1950. *La caficultura y la economía nacional*. Tipografía El Compás, Caracas.
- HUMBOLDT, Alejandro. 1956. *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente hecho en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 y 1804*. Ediciones del Ministerio de Educación, T5, Caracas.
- HURTADO, J. A. 2013. Importancia del sistema y de la industria agroalimentaria en la economía venezolana. En: A. GUTIÉRREZ (Coord.). *El sistema alimentario venezolano (SAV) a comienzos del siglo XXI. Evolución, balance y desafíos*. 169-210. Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes, Mérida.
- INSTITUTO INTERAMERICANO DE COOPERACIÓN PARA LA AGRICULTURA (IICA). 1999. El desarrollo rural sostenible en el marco de una nueva lectura de la ruralidad, Turrialba, Costa Rica.
- IZARD, M. 1970. *Series estadísticas para la historia de Venezuela*. CDCH-Universidad de los Andes, Mérida.
- . 1972. La agricultura venezolana en una época de transición (1760-1930). Separata del *Boletín Histórico de la Fundación John Boulton* 28, Caracas.

- JOHNSON, E. A. J. 1970. *The organization of space in developing countries*. Harvard University Press, Cambridge.
- KLEIN, J. L. 2005. Iniciativa local y desarrollo: respuesta social a la globalización neoliberal. *EURE* 31(94): 25-39.
- LANGE, F. 2005. Orígenes y desarrollo de una élite regional. Aristocracia y cacao en la provincia de Caracas, siglos XVI-XVIII. *Nuevo Mundo y Mundos Nuevos* > <http://nuevomundo.revues.org/769>.
- LESENFANTS, Y. y MOLINERO, M. 2002. La práctica del desarrollo rural en los Andes tropicales de Venezuela. En: J. SANCHO COMINS (Coord.) *Desarrollo rural. De los fundamentos a la aplicación*. 141-174. Thomson Editores-Paraninfo S.A. Madrid.
- LOMBARDI, J. 1985. *Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*. Editorial Crítica, Barcelona.
- LÓPEZ, José Eliseo. 1962. La expansión demográfica de Venezuela. *Revista Geográfica* 3(8): 195-275.
- . 1968. *Tendencias recientes de la población venezolana*. Talleres Gráficos Universitarios, Universidad de Los Andes, Mérida.
- LLAMBÍ, L. y E. PÉREZ. 2007. Nuevas ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 4(59): 37-61.
- LLAMBÍ, L. 2004. Nueva ruralidad, multifuncionalidad de los espacios rurales y desarrollo local endógeno. En: E. PÉREZ y M.A. FARAH (Comps.). *Desarrollo rural y nueva ruralidad en América Latina y la Unión Europea*. 91-107. CIRAD-Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- . 2012. Procesos de transformación territorial y agendas de desarrollo rural: el municipio Rangel y la asociación de productores integrales del Páramo (PROINPA) en los Andes venezolanos. *Agroalimentaria* 35: 19-30.
- MANTILLA, J. E. 1999. Estudio analítico de la cooperativa agrícola «Quebrada Azul», La Azulita, municipio Andrés Bello, Mérida-Venezuela. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 30: 119-161.
- MARIN, Rafael. 1999. *Disponibilidad de tierras agrícolas en Venezuela*. Fundación Polar, Caracas.
- MIRES, Fernando. 2006. *La colonización de las almas. Misión y conquista en Hispanoamérica*. Libros de la Araucaria S.A. Buenos Aires.
- MIZRAHI, R. 1982. Desarrollo rural integral. *Estudios Rurales Latinoamericanos* 5(1): 23-38.

- MORA ALFARO, J. 2013. *Desarrollo rural y ciudadanía social. Territorios, instituciones y actores locales*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José, Costa Rica. > <http://mpira.ub.uni-muenchen.de/46671>.
- MORALES MÉNDEZ, F. 2007. Reconstrucción etnohistórica del sistema interétnico de interdependencia regional del Orinoco durante la última etapa del período indígena (siglos XV y XVI). En: L. MENESES, G. GORDONES y J. CLARAC (Ed.). *Lecturas antropológicas de Venezuela*. 163-170. Consejo Nacional de la Cultura-Universidad de Los Andes, Mérida.
- MORENO, Amado. 1986. *Espacio y sociedad en el estado Mérida*. CDCHT-Universidad de Los Andes, Mérida.
- MORENO, P. J. 2009. *Póritu, la anciana de los tiempos*. Fondo Editorial del Caribe, Barcelona-Venezuela.
- MUÑOZ, L. y J. BRACHO. 2009. *Nuevas lecturas de la historia regional y local*. Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, Caracas.
- MURRA, J. 1972. El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades indígenas. En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. 60-115. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- PÁEZ CELIS, J. 1978. *Ensayo sobre demografía económica de Venezuela*. Eduven, Caracas.
- PALERM, A. y E. WOLF. 1972. *Agricultura y civilización en Mesoamérica*. Secretaría de Educación Pública, México, D.F.
- PALMA LABASTIDA, M. A. 1985. Algunos aspectos de las dotaciones en la ley de reforma agraria. *Temas Agrarios* 7(17): 37-42.
- PARKER, Dick. 2007. El desarrollo endógeno: ¿camino al socialismo del siglo XXI? *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 13(2): 59-85.
- PEÑALVER, LUZ. 1994. El circuito agroalimentario caño-azucarero en el contexto de la política agrícola en Venezuela. 1946-1991. Maestría en Desarrollo Agrario. Trabajo especial de grado, Universidad de los Andes, Mérida.
- PERERA, Miguel. 2006. *El Orinoco domeñado. Frontera y límite. Guayana siglo XVIII*. CDCH-Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- PÉREZ, Edelmira. 2001. Hacia una nueva visión de lo rural. En: N. GARRIACCA (Comp.) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* 17-29. CLACSO-ASDI, Buenos Aires.
- PÉREZ RANCEL, J. 2006. *Agustín Codazzi (1793-1859)*. Biblioteca Biográfica Venezolana 37. C.A. Editora El Nacional, Caracas.
- PICÓN, Juan de Dios. 1832. *Estadística y descripción geográfica, política, agrícola e industrial de todos los lugares de que se compone la provincia de Mérida de Venezuela*. Edición 1992 de la Alcaldía de Mérida, Mérida.

- PINTO COHÉN, G. 1995. La agricultura: revisión de una leyenda negra. En: M. NAÍM y R. PIÑANGO (Dir.). *El caso Venezuela. Una ilusión de armonía*. 500-536. Ediciones IESA, Caracas.
- PISANI, E. y G. FRANCESCETTI. 2011. Territorial approaches for rural development in Latin America: a case study in Chile. *Revista de la Facultad de Ciencias Agrarias, UNCUIYO*, 43(1): 201-218.
- POMEÓN, T. y J. FREIRE. 2011. SIAL: un enfoque para el desarrollo territorial. IICA-CIRAD, México. > <http://www.redsial.org.mx>.
- PORTOCARRERO, Blancanieve. 1985. *El capitalismo dependiente y su incidencia en el problema agrario venezolano*. Vadell Hermanos Editores, Valencia.
- QUEVEDO, Rafael. 1995. Resumen de la evaluación de la reforma agraria en Venezuela. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 26: 19-37.
- RANGEL, D. A. 1974. *Capital y desarrollo. La Venezuela agraria*. Ediciones FACES, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- RICHER, M. 2005. Innovación social y desarrollo local en un municipio andino. *CAYAPA. Revista Venezolana de Economía Social* 9: 49-65.
- RÍOS, Josefina. 1988. *La hacienda venezolana. Una visión a través de la historia oral*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- RÍOS, J. y G. CARVALLO. 1990. *Análisis histórico de la organización del espacio en Venezuela*. CDCH-Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- RODRÍGUEZ, José Ángel. 2007. La geografía del poblamiento de la Venezuela hispánica. En: P. CUNILL (Coord.). *GeoVenezuela*, T1, 212-253, Fundación Empresas Polar, Caracas.
- RODRÍGUEZ MIRABAL, A. 1987. Amos del suelo y propiedad territorial en los llanos venezolanos a fines del siglo XVIII. > <http://dspace.uah.es>.
- RODRÍGUEZ, Luis C. 1983. *Gómez. Agricultura, petróleo y dependencia*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- RODRÍGUEZ ROJAS, J. 2013. La cuestión agraria marxista y la política agraria venezolana, 1950-2008. *Cuadernos del CENDES* 30(84): 29-55.
- ROJAS LÓPEZ, J. 1978. Los cambios del saldo migratorio en los centros poblados rurales andinos. *Revista Interamericana de Planificación* 12: 26-48.
- . 1981-82. Organización espacial de la economía cafetalera andina. *Revista Geográfica Venezolana* 22-23: 109-130.
- . 1985. Modernización agraria de los valles altos andinos. Escuela de Geografía, Universidad de Los Andes, Mérida.
- . 1987. Diferenciación socioproductiva e impactos agroecológicos en los Andes venezolanos. *Revista Geográfica Venezolana* 28: 5-92.

- . 1993. *La colonización agraria de las reservas forestales ¿un proceso sin solución?* Cuadernos Geográficos 10. Universidad de los Andes, Mérida.
- . 1995. *El estudio de la geografía rural*. Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes, Mérida.
- . 2007 A. Apreciación crítica del modelo trizonal de Humboldt-Codazzi en la geografía de Venezuela. *Procesos Históricos* 12: 75-90.
- . 2007 B. Agustín Codazzi y los paisajes de una geografía imaginaria en Venezuela. *Revista Geográfica Venezolana* 48(2): 299-308.
- . 2007 C. Regulación ambiental y colonización agraria en reservas de bosque. El drama de Ticoporo, estado Barinas-Venezuela. *Revista Geográfica Venezolana* 48(1): 129-141.
- . 2007 D. Las tierras de alta calidad agrológica en Venezuela: un reto al desarrollo rural sostenible. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 33: 131-146.
- . 2008 A. Venezuela. Cambios productivos y desafíos territoriales desde la geodiversidad de la agricultura. En: P. CUNILL (Coord.). *GeoVenezuela*, T3, 302-381. Fundación Empresas Polar, Caracas.
- . 2008 B. La agenda territorial del desarrollo rural en América Latina. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 34: 77-97.
- . 2012. La producción de cacao en la Venezuela de la segunda mitad del siglo XVIII: ¿grandes o modestas plantaciones? *Revista Derecho y Reforma Agraria* 38: 89-109.
- . 2013. La construcción geohistórica de los llanos altos occidentales de Venezuela. *Revista Geográfica Venezolana* 54(1): 129-156.
- . 2014. Los modelos de organización territorial de las comunidades rurales: un difícil camino en Venezuela. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 40: 93-119.
- ROJAS LÓPEZ, J.; E. ROJAS y M. TRIANA. 2002. Cambios recientes en la producción de los sistemas avícolas y porcícolas de Venezuela. *Revista Geográfica Venezolana* 43(2): 291-309.
- ROJAS LÓPEZ, J.; L. E. MOLINA; J. C. RIVERO y J. J. QUINTERO. 2002. Venezuela: vía truncada de los ajustes macroeconómicos neoliberales en el medio rural. En: J. A. SEGRELLES (Coord.). *Agricultura y espacio rural en Latinoamérica y España*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- ROJAS LÓPEZ, J. y N. PULIDO. 2009. Estrategias territoriales recientes en Venezuela: ¿reordenación viable de los sistemas territoriales o ensayos de laboratorio? *EURE* 35: 77-100.
- ROJAS LÓPEZ, J.; E. M. MORA y A. TOVAR. 2010. Análisis exploratorio de las variaciones temporales y espaciales de la especialización productiva del maíz en Venezuela. 1984-2004. *Agroalimentaria* 16 (30): 61-75.

- ROJAS LÓPEZ, J. y E. GÓMEZ ACOSTA. 2010. *Tiempos del pensamiento geográfico*. Archivo Arquidiocesano de Mérida-Universidad de los Andes, Mérida.
- ROJAS LÓPEZ, J. y N. PULIDO. 2013. Hétérogénéité territoriale, inégalité sociale et développement local: un débat en cours. *Sud-Ouest Européen* 35: 85-94.
- RUIZ TIRADO, M. 2000. *Tabaco y sociedad en Barinas. Siglo XVII*. Consejo de Publicaciones, Universidad de los Andes, Mérida.
- SACK, R. D. 1986. *Human territoriality: its theory and history*. Cambridge University Press, Cambridge.
- SALAZAR, Ángel. 2008. Estrategia territorial para el desarrollo regional. Ministerio de Planificación y Desarrollo, Caracas.
- SALCEDO BASTARDO, J. L. 1979. *Historia fundamental de Venezuela*. Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- SAMUDIO, Edda. 1995. Proceso de poblamiento y asignación de resguardos en los Andes venezolanos. *Revista Complutense de Historia* 21: 167-208 > <http://revistas.ucm.es/index.php/RCHA/article/view>.
- . 2014. De propiedad comunal a propiedad individual en el escenario agrario republicano de Venezuela. El caso de Timotes, Mérida. *Procesos Históricos* 26: 211-238.
- SANOJA, M. e I. VARGAS. 1974. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- . 2007. El legado territorial y ambiental indígena prehistórico e histórico. En: P. CUNILL (Coord.). *Geo Venezuela*, T1, 76-128. Fundación Empresas Polar, Caracas.
- SANOJA, Mario. 2011. *Historia sociocultural de la economía venezolana*. Banco Central de Venezuela, Caracas.
- SANTOS, Milton. 2000. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Editorial Ariel, Barcelona.
- SCHJEJTMAN, A. y J. BERDEGUÉ. 2004. Desarrollo territorial rural. *Debates y Temas rurales 1*, Santiago de Chile. > www.rimisp.org/getdoc.php?
- SCHJEJTMAN, A. 2010. Elementos para una renovación de las estrategias de desarrollo rural. *Agronomía Colombiana* 28(3): 445-454.
- SCHUBERT, C. y L. VIVAS, 1993. *El cuaternario de la cordillera de Mérida. Andes venezolanos*. Universidad de Los Andes-Fundación Polar, Mérida.
- SEGRELLES, J. A. y J. VÁSQUEZ. 2012. *Multifuncionalidad y nueva ruralidad. La experiencia europea y la potencialidad de Colombia*. Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, Madrid.
- SEPÚLVEDA, S.; A. RODRÍGUEZ; R. ECHEVERRI y M. PORTILLA. 2005. *El enfoque territorial del desarrollo rural*. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), San José, Costa Rica.

- SEPÚLVEDA, Sergio. 2008. *Gestión del desarrollo sostenible en territorios rurales: métodos para la planificación*. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), San José, Costa Rica.
- SEVILLA, E. y G. WOODGATE. 2002. Desarrollo rural sostenible: de la agricultura industrial a la agroecología. En: M. REDCLIFT y G. WOODGATE (Coord.). *Sociología del medio ambiente: una perspectiva internacional*. McGraw Hill Interamericana, Madrid.
- SILVEIRA, M. L. 2008. Globalización y territorio usado: imperativos y solidaridades. *Cuadernos del CENDES* 69:1-19.
- SOTO, O. D. 1998. *El neoliberalismo y sus efectos en la agricultura. Caso Venezuela*. Ediciones del Rectorado-IDARA, Universidad de Los Andes, Mérida.
- . 2006. *La cuestión agraria en Venezuela*. Consejo de Estudios de Posgrado, T2. Universidad de Los Andes, Mérida.
- . 2010. *Crisis y desabastecimiento agrícola*. Centro de Estudios Rurales Andinos, Universidad de Los Andes, Mérida.
- SPENCER, J. E. y N. STEWART. 1973. The nature of agricultural systems. *Ann of the Ass of American Geographers* 63: 529-544.
- SPENCER, CH. & E. REDMOND. 1992. Prehispanic chiefdoms of the western venezuelan llanos. *World Archaeology* 24(1): 134-157. > <http://research.amner.org/antropology/research/mca/proyectos/barinas>.
- STRAUSS, Rafael. 1992. *El tiempo prehispánico en Venezuela*. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas.
- SUÁREZ, M. M. 1982. *Fincas familiares en los Andes*. Cuadernos LAGOVEN, Caracas.
- SUNKEL, O. 1991. *El desarrollo desde dentro. Un enfoque neoestructuralista para la América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- TRINCA F., D. 1984. Cambios de los patrones de uso de la tierra. Zona sur del lago de Maracaibo. En: A. ROJAS (Coord.). *Dimensión espacial de los procesos socioeconómicos. Zona Sur del Lago de Maracaibo*. Universidad de Los Andes, Mérida.
- . 2000. Venezuela y el encuentro de dos temporalidades. *Revista Geográfica Venezolana* 41(1): 63-78.
- TROCONIS, V. E. 1977. *Historia de El Tocuyo colonial*. Ediciones de la Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- . 1979. *Tenencia de la tierra en el litoral central de Venezuela*. Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, Caracas.
- TUAN, Y. F. 1977. *Space and place. The perspective of experience*. Edward Arnold, London.

- UGALDE, Luis. 2000. *El tesoro de los indios. ¿Cómo hacerlos más útiles a la economía española?* Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- USLAR PIETRI, A. 1960. *Sumario de economía venezolana*. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas.
- VÁSQUEZ BARQUERO, A. 2007. Desarrollo endógeno. Teorías y políticas de desarrollo territorial. *Investigaciones Regionales* 11: 183-210. > <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/artPdfred.jsp?>
- VEILLÓN, J. P. 1976. Las deforestaciones en los llanos occidentales de Venezuela desde 1959 hasta 1975. En: L. HAMILTON et. al. (Ed.). *Conservación de los bosques húmedos de Venezuela*. 97-112. Sierra Club-Consejo de Bienestar Rural, Caracas.
- VELÁZQUEZ, Nelly. 1991. Los resguardos de indios en la provincia de Mérida, siglo XVII. *Fermentum* 1: 7-118.
- . 1993. La implantación del cultivo del trigo en la cordillera de Mérida durante la dominación colonial. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 24: 115-138.
- . 2004. *Modernización agrícola en Venezuela. Los valles altos andinos 1930-1999*. Fundación Polar-Universidad de Los Andes-Fundacite-Mérida, Caracas.
- VELOZ, Ramón. 1945. *Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1940*. Impresores Unidos, Caracas.
- VENEZUELA. 1960. Ley de Reforma Agraria. Gaceta Oficial 611, N° extraordinario, Caracas.
- VENEZUELA. Ministerio de Agricultura y Cría. 1941. Censo cafetalero nacional, 1940, Caracas.
- . Censos agropecuarios 1950, 1961, 1971, 1978, Caracas.
- . 1960. Atlas agrícola de Venezuela, Caracas.
- . 1988. *Agricultura. La efectividad de una acción*. Caracas.
- VENEZUELA. Ministerio de Fomento. Anuarios estadísticos de Venezuela, 1911, 1914, 1955-56, Caracas.
- . Censos generales de población 1950, 1961, 1971, 1981, Caracas.
- VENEZUELA. 1979. Ministerio del Ambiente y los Recursos Naturales Renovables. *Atlas de Venezuela*, Caracas.
- VENEZUELA, REPÚBLICA BOLIVARIANA. 2001. Ley de tierras y desarrollo agrario. Gaceta Oficial, N° extraordinario 37.323, Caracas.
- . 2001. Ministerio de Planificación y Desarrollo. 2001. *Plan nacional de desarrollo regional*, Caracas.
- . 2003. Ley de zonas económicas especiales de desarrollo sustentable. Gaceta Oficial N° 5.556, Caracas.
- . 2007. Proyecto Nacional Simón Bolívar. Primer plan socialista 2007-2013, Presidencia de la República, Caracas.

- . 2008. Ley orgánica de seguridad y soberanía agroalimentaria. Gaceta Oficial N° 5.891, Caracas.
- VENEZUELA-PNUD. 2003. Conservación de la biodiversidad en el paisaje productivo de los Andes venezolanos. Ministerio de Planificación y Desarrollo, Caracas.
- VENTURINI, O. 1968. Aspectos geográficos de la colonización del piedemonte noroccidental de los Andes venezolanos. *Revista Geográfica* 21: 73-95.
- . 1978. Aspectos metodológicos para el análisis del uso de la tierra. *Síntesis Geográfica* 3: 3-14.
- VILA, P; F. BRITO F; A. L. CÁRDENAS y R. CARPIO C. 1965. *Geografía de Venezuela. El paisaje natural y el paisaje humanizado*. Ministerio de Educación, Caracas.
- VILA, M. A. 1970. *Una geografía humano económica de la Venezuela de 1873*. Ministerio de Fomento. Caracas.
- . 1996. *Síntesis geohistórica de la economía colonial de Venezuela*. Editorial ExLibris, Caracas.
- VILLAFANE, G. 1961. *Apuntes estadísticos del Táchira*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, Caracas.

WAGNER, E. 1967. Patrones culturales de los Andes venezolanos. *Acta Científica Venezolana* 18: 5-8.

WOLF, E. y S. MINTZ. 1975. Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas. En: E. FLORESCANO (Coord.). *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. 493-531. Siglo Veinte y Uno Editores, México.

- ZAMBRANO, Jorge. 1984. Consideraciones preliminares de algunos aspectos demográficos en la zona sur del lago de Maracaibo. En: A. ROJAS (Coord.). *Dimensión espacial de los procesos socioeconómicos. Zona Sur del Lago de Maracaibo*. Universidad de Los Andes, Mérida.
- ZUCCHI, A. y W. DENEVAN. 1979. Campos elevados e historia cultural prehispánica en los llanos occidentales de Venezuela. *Montalbán* 9: 565-736.